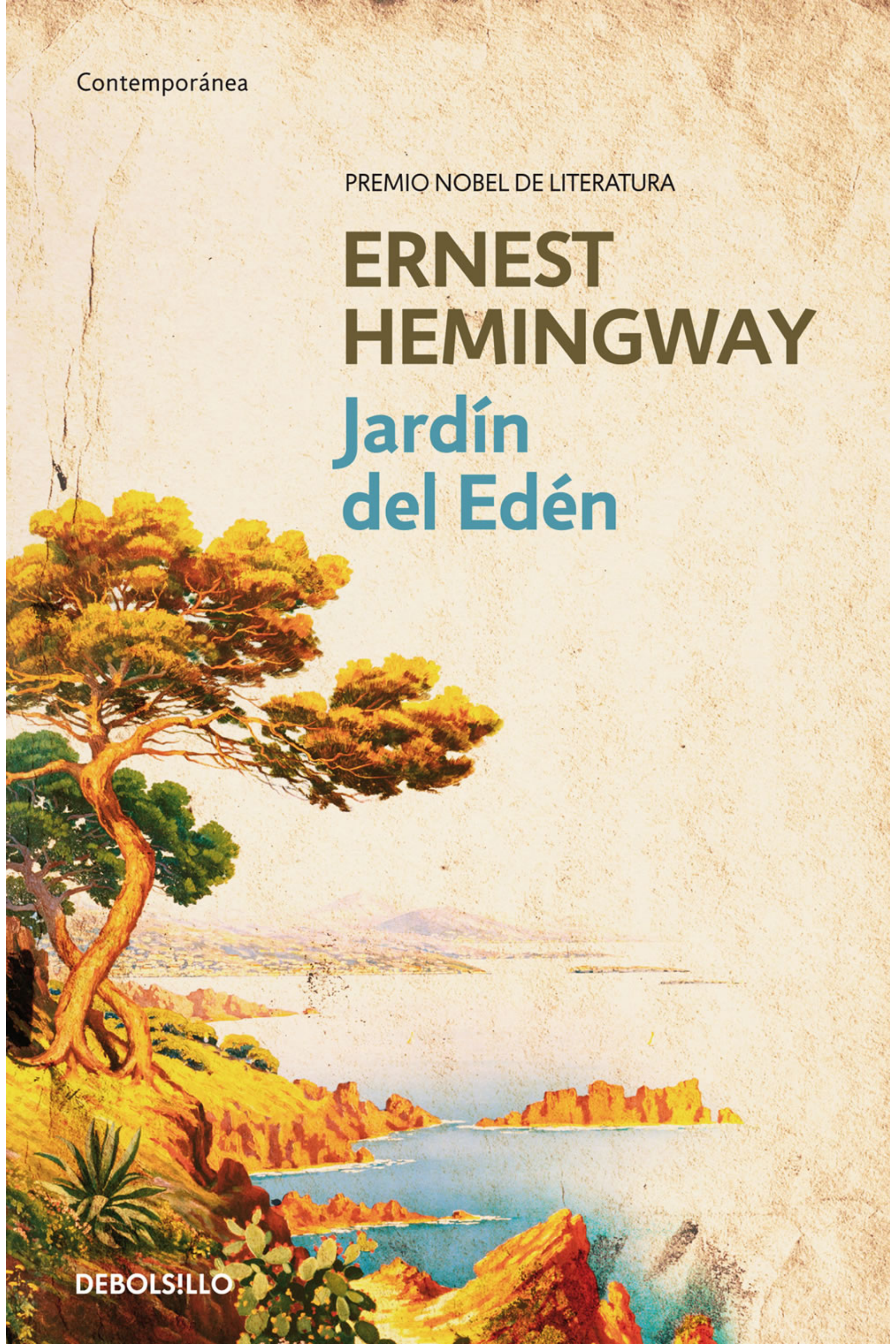

Contemporánea
PREMIO NOBEL DE LITERATURA
ERNEST
HEMINGWAY
Jardín
del Edén
DEBOLS!LLO

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Ernest Hemingway

El jardín del Edén

Prólogo de
Rodrigo Fresán

Traducción de
Pilar Giralt Gorina

DEBOLS!LLO

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks

@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin Random House Grupo Editorial

Prólogo

La agonía del elefante

Se sabe que Ernest Hemingway despreciaba la idea de lo simbólico en la literatura en general y en sus ficciones en particular. Hemingway siempre sostuvo que las cosas eran como eran, y que no había mayor misterio que el que residía en las de por sí ya muy misteriosas acciones de hombres y mujeres. Metáforas y todas esas cosas eran para escritores que no estaban a la altura de las ocurrencias de la verdad y que necesitaban de muletas y muletillas para hacer caminar a lo que ni siquiera era digno de arrastrarse.

El asunto —esta compulsión de buscar significados secretos por entre las líneas de su prosa clara y precisa— le irritó especialmente cuando publicó en 1952 ese clásico instantáneo titulado *El viejo y el mar* y los buscadores de símbolos se abalanzaron sobre esa simple historia con la voracidad de tiburones sobre un pez espada. Hemingway —bien macho y bien lejos de todas esas mariconadas— en su momento advirtió que «No hay simbolismo. El simbolismo es pura mierda. El mar es el mar. El viejo es el viejo. El pez es el pez. Nada más. *La puta mar*, como dicen los cubanos».[1]

De haber publicado en vida *El jardín del Edén* es seguro que Hemingway se hubiera referido en iguales términos a la hora de metabolizar en metáforas al elefante perseguido que agoniza en sus páginas. Y a la Costa Azul. Y al matrimonio. Y al sexo. Y a la juventud. Y hasta al oficio de escritor.[2]

En cualquier caso —volviendo a *El viejo y el mar*— el mundo

entero sucumbió a la universalidad de esa *nouvelle* localista y el escritor Anthony Burguess describió años después, con precisión y gracia, la *viejomarmanía* y sus porqués: «Es fácil comprender por qué la novela fue, y sigue siendo, tan universalmente popular: trata del valor mantenido frente al fracaso».[3]

Tiene razón Burguess: el hombre es un animal raro y pocas cosas le resultan más agradables y disfrutables que presenciar —de lejos y de cerca, en un libro— la épica de la derrota de otro. Y la cosa se pone mejor aún cuando la prolija narración de una caída está firmada por el inesperado vuelo de quien se pensaba tenía ya las alas rotas. Hemingway —luego de haber soportado el desprecio crítico por *Al otro lado del río y entre los árboles*, su involuntariamente autoparódica novela de amor otoñal publicada en 1950— volvía por sus fueros para contar la viril saga de un pescador cubano de nombre Santiago quien luego de una lucha a muerte vence a un gigantesco pez espada sólo para contemplar, impotente, cómo lo devoran los tiburones.

La trama, claro, se prestaba y se sigue prestando a múltiples interpretaciones: ¿Metáfora de un último combate? ¿Hemingway era el pescador o el pez? ¿Los críticos eran los tiburones? ¿Cuba era el paraíso perdido o el cielo recuperado?

Empiezo hablando de *El viejo y el mar* para hablar de *El jardín del Edén* por dos motivos. Uno de ellos es que *El viejo y el mar* es el último libro que Hemingway publicó en vida, mientras que *El jardín del Edén*, contemporáneo en escritura pero no en publicación, forma parte de la segunda etapa de su obra: esa fértil actividad post mortem y casi ectoplasmática que —desde 1961, fecha de su suicidio, y por ahora hasta 1999, fecha del centenario de su nacimiento— lo ha obligado a seguir

publicando con admirable regularidad y disciplina.

La otra razón es que los dos libros están relacionados en más de un sentido.[4] Ambos constituyen —así como el resto de su última obra— intentos de reinvención, de volver a empezar, de reverdecer sus laureles intentando algo diferente sin por eso desdeñar las viejas virtudes de su tan reconocible y reconocida técnica. Hasta *Por quién doblan las campanas* (1940), se sabe que las novelas y buena parte de los relatos de Hemingway funcionaban íntimamente respaldados por su propia no-ficción. Su método consistía en un *vivir para contarlo*: en primero experimentar la materia bruta de sus tramas para después refinarlas en literatura y, de paso, automitificar su figura a través de novelas donde los protagonistas siempre aparecían como alternativas y variaciones del autor. De ahí su compulsión viajera, sus proezas de *action-hero*, su voracidad a la hora de protagonizar o inventar formidables anécdotas. Sin embargo, luego de la Segunda Guerra Mundial y de sus idas y vueltas por los frentes de batalla como corresponsal *de luxe* y «liberador» del Travellers Club y del Hôtel Ritz de París, Hemingway pareció haber perdido la orientación y el sentido. El escritor E. L. Doctorow describió la salud y la enfermedad con precisión clínica: «Era, sin duda, un genio, pero de esos que anuncian sus límites… La fuente de su material y el manantial que alimentaba su imaginación eran su propia vida. Las cuestiones que pertenecen al ámbito intelectual —la historia, el mito, la sociedad— no venían al caso. Era lo que veían sus ojos y su corazón sentía aquello que acrisolaba en el molde de su ficción. Por lo tanto, vivió su vida con el único objetivo de ver y sentir lo más posible… Su habilidad para elaborar rápidamente episodios de la vida real fue declinando, y con ello la justificación de sus técnicas… El público advirtió su decadencia y la atribuyó a la descomposición que comporta la fama».[5]

Otra vez Burguess: «¿Qué le pasaba a Hemingway? Posiblemente una creciente tristeza por su fracaso a la hora de ser su propio mito, posiblemente potenciada por una incapacidad sexual que, considerando sus proezas en otros terrenos de la acción viril, le desconcertaba profundamente. Siempre alardeaba de tener *cojones*, pero los cojones no tienen nada que ver con la habilidad para disparar con rifles. Puede ser que hubiera un cierto asco de sí mismo por no haber sido capaz de vivir a la altura de su ideal juvenil, de dedicación artística total: se había convertido en una masa de músculo público y, corrompido por el tipo incorrecto de fama, se encontró con que ya era demasiado tarde para retroceder. Con este tipo de fama —en realidad sucede con toda sensación de reconocimiento de méritos— puede esperarse la llegada de una melancolía crónica, que en ocasiones se expresa como un ansia de morir».

Más allá de estas hipótesis, las belicosas cartas del Hemingway recuperado por la historia de Santiago, el pez espada y los tiburones, muestran a un campeón súbitamente recuperado en el último *round*, luchando con todos, insultando a los escritores jóvenes y burlándose de los muertos. Entre líneas, resulta evidente que Hemingway sabía que *El viejo y el mar* había sido el último regalo de una vida que ahora empezaba a pasarle factura y a pedirle explicaciones. De ahí también el acto reflejo pero no por eso menos valiente de arriesgarse a novelas imposibles, enormes, más grandes que su propia persona y personaje.

Así, en sus últimos libros, Hemingway —cuyo cuerpo y mente ya estaban estragados por accidentes de aviación, conmociones cerebrales e innumerables combates alcoholizados — era consciente de que el tiempo y la fuerza se le escapaban y decidió cambiar las reglas del juego y experimentar. En una entrevista de 1950 con Harvey Breit explicó: «¿Estoy obligado a

repetirme a mí mismo? No lo creo… A lo largo de mi carrera de escritor he comenzado con la aritmética, luego pasé a la geometría de los planos y el álgebra y ahora voy a dedicarme a eso del cálculo».[6]

De ahí, por propia confesión, que la escritura sin final de *Islas a la deriva, El jardín del Edén* y de esas *memoirs* selectivas —o, según sus editores, «ficcionalizadas»— que son *París era una fiesta* y *Al romper el alba* sean, sí, una fría y calculada maniobra que no está exenta de cierta caliente desesperación: Hemingway empieza algo que, sospecha, no terminará, pretendiendo así que —invirtiendo la ecuación hasta entonces utilizada— fueran ahora sus personajes los que le dieran fuerzas para vivir, para seguir viviendo.[7]

Dicho esto no sorprende mucho que las ficciones —completadas e inconclusas— del Hemingway tardío sean todas muy distintas pero, al mismo tiempo, parezcan complementarse hasta conseguir un todo armónico. Si *El viejo y el mar* es el relato de una derrota épica, *Al otro lado del río y entre los árboles* cuenta un fracaso privado, *Islas a la deriva* acaba siendo la última aventura donde el triunfo equivale a la muerte y *Al romper el alba* es una idealización del Hemingway ideal; entonces *El jardín del Edén* narra una victoria íntima donde todo parece terminar más o menos bien, con un final agridulce, pero no por eso demasiado lejos de la felicidad.

Y hay que decirlo: *El jardín del Edén* es una novela extraña ya desde su larga y dificultosa gestación y su parto tardío y complicado. *El jardín del Edén* acompañó a Hemingway durante más de quince años y hasta el final, resistiéndose a su anzuelo, tirando y arrastrándolo mar adentro, hacia un océano de páginas que se iban acumulando y que amenazaban con ahogarlo.

En una carta al influyente crítico literario Maxwell Geismar, fechada el 10 de septiembre de 1947 y enviada desde La Finca Vigía, se encuentra la única mención al manuscrito:

> Mientras tanto me la he pasado trabajando en el mismo libro en el que andaba metido la última vez que nos vimos. Se está poniendo muy grande pero cada tanto lo corto hasta cansarme. No he podido dedicarle mucha atención durante cinco meses porque mi hijo del medio casi se muere y el padre de mi mujer estuvo muy enfermo, y después se enfermó ella, pero todos ok ahora y tengo ganas de cambiar de clima y empezar a golpear este clavo una vez más.[8]

Doce años después, Hemingway había cambiado de casa y de país —ahora vivía en Ketchum, Idaho— pero continuaba escribiendo un libro que era muy diferente al que finalmente apareció un cuarto de siglo después de su muerte, en 1987, flanqueado por polémicas y discusiones sobre los límites de los editores en cuanto a la manipulación de obras inconclusas.[9] Más allá de esto, *El jardín del Edén* es, en la forma que la hemos conocido, una novela válida, digna de figurar en el canon del autor y particularmente interesante por más de un motivo.

Para empezar, es el libro que más nos revela acerca de su credo y hábitos literarios, así como de las incertidumbres de su en tantas oportunidades discutida sexualidad. En el curiosamente pasivo y dócil David Bourne —veterano de la Primera Guerra Mundial—, joven novelista de éxito primero disfrutando y enseguida sufriendo una nublada luna de miel en España y en la Francia mediterránea de los años veinte. Además, *El jardín del Edén* por momentos «suena» al perverso modernismo de escritores como Ford Madox Ford y Jean Rhys; recuerda a ciertos *thrillers* psicologistas que más tarde firmaría Patricia Highsmith; y puede leerse, también, como una suerte de espejo a *Suave es la noche* (1934), última novela publicada en vida por su benefactor y amigo y rival y fantasma a

despreciar —pero no por eso menos atemorizante hasta el fin— Francis Scott Fitzgerald.[10]

La trama de *El jardín del Edén*[11] sigue las idas y vueltas de David Bourne y de su adinerada mujer Catherine[12] a bordo de un Bugatti negro desde el pueblo costero de La Grau du Roi, pasando por Madrid (donde algo comienza a no funcionar), Aigues Mortes (donde Catherine se corta el pelo —en este sentido, *El jardín del Edén* es una novela de capilar importancia donde, paradójicamente, cortarse el pelo equivale a desmelenarse— y se lo tiñe hasta convertirse en casi una hermana melliza de David,[13] insistiendo en intercambiar roles y sexos a modo de juego y llegando a sodomizar a su marido), y La Napoule (donde David, un tanto perturbado por el comportamiento de su joven esposa, decide retomar su producción literaria evocando un recuerdo de su juventud cuando, junto a su padre, persigue a un elefante por las verdes colinas de África). Es en este pueblo cercano a Cannes donde David recibe los elogiosos recortes de prensa acerca de su nueva novela, noticia que parece terminar de desequilibrar a Catherine, quien casi le exige que escriba una novela sobre su luna de miel —único tema que vale la pena contar—, para la que ofrece su colaboración. Es allí donde un día, mientras toman un trago en una terraza, se les acerca una hermosa joven llamada Marita,[14] quien no demora en mudarse al hotel de los Bourne. Lo que sigue es un turbio minué sexual: Catherine seduce primero a Marita para, enseguida, alentar a David a que se les una. Marita, confundida, también se corta y se tiñe el cabello y descubre que se ha enamorado de la pareja. Abundan entonces los pasajes inequívoca e inconfundiblemente suyos: descripciones de nadadores, de cómo pescar un róbalo en un canal, del mar y de martinis, así como la vital reincidencia en

la idea de que es en el extranjero —los libros de Hemingway funcionaron en su momento como virtuales *travelogues* y/o guías para turistas— donde a los norteamericanos les suceden las cosas. Catherine comienza a derrumbarse: pasa del más piadoso de los arrepentimientos a los celos más ardientes. David busca refugio en la escritura del relato sobre el elefante: una subtrama que se va introduciendo en la estructura de la novela a partir de *inserts* y que acaban despertando el recuerdo de un episodio traumático en el que el adolescente David avista y «delata» al animal que, enseguida, es aniquilado por el padre. Semejante «traición» resulta en una de las típicas epifanías viriles de Hemingway conectando —en tono e intensidad— directamente con alguna de las célebres historias protagonizadas por su álter ego Nick Adams:[15]

> Recordó que el elefante había perdido toda dignidad en cuanto su ojo dejó de estar vivo y que cuando su padre y él volvieron con las mochilas, el elefante ya había empezado a hincharse a pesar del frescor del atardecer. Ya no existía un verdadero elefante, solo el cuerpo gris, arrugado, hinchado y muerto y los enormes colmillos amarillos estaban manchados de sangre seca y David rascó un trozo con la uña del pulgar y se lo guardó en el bolsillo de la camisa como si fuera un trozo de lacre. Eso fue todo lo que se quedó del elefante, aparte del conocimiento incipiente de la soledad.

Por su parte, Catherine no soporta la pasión que dedica David a su arte y quema su manuscrito. Finalmente, Catherine, atormentada y culposa, desaparece dejando a David y a Marita juntos y en pareja —felices y otra vez heterosexuales— y con todo el futuro por delante.[16] En el párrafo que cierra la versión editada de *El jardín del Edén*, Hemingway describe un paraíso recuperado en la ficción pero perdido para siempre en la realidad:

> David escribió bien y sin pausas y las frases que había hecho antes acudieron a él enteras y completas y las escribió, corrigió y recortó como si estuviera repasando una galerada. No faltaba ni una frase y muchas las escribió tal como iba evocándolas, sin cambiarlas. Hacia las dos de la tarde, había recobrado, corregido y mejorado lo que con anterioridad le había costado cinco días de trabajo. Continuó escribiendo un rato más, sin ningún indicio de que nada de lo que faltaba dejase ahora de volver intacto a la memoria.

Muy lejos de allí —del pasado, de Europa, de África, de todo eso— Hemingway supo que lo único que le quedaba en la vida era el infierno de sucesivos manuscritos sin final. Pronto, sospechó, ni siquiera podría escribir inicios. Empezó a desconfiar de aquellos que lo rodeaban, aseguraba que el FBI iba a por él, intentó suicidarse varias veces, recibió electroshocks y supo que el cazador ahora era la presa. Era una leyenda viva para todos y muerta para sí mismo. Las últimas fotos lo muestran caminando por los bosques nevados de Ketchum; pateando latas o sonriendo a la cámara con ojos huecos y una sonrisa enorme y amplia y llena de dientes que se olvidaron de cómo morder. Un funcionario de la Casa Blanca le pidió una frase para un volumen conmemorativo que sería entregado al recién investido presidente Kennedy. No se le ocurrió nada, no podía escribir una palabra. «Ya no quiere salir, nunca más», le dijo llorando a su esposa.

Hemingway había comprendido que ya no era un guerrero victorioso; ni siquiera un pescador vencido; mucho menos un joven escritor con la «memoria intacta» y feliz de recuperar su don y su misión en la vida. Hemingway se supo, apenas, un elefante cansado de agonizar. Hemingway había asimilado por completo el alguna vez incipiente conocimiento de la soledad.

Al amanecer de un domingo de julio se le ocurrió una última gran idea para un último breve cuento. Una ficción súbita, un

microrrelato. Bajó a su estudio y la escribió de un tirón, de un tiro: «El viejo y el rifle».

RODRIGO FRESÁN

EL JARDÍN DEL EDÉN

Libro primero

Capítulo 1

Por aquel entonces vivían en Grau du Roi y el hotel estaba junto a un canal que fluía directamente al mar desde la ciudad amurallada de Aigues Mortes. Podían ver las torres de Aigues Mortes a través de la baja llanura de la Camarga e iban allí en bicicleta a cualquier hora, casi todos los días, por la blanca carretera que bordeaba el canal. Al atardecer y por la mañana, cuando subía la marea, entraban las percas de mar y entonces podían ver saltar como locos a los salmonetes para escapar de las percas e hincharse el agua cuando estas atacaban.

Un espigón se proyectaba hacia el mar risueño y azul, y pescaban desde el espigón y nadaban en la playa y todos los días ayudaban a los pescadores a recoger la larga red que llevaba a los peces hacia la playa larga e inclinada. Bebían aperitivos en el café de la esquina, frente al mar, y contemplaban las velas de los barcos que pescaban caballa en el golfo de León. Finalizaba la primavera y las caballas abundaban y los pescadores del puerto estaban muy ocupados. Era un pueblo alegre y simpático y a la joven pareja le gustaba el hotel, que tenía cuatro habitaciones en el piso de arriba y un restaurante y dos mesas de billar en la planta baja, frente al canal y el faro. Su habitación semejaba la pintura de la habitación de Van Gogh en Arles, solo que la suya tenía una cama de matrimonio y dos grandes ventanas desde las que veían el agua, el pantano, las marismas y el pueblo blanco y la playa luminosa de Palavas.

Estaban siempre hambrientos, pero comían muy bien. Estaban hambrientos antes del desayuno, que tomaban en el café, donde pedían *brioches,* café con leche y huevos, y siempre les divertía elegir la clase de mermelada y el modo de hacer los huevos. Estaban siempre tan hambrientos antes del desayuno que la muchacha solía tener dolor de cabeza hasta que llegaba el café. El café se lo quitaba. Lo tomaba sin azúcar y el joven aprendía a recordarlo.

Esta mañana había *brioches* y mermelada de frambuesa y los huevos eran pasados por agua, y la lámina de mantequilla se derretía mientras los removían y salaban un poco y salpicaban de pimienta molida en las hueveras. Eran huevos grandes y frescos y los de la muchacha no estaban tan cocidos como los de él. El joven recordaba muy bien esto y era feliz con los suyos, que troceaba con la cucharilla y comía solo humedecidos por la mantequilla y el aire fresco de la mañana, con el sabor picante de los granos de pimienta molidos toscamente, el humeante café y el tazón del café con leche con fragancia de achicoria.

Los botes de pesca estaban ya en alta mar. Habían salido en la oscuridad, con el primer soplo de brisa, y la joven pareja se había despertado al oírlos y vuelto a acurrucarse bajo la sábana para dormirse otra vez. Habían hecho el amor cuando estaban apenas despiertos, con mucha luz en el exterior pero la habitación todavía a oscuras, y después habían seguido acostados muy juntos, cansados y felices, y luego habían hecho de nuevo el amor. Entonces se sintieron tan hambrientos que temieron no poder vivir hasta el desayuno y ahora estaban en el café, comiendo y contemplando el mar y las velas, y otra vez empezaba un nuevo día.

—¿Qué piensas? —preguntó la chica.

—Nada.

—Tienes que pensar algo.

—Solo sentía.

—¿Qué sentías?

—Que soy feliz.

—Pero yo estoy tan hambrienta… —dijo ella—. ¿Tú crees que es normal? ¿Estás siempre tan hambriento después de hacer el amor?

—Cuando amas a alguien.

—Oh, sabes demasiado sobre esto —observó ella.

—No.

—No me importa. Me gusta mucho y no tenemos que preocuparnos por nada, ¿verdad?

—Por nada.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—No lo sé —contestó él—. ¿Qué crees tú?

—No me importa en absoluto. Si quieres pescar, yo escribiría una carta o quizá dos y después podríamos nadar antes del almuerzo.

—¿Para tener hambre?

—No lo digas. Ya empiezo a sentirla y aún no hemos acabado de desayunar.

—Podemos pensar en el almuerzo.

—¿Y después del almuerzo?

—Echaremos la siesta como dos niños buenos.

—Esta es una idea absolutamente nueva —dijo la muchacha—. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes?

—Tengo estos destellos de intuición. Soy del tipo inventivo.

—Yo soy del destructivo —replicó ella—, y voy a destruirte. Pondrán una placa en la pared del edificio que da a la habitación. Me despertaré por la noche y te haré algo de lo que nunca has oído hablar ni tampoco imaginado. Iba a hacerlo anoche, pero tenía demasiado sueño.

—Eres demasiado dormilona para ser peligrosa.

—No te arrulles con falsa seguridad. Oh, cariño, terminemos

y esperemos que sea pronto la hora de almorzar.

Siguieron sentados, con sus camisetas rayadas de pescador y los pantalones cortos que habían comprado en la tienda donde vendían artículos marineros; estaban muy morenos y sus cabellos se veían desteñidos y con mechas de diferente color por obra del sol y del mar. La mayoría pensaba que eran hermanos hasta que ellos dijeron que estaban casados. Algunos no creían que lo estuvieran y esto gustó mucho a la chica.

En aquellos años muy poca gente iba al Mediterráneo durante el verano y nadie venía a Grau du Roi, excepto algunas personas de Nîmes. No había casino ni diversiones y, salvo en los meses más cálidos, cuando la gente iba a nadar, no había nadie en el hotel. Entonces nadie llevaba camisetas de pescador y esta muchacha con quien se había casado era la primera que veía vestida así. Ella había comprado las camisetas para ambos y había lavado después las prendas en el lavabo de su habitación para quitarles el apresto. Eran ásperas y hechas para resistir cualquier trabajo, pero los lavados las suavizaron y ahora estaban gastadas por el uso y tan finas que, cuando miraba a la muchacha, podía entrever sus bonitos pechos marcados por la delgada tela.

Tampoco llevaba nadie pantalones cortos en los alrededores y la muchacha no podía llevarlos cuando iban en bicicleta. En cambio, en el pueblo no importaba porque la gente era muy amable y solo lo desaprobaba el cura de la localidad. El domingo, pues, la chica iba a misa con falda y un suéter de manga larga y se cubría la cabeza con un pañuelo, y el chico se quedaba en la parte posterior de la iglesia con los hombres. Daban veinte francos, que entonces era más de un dólar, y como el cura pasaba él mismo el cepillo, su actitud hacia la iglesia era conocida y el pueblo consideraba el uso de pantalones cortos como una excentricidad propia de extranjeros y no como un atentado contra la moral de los

puertos de la Camarga. El sacerdote no les hablaba cuando llevaban pantalones cortos, pero no se lo reprochaba, y cuando llevaban pantalones largos por la tarde los tres se saludaban con una inclinación.

—Subiré y escribiré las cartas —dijo la muchacha y se levantó y sonrió al camarero mientras salía del café.

—¿Monsieur va de pesca? —preguntó el camarero cuando el joven, cuyo nombre era David Bourne, le llamó para pagarle.

—Creo que sí. ¿Cómo está la marea?

—Esta marea es muy buena —contestó el camarero—. Tengo un poco de cebo, si lo quiere.

—Ya encontraré algo por el camino.

—No. Use este. Son gusanos de playa, y hay muchos.

—¿Puede usted venir?

—Ahora estoy de servicio, pero quizá pueda ir y ver cómo lo hace. ¿Tiene sus útiles de pesca?

—Están en el hotel.

—Pase a buscar los gusanos.

En el hotel, el joven quería subir a la habitación y ver a la chica, pero encontró la larga caña de bambú con nudos y la cesta con los aparejos detrás del mostrador donde pendían las llaves y volvió a la luminosidad del camino y al café y al resplandor del espigón. El sol quemaba, pero soplaba una brisa fresca y la marea empezaba a bajar. Deseó haber traído una caña más larga y anzuelos de cuchara para poder lanzarlos lejos, desde el canal hacia las rocas del otro lado, pero aparejó su larga caña con el corcho y el flotador y dejó sumergirse el gusano a una profundidad donde pensó que podría haber peces.

Pescó un buen rato sin la menor suerte y contempló las viradas de los caballaderos en el mar azul y las sombras que las nubes altas proyectaban en el agua. Entonces el corcho se hundió en brusco descenso y el sedal se arqueó con rigidez y él levantó la caña contra el tirón de un pez que era fuerte y se

removía como un loco, haciendo silbar el sedal en el agua. Trató de sostenerla con la máxima suavidad y la larga caña se curvó hasta casi romperse, arrastrada por el pez que no cejaba en su pugna por huir hacia mar abierto. El joven caminó con él por el rompeolas para disminuir la tensión, pero el pez continuó estirando hasta sumergir bajo el agua una cuarta parte de la caña.

El camarero había llegado del café y estaba muy excitado, hablando junto al muchacho y diciéndole:

—Sujételo, sujételo. Tire con toda la suavidad posible. Al final se cansará. No deje que rompa el sedal. Vaya despacio. Con suavidad. Con suavidad.

El joven no podía ser más suave con el pez excepto metiéndose en el agua con él, lo cual no tenía sentido porque el canal era profundo. Si por lo menos pudiera andar a lo largo de la orilla con el pez, pensó. Pero ya habían llegado al final del espigón. Ahora estaba sumergida en el agua más de la mitad de la caña.

—Siga sujetándolo con suavidad —suplicó el camarero—. Es muy fuerte.

El pez se hundió más, se alejó, zigzagueó y la larga caña de bambú se curvó bajo su peso y su fuerza rápida y avasalladora.

Luego subió, retorciéndose, a la superficie y se sumergió de nuevo y el muchacho notó que, a pesar de parecer fuerte como antes, el pez perdía su trágica violencia y ahora podía conducirlo en torno al extremo del espigón y canal arriba.

—Eso es, despacio —dijo el camarero—, muy despacio. Todos nosotros muy despacio.

El pez intentó otras dos veces salir a mar abierto y otras dos veces el joven lo retuvo, guiándolo con lentitud a lo largo del espigón, hacia el café.

—¿Cómo está el pez? —preguntó el camarero.

—Bien, pero ya lo hemos vencido.

—No lo diga —instó el camarero—, no lo diga. Tenemos que cansarlo, cansarlo, cansarlo.

—Él me ha cansado el brazo —dijo el joven.

—¿Quiere que lo lleve yo? —preguntó, esperanzado, el camarero.

—Dios mío, no.

—Suave, suave, suave. Despacio, despacio, despacio —dijo el camarero.

El joven arrastró al pez por delante de la terraza del café y a lo largo del canal. Nadaba justo debajo de la superficie, pero aún tenía fuerza y el muchacho se preguntó si tendrían que ir canal arriba hasta el extremo del pueblo. Ahora había mucha gente y cuando pasaron por delante del hotel la muchacha los vio desde la ventana y gritó:

—¡Oh, qué pez tan maravilloso! ¡Espérame! ¡Espérame!

Había visto claramente el pez desde arriba, su longitud y su brillo en el agua, y a su marido con la caña de bambú casi doblada por la mitad y la procesión de gente que les seguía. Cuando llegó corriendo a la orilla del canal y alcanzó a la gente, la procesión se había detenido. El camarero estaba dentro del agua, al borde del canal, y su marido conducía lentamente el pez hacia la orilla, donde crecía un puñado de algas. Ahora el pez flotaba sobre la superficie y el camarero se inclinó y le puso las manos debajo y lo levantó con los pulgares en las dos agallas y subió con él por la orilla del canal. Era un pez pesado y el camarero lo sostenía a la altura de su pecho, con la cabeza bajo su barbilla y la cola golpeándole los muslos.

Varios hombres daban palmadas a la espalda del joven y lo rodeaban con sus brazos y una mujer del mercado le besó. Entonces la muchacha le abrazó y besó y él dijo:

—¿Lo has visto?

Todos se acercaron al borde del camino para verlo, plateado como un salmón y con un oscuro brillo metálico en el dorso.

Era un pez hermoso, bellamente formado, con grandes ojos vivos, y respiraba lenta y entrecortadamente.

—¿Qué es?

—Un *loup* —contestó—, un róbalo. También los llaman *bar*. Son unos peces magníficos. Este es el mayor que he visto.

El camarero, cuyo nombre era André, se acercó, abrazó y besó a David y después besó a la muchacha.

—Madame, lo necesitaba —dijo—, realmente lo necesitaba. Nadie ha pescado jamás un pez como este con semejantes avíos.

—Será mejor que lo pesemos —sugirió David.

Ahora estaban en el café. El joven guardó los aparejos de pesca después del pesaje y se lavó, dejando el pez sobre un pedazo de hielo procedente del camión de Nîmes venido para congelar la pesca de caballa. El pez había pesado algo más de seis kilos y medio; sobre el hielo seguía siendo plateado y hermoso, pero el color del dorso se había vuelto gris. Solo los ojos parecían todavía vivos. Los caballaderos ya iban llegando y las mujeres descargaban las relucientes caballas azules, verdes y plateadas de los botes a los pesados cestos, que se colocaban sobre la cabeza para llevarlos al mercado de pescado. Era un buen botín y el pueblo estaba muy ocupado y feliz.

—¿Qué vamos a hacer con un pez tan grande? —preguntó la chica.

—Se lo llevarán para venderlo —contestó el joven—. Es demasiado grande para guisarlo aquí y dicen que sería una lástima cortarlo en pedazos. Tal vez llegue hasta París y acabe en un gran restaurante. O quizá lo compre una persona muy rica.

—Era tan bello en el agua —dijo ella— y cuando André lo levantó. No podía creerlo cuando lo vi por la ventana y a ti con tu multitud de admiradores.

—Diremos que nos frían uno pequeño. Son magníficos de verdad. Los pequeños deben hacerse a la parrilla, con mantequilla y hierbas, como las percas rayadas de casa.

—Estoy emocionada con lo del pez —exclamó ella—. ¿Verdad que nos divertimos mucho y con cosas sencillas?

Tenían hambre a la hora del almuerzo y la botella de vino blanco estaba fría y lo bebieron con una *rémoulade* de apio y los pequeños rábanos y hongos encurtidos del gran tarro de cristal. Asaron el róbalo a la parrilla y las marcas de esta quedaron sobre la piel plateada y la mantequilla se derritió en la fuente caliente. Había rodajas de limón para rociar el pescado y pan recién hecho de la panadería y el vino enfrió sus lenguas después del calor de las patatas fritas. Era un vino blanco desconocido, ligero, seco y alegre, del que el restaurante estaba orgulloso.

—No somos grandes conversadores durante las comidas —dijo la chica—. ¿Te aburro, cariño?

El joven rió.

—No te rías de mí, David.

—No lo hago. No, no me aburres. Sería feliz mirándote aunque no dijeras nunca una sola palabra.

Le sirvió otro pequeño vaso de vino y llenó el suyo.

—Tengo una gran sorpresa. No te lo he dicho, ¿verdad? —preguntó la chica.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Oh, es muy sencilla y también muy complicada.

—Dímela.

—No. Podría gustarte y quizá no fueras capaz de soportarla.

—Suena a peligrosa.

—Lo es —dijo ella—, pero no me interrogues. Ahora subiré a la habitación, si me lo permites.

El joven pagó el almuerzo y bebió el vino que quedaba en la botella. Entonces subió. La ropa de la muchacha estaba doblada

sobre una de las sillas Van Gogh y ella le esperaba en la cama, tapada con la sábana. Tenía los cabellos esparcidos sobre la almohada y los ojos risueños y, cuando él levantó la sábana, le dijo:

—Hola, cariño. ¿Has almorzado bien?

Después yacieron juntos, él con el brazo bajo la cabeza de ella, y fueron felices e indolentes mientras él sentía la cabeza de ella volviéndose de un lado a otro para rozarle la mejilla. El tacto era sedoso y apenas se notaba la aspereza del sol y del mar. De pronto, con todos los cabellos sobre la cara, de modo que le tocaban mientras ella se movía y empezaba a jugar con él de forma ligera y exploratoria, después con deleite, le preguntó:

—Me quieres, ¿verdad?

Él asintió, le besó la coronilla y después sostuvo su cabeza y la besó en los labios.

—Oh —murmuró ella—, oh.

Mucho más tarde, cuando yacían abrazados, ella insistió:

—¿Y me quieres tal como soy? ¿Estás seguro?

—Sí —respondió él—, estoy seguro, sí.

—Porque voy a cambiar.

—No —dijo él—. No, no cambies.

—Voy a hacerlo —replicó ella—, para ti. Y para mí también, no pretendo negarlo. Pero te causará cierto efecto, estoy segura, aunque no debería decírtelo.

—Me gustan las sorpresas, pero me gusta todo tal como es ahora mismo, en este momento.

—Entonces, quizá no debería hacerlo —dijo ella—. Oh, estoy triste. Era una sorpresa estupenda y peligrosa. La he pensado durante días y no me he decidido hasta esta mañana.

—Si es algo que deseas de verdad...

—Lo es. Y voy a hacerlo. Te ha gustado todo lo que hemos hecho hasta ahora, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien.

Bajó de la cama y permaneció derecha, con sus largas piernas morenas y su bello cuerpo bronceado por entero gracias a la playa lejana donde nadaban sin traje de baño. Echó los hombros hacia atrás, levantó la barbilla y meneó la cabeza de modo que los abundantes cabellos castaños le golpearon las mejillas y entonces se inclinó y le cayeron hacia delante, cubriéndole la cara. Se puso la camiseta rayada por la cabeza, sacudió esta para que los cabellos volvieran a su sitio y se sentó en la silla frente al espejo del tocador y los peinó hacia atrás, mirándolos con expresión crítica. Le llegaban hasta los hombros. Volvió a menear la cabeza ante el espejo y entonces se puso los pantalones largos y el cinturón y se calzó las desteñidas zapatillas azules con suela de esparto.

—Tengo que ir a Aigues Mortes —anunció.

—Bien —dijo él—, yo también voy.

—No. Tengo que ir sola. Se trata de la sorpresa.

Le dio un beso de despedida y bajó, y él la vio montar en la bicicleta y subir por el camino con suavidad y facilidad, mientras los cabellos le ondeaban al viento.

El sol de la tarde entraba por la ventana y la habitación estaba demasiado caliente. El joven se lavó, se vistió y bajó a pasear por la playa. Sabía que debería nadar, pero estaba cansado, y cuando hubo caminado por la playa y por un sendero entre la hierba salada que conducía tierra adentro, volvió a la playa y al puerto y trepó hasta el café. Allí encontró el periódico y pidió un *fine à l'eau* porque se sentía hueco y vacío de hacer el amor.

Hacía tres semanas que se habían casado y habían tomado el tren de París a Avignon con sus bicicletas, una maleta con su ropa de ciudad y dos mochilas. En Avignon se alojaron en un buen hotel y dejaron allí la maleta, pensando ir en bicicleta al

Pont du Gard, pero soplaba el mistral, así que pedalearon con el mistral hasta Nîmes, donde se alojaron en el Imperator, y después fueron a Aigues Mortes, todavía perseguidos por el fuerte viento, y de allí a Grau du Roi, donde continuaban desde entonces.

Había sido maravilloso y eran realmente felices; él no sabía que se podía amar a una persona hasta el punto de que todo lo demás no importase y pareciera inexistente. Tenía muchos problemas cuando se casó, pero aquí no había pensado en ellos ni en escribir ni en nada que no fuera estar con esta muchacha a quien amaba y con la cual estaba casado, y no tenía aquella claridad repentina y letal que siempre le había visitado después del coito. Aquello había desaparecido. Ahora, después de hacer el amor, comían y bebían y hacían el amor otra vez. Era un mundo muy sencillo y nunca había sido realmente feliz en ningún otro. Pensó que a ella debía de sucederle lo mismo y ciertamente así lo daba a entender, pero hoy había habido esta novedad del cambio y de la sorpresa. Sin embargo, podía ser un cambio agradable y una sorpresa grata. Beber el coñac con agua y leer el periódico le inspiraron deseos de saber cómo sería.

Era la primera vez desde que estaban de viaje de novios que bebía coñac o whisky sin ella. No obstante, ahora no trabajaba y sus únicas reglas sobre la bebida eran no beber nunca antes o durante el trabajo. Sería agradable trabajar de nuevo, pero eso ya llegaría, como sabía muy bien, y era preciso recordar que no debía ser egoísta al respecto y dejar tan claro como le fuera posible que la soledad forzada era lamentable y que no estaba orgulloso de ella. Tenía la seguridad de que la muchacha lo entendería y de que disponía además de sus propios recursos, pero él detestaba pensar en el trabajo, en empezarlo ahora en su actual situación. Por descontado, nunca podría empezar sin la claridad, y se preguntó si ella lo sabía y por esto dejaba lo

que tenían para ir en busca de algo nuevo que nada pudiera romper. Pero ¿qué sería? No podían estar más juntos que ahora y no había nada malo después, solo felicidad y amor, y a continuación hambre, saciedad y vuelta a empezar.

Se dio cuenta de que había bebido el *fine à l'eau* y de que ya caía la tarde. Pidió otro y empezó a concentrarse en el periódico, pero no le interesaba como debiera y se quedó mirando hacia el mar, con el sol del atardecer casi encima del agua, hasta que la oyó entrar en el café y decir con su voz gutural:

—Hola, cariño.

Se acercó rápidamente a la mesa, se sentó, levantó la barbilla y le miró con ojos risueños en el rostro dorado, salpicado de minúsculas pecas. Llevaba el pelo corto como un chico: le habían hecho un corte a conciencia. Se lo había peinado hacia atrás y era abundante como siempre, pero muy corto en los lados, dejando libres las orejas, muy pegadas a la cabeza, y el resto cortado casi hasta la raíz, con una suave ondulación hacia atrás. Volvió la cabeza, levantó los pechos y dijo:

—Bésame, por favor.

Él la besó, le miró la cara y el cabello y volvió a besarla.

—¿Te gusta? Toca y verás qué suave es. Tócalo por detrás.

Él se lo tocó por detrás.

—Tócame la mejilla y la sien. Pasa los dedos por los lados. ¿Comprendes? Es la sorpresa. Soy una chica, pero ahora también soy un chico y puedo hacer cualquier cosa, cualquier cosa, cualquier cosa.

—Siéntate aquí conmigo —dijo él—. ¿Qué quieres, hermano?

—Oh, gracias. Beberé lo mismo que tú. Ves por qué es peligroso, ¿verdad?

—Sí, lo veo.

—Pero ¿no crees que he hecho bien?

—Quizá sí.

—No, nada de quizá. Lo he pensado. Lo he pensado muy bien. ¿Por qué hemos de regirnos por las reglas de los demás? Somos nosotros.

—Nos divertíamos mucho y no era consciente de ninguna regla.

—¿Quieres pasar otra vez la mano por encima?

Él obedeció y la besó.

—Oh, eres un encanto —dijo ella—, y te gusta. Lo siento y lo noto. No tiene por qué entusiasmarte. Al principio es suficiente que te guste.

—Me gusta —asintió él—, y tienes una cabeza tan bien formada que resulta muy hermoso, junto con los bellos huesos de tu cara.

—¿No te gusta por los lados? —inquirió ella—. No es falso ni una imitación, sino un auténtico corte de muchacho y no lo han hecho en un salón de belleza.

—¿Quién te lo ha cortado?

—El *coiffeur* de Aigues Mortes. El que te cortó el pelo hace una semana. Le dijiste cómo lo querías y yo le he dicho que me lo cortara exactamente igual que a ti. Ha sido muy simpático y no ha demostrado ninguna sorpresa ni preocupación. Ha dicho: «¿Igual que el suyo?». Y yo he dicho: «Sí, exactamente igual». ¿No te causa cierto efecto, David?

—Sí —contestó él.

—La gente estúpida pensará que es extraño. Pero nosotros debemos estar orgullosos. Me encanta estar orgullosa.

—A mí también —dijo él—. Empecemos ahora mismo a estar orgullosos.

Continuaron sentados en el café, contemplando el reflejo del sol poniente en el agua y la caída de la noche en el pueblo y bebiendo el *fine à l'eau*. Pasaba gente por delante del café sin extrañarse al ver a la muchacha porque eran los únicos extranjeros del pueblo y hacía casi tres semanas que estaban

allí y ella era muy bella y les resultaba simpática. Y hoy había ocurrido lo del gran pez, lo cual habitualmente habría suscitado muchos comentarios, pero esta otra cosa también era importante en el pueblo. Ninguna chica decente se había cortado jamás los cabellos tan cortos en esta parte del país, e incluso en París era extraño y poco corriente, y podía ser bello o podía ser muy malo. Podía significar demasiado o significar solamente que no había mejor modo de enseñar la forma bonita de una cabeza.

Para cenar comieron un bistec poco hecho con puré de patatas, judías y una ensalada y la muchacha preguntó si podían beber Tavel.

—Es un gran vino para las personas que están enamoradas —explicó.

Él pensó que ella siempre había aparentado exactamente su edad, que ahora era de veintiún años. Siempre había estado muy orgulloso de esto. Sin embargo, esta noche no los aparentaba. La línea de sus pómulos era clara como nunca la había visto, sonreía y su rostro era conmovedor.

La habitación estaba oscura, con solo una pequeña luz del exterior. Ahora hacía fresco por la brisa y en la cama no había sábana.

—Dave, no te importa que nos hayamos pervertido, ¿verdad?

—No, chica —contestó él.

—No me llames chica.

—Donde te estoy tocando ahora eres una chica. —La tenía abrazada a la altura de los pechos y abría y cerraba la mano para notar la frescura rígida y erguida que había entre sus dedos.

—Solo son mi dote —dijo ella—. Lo nuevo es mi sorpresa. Toca. No, déjalos; no se moverán. Tócame las mejillas y la

nuca. Oh, es una sensación maravillosa, agradable, limpia y nueva. Por favor, David, ámame tal como soy. Por favor, compréndelo y ámame.

Él había cerrado los ojos y notaba sobre su cuerpo el peso largo y ligero de ella y la presión de sus pechos y de sus labios sobre los suyos. Permaneció echado y notó algo y luego la mano de ella sujetándolo y buscando más abajo, y la ayudó con sus manos y después quedó inmóvil en la oscuridad, sin pensar nada y solo sintiendo el peso y la sensación extraña dentro de él y ella le preguntó:

—Ahora no sabes quién es quién, ¿verdad?

—No.

—Estás cambiando —dijo ella—. Oh, sí, estás cambiando. Eres mi chica, Catherine. ¿Quieres cambiar y ser mi chica y dejar que te tome?

—Tú eres Catherine.

—No, yo soy Peter y tú eres mi maravillosa Catherine. Mi preciosa y encantadora Catherine. Has sido tan bueno por cambiar. Oh, gracias, Catherine, muchas gracias. Entiéndelo, por favor. Reconócelo y entiéndelo. Voy a hacerte el amor eternamente.

Al final estaban ambos vacíos y exhaustos, pero aún no se había terminado. Yacían juntos en la oscuridad, con las piernas tocándose y la cabeza de ella en el brazo de él. Había salido la luna y entraba un poco más de luz en la habitación. Ella le bajó la mano por el vientre, explorando sin mirar, y preguntó:

—¿No crees que soy perversa?

—Claro que no. Pero ¿durante cuánto tiempo lo has pensado?

—No todo el tiempo, pero sí bastante. Has sido maravilloso al dejar que ocurriese.

El joven abrazó a la muchacha y la apretó muy fuerte contra sí y sintió sus hermosos senos contra su pecho y la besó en los

amados labios. La retuvo en sus brazos con fuerza y en su interior dijo adiós y otra vez adiós y adiós.

—Permanezcamos callados, quietos y abrazados, sin pensar en nada —murmuró, mientras su corazón decía adiós, Catherine, adiós, mi hermosa muchacha, adiós, buena suerte y adiós.

Capítulo 2

Se levantó y recorrió la playa con la mirada, tapó el frasco de aceite y lo guardó en un bolsillo lateral de la mochila y entonces caminó hacia el mar sintiendo cómo la arena se enfriaba bajo sus pies. Miró a la muchacha tendida sobre la pendiente de la playa, con los ojos cerrados y los brazos a los costados y detrás de ella el inclinado cuadrilátero de lona y los primeros barrones. Pensó que no debía estar tanto rato en aquella posición con el sol directamente encima de ella. Entonces siguió caminando y se zambulló en el agua clara y fría y se volvió de espaldas y nadó para adentrarse en el mar, vigilando la playa entre los movimientos regulares de sus piernas y pies. Se zambulló de cabeza y nadó hasta el fondo y tocó la arena gruesa y sintió sus pronunciadas ondas y luego subió a la superficie y nadó hacia la playa, observando la lentitud que podía imprimir a su estilo libre. Se acercó a la muchacha y vio que estaba dormida. Buscó su reloj de pulsera en la mochila para saber la hora en que debía despertarla. Tenían una botella fría de vino blanco envuelta en un periódico y enrollada en sus toallas. La descorchó sin quitar el periódico ni las toallas y bebió un fresco sorbo del abultado rollo. Luego se sentó a vigilar a la muchacha y contemplar el mar.

Pensó que este mar estaba siempre más frío de lo que parecía. No se calentaba de verdad hasta bien mediado el verano, excepto en las playas de poca profundidad. Esta playa descendía abruptamente y había sentido el agua muy fría hasta que nadar le hizo entrar en calor. Miró hacia el mar y las altas nubes y se fijó en lo lejos que la flota pesquera navegaba hacia

el oeste. Entonces miró a la chica dormida sobre la arena, que ahora estaba completamente seca y empezaba a mecerse con delicadeza al compás del viento cuando él movía los pies.

Durante la noche había sentido que las manos de ella le tocaban y cuando se despertó, a la luz de la luna, ella había vuelto a hacer la magia negra del cambio y él no dijo que no cuando le habló y le formuló las preguntas, sintiendo el cambio con tanta intensidad que todo le dolió y cuando hubo terminado y ambos estaban exhaustos ella le susurró, temblando:

—Ahora lo hemos hecho. Ahora lo hemos hecho de verdad.

Sí, pensó él, ahora lo hemos hecho de verdad. Y cuando ella se durmió de repente, como una niña cansada y yació hermosa a su lado a la luz de la luna, que mostraba la nueva, bella y extraña silueta de su cabeza mientras dormía de costado, se inclinó sobre ella y le dijo, pero no en voz alta:

—Estoy contigo. Por muchas otras cosas que tengas en la cabeza, estoy contigo y te amo.

Por la mañana él estaba muy hambriento, pero esperó a que ella se despertara para desayunar. Al final la besó y ella se despertó, le sonrió, se levantó, soñolienta, se lavó en la gran palangana y, en una postura desgarbada frente al espejo del armario, se cepilló el pelo y se miró en el espejo sin sonreír y después sonrió, se tocó las mejillas con las yemas de los dedos, se puso una camiseta rayada por la cabeza y entonces le besó. Muy erguida, de modo que sus pechos se apretaban contra el pecho de él, dijo:

—No te preocupes, David. Tu buena chica ya ha vuelto.

Pero ahora él estaba muy preocupado pensando: ¿qué nos ocurrirá si las cosas toman este giro tan alocado, tan peligroso y tan rápido? ¿Qué puede resistir sin quemarse en un fuego tan violento? Éramos felices, estoy seguro de que ella era feliz. Pero ¿quién puede saberlo? ¿Y quién soy yo para juzgar si he

participado, aceptado y vivido el cambio? Si esto es lo que quiere, ¿quién soy yo para desear que no lo tenga? Soy afortunado por tener una esposa como ella y el pecado le hace a uno sentirse mal después y yo no me siento mal. No, con el vino no te sientes mal, dijo para sus adentros, pero ¿qué beberás cuando el vino no te sirva?

Sacó de la mochila la botella de aceite, puso unas gotas en la barbilla, las mejillas y la nariz de la chica, y en el bolsillo de lona de la mochila encontró un viejo pañuelo estampado en azul y lo extendió sobre su pecho.

—¿Debo parar? —inquirió la muchacha—. Estoy soñando algo maravilloso.

—Termina el sueño.

—Gracias.

A los pocos minutos respiró profundamente, sacudió la cabeza y se levantó.

—Vamos al agua —dijo.

Fueron juntos y se alejaron a nado y luego jugaron bajo el agua como delfines. Cuando volvieron, se secaron mutuamente con toallas y él le alargó la botella de vino que aún estaba fresca dentro del periódico enrollado y ambos tomaron un sorbo y ella le miró, riendo.

—Es agradable beberlo cuando se tiene sed —dijo—. ¿De verdad no te importa que seamos hermanos?

—No. —Le tocó la frente y la nariz y después las mejillas y el mentón con el aceite y por último la untó con cuidado encima y detrás de las orejas.

—Quiero broncearme detrás de las orejas y por todo el cuello y las sienes. Todos los lugares nuevos.

—Estás muy moreno, hermano —dijo él—. No sabes lo moreno que estás.

—Me gusta —respondió la chica—, pero quiero estarlo aún más.

Se echaron sobre la arena firme de la playa, que ahora estaba seca pero todavía fresca después de la marea alta. Él puso un poco de aceite en la palma de su mano y lo extendió ligeramente con los dedos por los muslos de la chica, que se calentaron cuando la piel absorbió el aceite. Después lo extendió por su vientre y sus pechos y la chica dijo con voz soñolienta:

—No parecemos hermanos cuando estamos así, ¿verdad?

—No.

—Intento ser una chica muy buena —añadió ella—. En serio, cariño, no debes preocuparte hasta la noche. No permitiremos que las cosas de la noche se introduzcan en el día.

En el hotel, el cartero bebía un trago mientras esperaba que la muchacha firmase el recibo de un sobre lleno de cartas enviado por su banco de París. También había tres cartas remitidas por el banco del joven. Era el primer correo desde que habían facilitado la dirección del hotel. El joven dio cinco francos al cartero y le invitó a beber otro trago con él ante la barra de cinc. La muchacha descolgó la llave del casillero y dijo:

—Subo a arreglarme a la habitación. Nos encontraremos en el café.

Cuando hubo terminado el vaso, el joven se despidió del cartero y caminó por el borde del canal hasta el café. Era agradable sentarse a la sombra después de regresar de la playa caminando bajo el sol con la cabeza descubierta y en el café se estaba bien y fresco. Pidió un vermut con soda, sacó el cortaplumas y abrió las cartas. Los tres sobres eran de sus editores y dos estaban llenos de recortes de periódico y pruebas de publicidad. Echó una ojeada a los recortes y luego leyó la extensa carta, jovial y de un optimismo mesurado.

Todavía era pronto para predecir el éxito del libro, pero las

perspectivas eran buenas, y la mayoría de las críticas, excelentes. También había algunas malas, pero eso ya era de esperar. En las críticas estaban subrayadas algunas frases que probablemente se usarían en anuncios futuros. Su editor había deseado poder avanzarle más cosas sobre el éxito del libro, pero no convenía hacer predicciones sobre las ventas. Era imprudente y aventurado. Había que atenerse a lo más importante: el libro no podía haber sido mejor recibido; una acogida sensacional, en realidad. Pero ya lo vería por los recortes. La primera edición había sido de cinco mil ejemplares y, en vista de las críticas, ya se había encargado la segunda. La publicidad posterior incluiría la frase: «Ahora en su segunda edición». El editor esperaba que fuese todo lo feliz que merecía ser y que se tomara el descanso tan merecidamente ganado y le enviaba saludos para su esposa.

El joven pidió prestado un lápiz al camarero y empezó a multiplicar 2,50 dólares por mil. Era fácil. El 10 por ciento del resultado eran doscientos cincuenta dólares. Esta cantidad multiplicada por cinco sumaba mil doscientos cincuenta dólares. Después de deducir los setecientos cincuenta dólares del anticipo, quedaban quinientos dólares ganados con la primera edición.

Ahora se imprimía la segunda edición; calculó unos dos mil ejemplares. El 12,5 por ciento de cinco mil dólares, si es que así lo estipulaba el contrato, serían seiscientos veinticinco dólares, pero tal vez no se llegaba al 12,5 por ciento hasta los diez mil ejemplares. Bueno, aun así serían quinientos dólares, lo cual haría un total de mil.

Empezó a leer las críticas y vio que se había bebido el vermut sin darse cuenta. Pidió otro y devolvió el lápiz al camarero. Aún leía las críticas cuando la muchacha llegó con su grueso sobre de cartas.

—No sabía que vendrían —dijo—. Déjame verlas. Por favor,

déjame verlas.

El camarero le trajo un vermut y al ponerlo sobre la mesa vio la fotografía del recorte que la chica acababa de desdoblar.

—*C'est monsieur*? —preguntó.

—Sí, es él —dijo la chica, levantándolo para que pudiera verlo.

—Pero vestido de un modo diferente —observó el camarero —. ¿Escriben sobre la boda? ¿Puedo ver una foto de madame?

—No es sobre la boda. Son las críticas de un libro escrito por monsieur.

—Magnífico —exclamó el camarero, muy impresionado—. ¿También madame es escritora?

—No —dijo la chica, sin alzar la mirada de los recortes—. Madame es ama de casa.

El camarero rió con orgullo.

—Madame trabaja probablemente en el cine.

Los dos leyeron los recortes y, de pronto, la chica dejó el que estaba leyendo y dijo:

—Me asustan todas las cosas que dicen. ¿Cómo podemos ser nosotros y tener lo que tenemos y hacer lo que hacemos y tú ser lo que dicen los recortes?

—Ya he tenido críticas antes —contestó el joven—. Son perniciosas, pero no duran.

—Son terribles —dijo ella—, podrían destruirte si pensaras en ellas o las creyeras. No creerás que me casé contigo porque eres como estos recortes dicen que eres, ¿verdad?

—No. Quiero leerlos y después los meteremos en el sobre y lo cerraremos.

—Ya sé que debes leerlos. No quiero ignorar lo que dicen. Pero incluso dentro del sobre, es horrible tenerlos con nosotros. Es como llevar en un tarro las cenizas de alguien.

—Muchas mujeres serían felices si sus malditos maridos obtuvieran buenas críticas.

—Yo no soy muchas mujeres y tú no eres mi maldito marido. Por favor, no nos peleemos.

—No nos pelearemos. Tú las lees y si hay algo bueno, me lo dices, y si escriben algo sobre el libro que sea inteligente y que no sepamos, también me lo dices. El libro ya ha hecho dinero —observó.

—Eso es maravilloso. Estoy muy contenta. Pero ya sabemos que es bueno. Aunque las críticas hubieran dicho que no valía nada y que nunca haría un céntimo, yo habría estado igual de orgullosa y feliz que ahora.

Yo no, pensó el joven, pero no lo dijo. Continuó leyendo las críticas, desdoblándolas y doblándolas y volviéndolas a meter en el sobre. La muchacha abrió los sobres y leyó sus cartas sin ningún interés y luego miró hacia el mar. Su rostro era de un marrón dorado y se había cepillado el pelo hacia atrás, tal como el mar lo había dejado cuando saliera del agua y donde era más corto y en sus mejillas el sol lo había teñido de oro blanco contra el marrón de su tez. Miró hacia el mar y sus ojos estaban muy tristes. Después volvió a abrir cartas. Había una larga, escrita a máquina, que leyó con gran concentración. Luego siguió abriendo y leyendo las otras cartas. El joven la miró y pensó que tenía un poco el aspecto de estar desgranando guisantes.

—¿Qué dicen las cartas? —preguntó.

—En algunas venían cheques.

—¿Grandes?

—Dos.

—Bien —dijo él.

—No te contengas así. Siempre dijiste que no cambiaba nada.

—¿Acaso he dicho algo?

—No. Solo te has contenido.

—Lo siento. ¿A cuánto ascienden?

—No es mucho, en realidad, pero nos irán bien. Han sido

depositados porque me he casado. Ya te dije que lo mejor para nosotros era casarnos. Sé que no significa nada como capital, pero es dinero líquido. Podemos gastarlo sin perjudicar a nadie y es para eso. No tiene nada que ver con la renta ni con lo que cobraré al cumplir los veinticinco o si llego a los treinta. Es nuestro para hacer lo que se nos antoje. Ninguno de los dos tendremos que preocuparnos de las cuentas durante una temporada. Es así de sencillo.

—El libro ya ha pagado el anticipo y ganado mil dólares.

—¿No es magnífico, teniendo en cuenta que acaba de salir?

—Está muy bien. ¿Tomamos otro de estos? —preguntó él.

—Bebamos otra cosa.

—¿Cuánto vermut has bebido?

—Solo uno y debo decir que era insípido.

—Yo he tomado dos y ni siquiera les he encontrado sabor.

—¿Qué hay que sea auténtico? —inquirió ella.

—¿Has bebido alguna vez Armagnac con soda? Es bastante auténtico.

—Bueno, probémoslo.

El camarero llevó el Armagnac y el joven le pidió una botella de agua Perrier fría, en vez de sifón. El camarero sirvió dos Armagnacs largos y el muchacho puso hielo en los altos vasos y un poco de Perrier.

—Esto nos animará —dijo—. Aunque es muy malo beber antes del almuerzo.

La chica bebió un gran sorbo.

—Es bueno —declaró—, tiene un desagradable sabor fresco, limpio y saludable. —Bebió otro sorbo largo—. Lo noto de verdad. ¿Y tú?

—Sí —contestó él, respirando hondo—, yo también lo noto.

Ella bebió de nuevo y sonrió y aparecieron las arrugas en el borde de sus ojos. El agua Perrier fría había dado vida al fuerte coñac.

—Es para héroes —dijo él.

—A mí no me importa ser una heroína. No somos como los demás. No tenemos que llamarnos mutuamente cariño, querido, amor mío ni nada parecido para demostrar algo. Cariño, querido y queridísimo se me antojan obscenos; nosotros nos llamamos por nuestros nombres de pila. Ya sabes lo que intento decir. ¿Por qué hemos de hacer otras cosas como todo el mundo?

—Eres una chica muy inteligente.

—Muy bien, Davie. ¿Por qué hemos de ser aburridos? ¿Por qué no nos marchamos y viajamos ahora, cuando puede ser más divertido? Haremos todo lo que quieras. Si fueras un europeo con abogado, mi dinero sería tuyo de todos modos. *Es* tuyo.

—Al diablo con el dinero.

—Está bien. Al diablo con él, pero lo gastaremos y creo que es maravilloso. Puedes escribir después. Así nos podremos divertir antes de que yo tenga un bebé, por ejemplo. Además, ¿cómo saber cuándo tendré un bebé? Solo con hablar de ello todo se vuelve aburrido y polvoriento. ¿No podemos hacerlo sin hablar del asunto?

—¿Y si yo deseo escribir? Suele pasar que en el momento en que no vas a hacer algo, te entran ganas de hacerlo.

—Entonces, escribe, tonto. Tú no has dicho que no quisieras escribir. Nadie ha dicho que le preocupa que escribas, ¿verdad que no?

Sin embargo, algo se había dicho en algún momento, aunque ahora él no podía recordarlo porque pensaba en otra cosa.

—Si quieres escribir, adelante, yo me divertiré. No tengo que dejarte cuando escribas, ¿verdad?

—Pero ¿adónde querrías ir ahora, cuando la gente empieza a venir aquí?

—A donde tú quieras. ¿Lo harás, David?

—¿Para cuánto tiempo?

—Para el que nos apetezca. Seis meses. Nueve meses. Un año.

—Está bien —dijo él.

—¿De verdad?

—Claro.

—Eres un encanto. Si no te amara por nada más, te amaría por tus decisiones.

—Son fáciles de tomar cuando no se sabe cómo pueden acabar muchas de ellas.

Bebió la bebida de los héroes, pero no le pareció tan buena y pidió otra botella de Perrier fría y se mezcló un trago corto sin hielo.

—Hazme uno a mí, por favor. Corto como el tuyo. Y después empecemos de nuevo y vayamos a almorzar.

Capítulo 3

Aquella noche, en la cama, cuando aún estaban despiertos, ella dijo en la oscuridad:

—Tampoco tenemos que hacer siempre cosas perversas. Por favor, entiéndelo.

—Lo entiendo.

—Me encanta cómo éramos antes y sigo siendo tu chica. No te sientas nunca solo. Ya lo sabes. Soy como tú quieres, pero también como yo quiero, y esto no significa que no sea para los dos. Solo te estoy contando un cuento para dormirte porque eres mi amado y buen marido y también mi hermano. Te amo y cuando vayamos a África seré además tu chica africana.

—¿Vamos a ir a África?

—¿No? ¿Es que no te acuerdas? Hemos hablado de esto hoy. Así que podemos ir allí o a cualquier parte. ¿No es allí adonde vamos?

—¿Por qué no lo has dicho?

—No quería imponer mi voluntad. He dicho a donde tú quisieras. Yo iría a cualquier parte, pero pensaba que era allí adonde querías ir.

—Es demasiado pronto para ir a África. Es la temporada de las grandes lluvias y después la hierba está demasiado alta y hace mucho frío.

—Podríamos meternos en la cama y estar calientes y oír caer la lluvia sobre un tejado de cinc.

—No, es demasiado pronto. Las carreteras están enfangadas, no puedes ir a ninguna parte, todo es como un pantano y la hierba es tan alta que te impide ver.

—Entonces, ¿adónde deberíamos ir?

—Podemos ir a España, pero Sevilla ya se ha acabado y San Isidro, en Madrid, también y además también es demasiado pronto para ir allí. Es demasiado pronto para la costa vasca, donde aún llueve y hace frío. Ahora llueve por doquier.

—¿No existe una zona cálida donde podamos nadar como aquí?

—En España no puedes nadar como lo hacemos aquí. Te arrestarían.

—Qué lata. Pues esperemos para ir porque quiero que nos bronceemos aún más.

—¿Por qué quieres estar tan bronceada?

—No lo sé. ¿Por qué se quieren las cosas? En este momento es lo que más me apetece. De lo que no tenemos, quiero decir. ¿No te excita que me ponga tan morena?

—Sí, me encanta.

—¿Pensabas que podía llegar a estarlo tanto?

—No, porque eres rubia.

—Puedo porque tengo un color leonado y los leones pueden oscurecerse. Pero quiero oscurecerme por todas partes y ya lo estoy consiguiendo y tú estarás más bronceado que un indio y esto nos distinguirá aún más de los otros. Ya ves que es importante.

—¿Qué seremos?

—No lo sé. Supongo que nosotros mismos. Solo que cambiados. Quizá sea esto lo mejor. Y viajaremos, ¿verdad?

—Claro. Podemos ir por el Estérel y explorar hasta que encontremos otro lugar, como encontramos este.

—Sí, podemos hacerlo. Hay muchos lugares salvajes y nadie los visita en verano. Podríamos alquilar un coche e ir a todas partes, España también, cuando queramos. Una vez estemos bien bronceados, no será difícil conservar el color a menos que vivamos en ciudades, y no queremos vivir en ciudades durante

el verano.

—¿Hasta qué punto quieres broncearte?

—Todo lo que pueda. Ya veremos. Me gustaría tener sangre india. Me broncearé hasta tal punto que no podrás resistirlo. Apenas puedo esperar a mañana para ir a la playa.

Se durmió en aquella postura, con la cabeza hacia atrás y el mentón hacia arriba, como si estuviera en la playa tomando el sol, respirando con suavidad, y luego se volvió hacia él, acurrucada, y él permaneció despierto, pensando en aquel día. Es muy posible que no pueda empezar, pensó, y quizá lo más sensato sea no pensar en ello para nada y gozar de lo que tenemos. Cuando tenga que trabajar, trabajaré. Nadie puede detener esto. El último libro es bueno y ahora debo escribir uno mejor. Estas tonterías que hacemos son divertidas, aunque ignoro en qué proporción son tonterías y si tienen una parte seria. Beber coñac al mediodía es un maldito disparate y los aperitivos normales ya no significan nada. Esto no es buena señal. Ella cambia de chica a chico y otra vez a chica con alegría y despreocupación. Duerme feliz y con facilidad y yo también me dormiré porque lo único que sé es que me siento bien. No he vendido nada por dinero, pensó. Todo lo que ella ha dicho sobre el dinero es verdad. De hecho, todo era verdad. Todo era gratis durante un tiempo.

¿Qué era lo que ella había dicho sobre la destrucción? No podía recordarlo. Había dicho algo, pero no podía recordarlo.

Entonces se cansó de esforzarse por recordar, miró a la chica y la besó muy ligeramente en la mejilla, sin despertarla. La amaba mucho, amaba todo en ella y se durmió pensando en su mejilla contra sus labios y en que al día siguiente estarían ambos más bronceados por el sol, y ¿hasta qué punto puede ponerse morena?, pensó, ¿y cuánto más morena llegará a estar?

Libro segundo

Capítulo 4

Atardecía y el coche pequeño y bajo descendió por la carretera negra, entre colinas y promontorios, siempre con el océano azul oscuro a la derecha, hasta una avenida desierta que bordeaba una playa llana de tres kilómetros de arena amarilla en Hendaya. A lo lejos, en el lado del océano, se veía el edificio de un gran hotel y un casino y a la izquierda había árboles recién plantados y casas vascas enjalbegadas, con vigas marrones, en medio de sus propios árboles y plantas. La joven pareja del coche enfiló con lentitud la avenida, contemplando la magnífica playa y las montañas españolas teñidas de azul por aquella luz, mientras el coche pasaba de largo el casino y el gran hotel y continuaba hasta el final de la avenida. Más allá se encontraba el estuario donde el río desembocaba en el océano. La marea estaba baja y al fondo de la arena brillante vieron la antigua ciudad española y las colinas verdes del otro lado de la bahía y, a lo lejos, el faro. Detuvieron el coche.

—Es un lugar hermoso —dijo la muchacha.

—Hay un café con mesas bajo los árboles —observó el joven —. Árboles vetustos.

—Los árboles son extraños —dijo la muchacha—. Todo está recién plantado. Me pregunto por qué han plantado mimosas.

—Para competir con el lugar de donde venimos.

—Supongo que sí. Todo parece tremendamente nuevo. Pero la playa es maravillosa. Nunca he visto una playa tan grande en Francia, ni con una arena tan suave y fina. Biarritz es un

horror. Volvamos hasta el café.

Hicieron marcha atrás por el lado derecho de la carretera; el joven acercó el coche al bordillo y paró el motor. Cruzaron hasta el café al aire libre y fue agradable comer solos y ser conscientes de la gente que no conocían y que comía en las otras mesas.

Aquella noche se levantó viento y desde la habitación en esquina del último piso del gran hotel oyeron el sordo rumor de las olas en la playa. A oscuras, el joven puso una manta ligera sobre la sábana y la muchacha preguntó:

—¿No estás contento de que hayamos decidido quedarnos?

—Me gusta oír romper las olas.

—A mí también.

Yacieron muy juntos, escuchando el mar. Ella tenía la cabeza sobre el pecho de él y luego la puso contra su barbilla y más tarde se colocó un poco más arriba de la cama y la apretó contra su mejilla. Le besó y él sintió que su mano le tocaba.

—Es agradable —dijo ella en la oscuridad—, es maravilloso. ¿Estás seguro de que no quieres que cambie?

—Ahora no, ahora tengo frío. Caliéntame, por favor.

—Te amo cuando te siento frío contra mí.

—Si aquí hace este frío por las noches, tendremos que llevar la chaqueta del pijama. Será divertido para desayunar en la cama.

—Es el océano Atlántico —dijo ella—. Escúchalo.

—Nos lo pasaremos bien aquí —observó él—, si quieres quedarte unos días. Si lo deseas, nos iremos. Hay muchos sitios adonde ir…

—Podríamos probar a quedarnos unos días.

—Bien. Si lo hacemos, me gustaría empezar a escribir.

—Sería maravilloso. Mañana nos buscaremos algo. Podrías trabajar aquí en la habitación si yo saliera, ¿verdad? Hasta que encontremos otro lugar.

—Claro que sí.

—Ya sabes que nunca debes preocuparte por mí, porque te amo y estamos juntos contra todos los demás. Por favor, bésame.

Él la besó.

—Sabes que no he hecho nada que sea malo para nosotros. Tenía que hacerlo, ya lo sabes.

Él no contestó y escuchó el peso de las olas cayendo en la noche sobre la arena húmeda y dura.

Al día siguiente aún había un gran oleaje y la lluvia caía a ráfagas. No podían ver la costa española, y cuando aclaraba entre las rachas de lluvia inclinada y podían ver el mar embravecido de la bahía, divisaban unos grandes nubarrones que bajaban hasta el pie de las montañas. Catherine había salido con impermeable después del desayuno, y le había dejado en la habitación para que trabajara. La sencillez y facilidad con que escribió le hizo temer que no tuviera ningún valor. Ten cuidado, se dijo a sí mismo, está muy bien que escribas con sencillez, cuanta más, mejor, pero no empieces a pensar con esta maldita simplicidad. Sé consciente de lo complicado que es y luego exprésalo llanamente. ¿Te imaginas que los días en Grau du Roi fueron sencillos porque has podido describir algo de ellos con sencillez?

Continuó escribiendo a lápiz en el barato cuaderno escolar de páginas rayadas que se llamaba *cahier* y ya había marcado con un número romano. Por fin se interrumpió y guardó el cuaderno en una maleta, junto con una caja de lápices y el sacapuntas en forma de cono, dejando para el día siguiente la tarea de sacar punta a los cinco lápices que había gastado. Cogió el impermeable del armario y bajó por la escalera hasta el vestíbulo del hotel. Se asomó al bar, que estaba sumido en la

penumbra agradable de un día lluvioso y ya tenía algunos clientes, y dejó la llave en recepción. El ayudante del conserje alargó la mano hacia el casillero para colgar la llave y dijo:

—Madame dejó esto para monsieur.

Abrió la nota, que decía: «David, no quería estorbarte. Estoy en el café. Te amo, Catherine». Se puso la vieja trinchera, encontró una boina[*] en el bolsillo y salió a la lluvia.

Ella estaba en una mesa de esquina del pequeño café y tenía ante sí una bebida turbia, de color amarillento, y un plato con un pequeño y rojo cangrejo de río y los restos de otros. Se hallaba muy lejos de él.

—¿Dónde has estado, desconocida?

—Solo he paseado un poco por la carretera. —Él se fijó en que tenía la cara húmeda de lluvia y se concentró en el efecto que esto producía en una tez tan morena. Estaba muy bonita a pesar de ello y se sintió feliz de verla así.

—¿Cómo ha ido? —preguntó la muchacha.

—Bastante bien.

—Así que has trabajado. Estupendo.

El camarero había servido a tres españoles sentados a una mesa próxima a la puerta. Ahora se acercó a ellos con un vaso, una botella corriente de Pernod y una pequeña jarra de agua, de boca estrecha, que contenía cubos de hielo.

—*Pour monsieur aussi*? —preguntó.

—Sí —respondió el joven—, por favor.

El camarero les llenó la mitad del vaso con el líquido amarillento y empezó a verter lentamente agua en el de la muchacha, pero el joven dijo: «Yo lo haré», y el camarero se llevó la botella, aliviado, al parecer, de poder hacerlo y el joven echó el agua en un chorrito muy fino y la muchacha contempló cómo la absenta adquiría una opacidad irisada. Rodeó el vaso con los dedos y se le antojó caliente, pero cuando perdió el tinte amarillo y empezó a verse lechoso no tardó en enfriarse y

el joven añadió ahora el agua gota a gota.

—¿Por qué tiene que hacerse tan despacio? —inquirió la muchacha.

—Se corta y estropea si se añade el agua demasiado deprisa —explicó él—. Entonces es insípido y no vale nada. Tendría que existir un vaso tapado con hielo que solo tuviera un agujerito para el goteo del agua. Pero entonces todo el mundo sabría lo que es.

—He tenido que beber muy deprisa antes porque han entrado dos G.N. —dijo la chica.

—¿G.N.?

—No sé qué de nacionales. De caqui, con bicicletas y pistoleras de cuero negro. He tenido que englutir la prueba.

—¿Englutir?

—Lo siento. Una vez la he englutido, ya no sé decirlo.

—Debes tener cuidado con la absenta.

—Solo me hace sentir mejor.

—¿Y nada más te produce el mismo efecto?

Acabó de prepararle la absenta, que procuró dejar muy suave.

—Adelante —le dijo—, no me esperes. —Ella bebió un gran sorbo y entonces él le cogió el vaso, bebió y añadió—: Gracias, señora. Esto da ánimos a un hombre.

—Pues prepárate el tuyo, lector de recortes.

—¿Qué has dicho? —preguntó el joven.

—No he dicho nada.

Pero lo había dicho y él advirtió:

—Mejor será que no menciones los recortes.

—¿Por qué? —inquirió ella, inclinándose hacia delante y hablando con voz demasiado alta—. ¿Por qué no puedo mencionarlos? ¿Solo porque has escrito esta mañana? ¿Crees que me casé contigo porque eres escritor? Tú y tus recortes.

—Está bien —dijo el joven—. ¿Puedes contarme el resto

cuando estemos solos?

—No pienses ni por un momento que no lo haré —replicó ella.

—Ya lo supongo.

—No supongas —dijo ella—. Puedes estar seguro.

David Bourne se levantó, fue hacia la percha, cogió su impermeable y salió por la puerta sin mirar atrás.

En la mesa, Catherine levantó el vaso, probó la absenta con cuidado y continuó saboreándola a pequeños sorbos.

La puerta se abrió y David entró de nuevo y fue hacia la mesa. Llevaba puesto el impermeable y calada la boina sobre la frente.

—¿Tienes las llaves del coche?

—Sí —dijo ella.

—¿Me las quieres dar?

Ella se las dio, pero dijo:

—No seas estúpido, David. Ha sido la lluvia y el hecho de que fueras el único que trabajaba. Siéntate.

—¿Quieres que me siente?

—Por favor.

Se sentó, pensando: Esto no tiene mucho sentido. Te has levantado para marcharte en ese maldito coche y mantenerte lejos de ella y mandarla al diablo, y luego vuelves y tienes que pedirle las llaves y acabas sentándote como un palurdo.

Levantó su vaso y bebió. La bebida era buena, de todos modos.

—¿Qué piensas hacer a la hora del almuerzo? —preguntó.

—Tú dices dónde y almorzaré contigo. Aún me quieres, ¿verdad?

—No seas tonta.

—Ha sido una pelea sórdida —dijo Catherine.

—La primera, además.

—Ha sido culpa mía por lo de los recortes.

—No mencionemos los condenados recortes.

—Han sido la única causa.

—Porque pensabas en ellos mientras bebías y los has nombrado porque bebías.

—Suena como regurgitar —dijo ella—. Horrible. De hecho, me fui de la lengua tratando de hacer un chiste.

—Debías de tenerlos en la cabeza para sacarlos a relucir de aquel modo.

—Está bien —dijo ella—. Creía que todo había terminado.

—Y así es.

—Pues ¿por qué insistes una y otra vez en lo mismo?

—No deberíamos haber bebido esto.

—No, claro que no. Yo, sobre todo. Tú lo necesitabas. ¿Crees que te irá bien?

—¿Podemos dejarlo? —preguntó él.

—Yo voy a dejarlo, desde luego. Me aburre.

—Esta es la única maldita palabra que no puedo soportar.

—Qué suerte la tuya, que solo detestas una palabra.

—Oh, mierda —dijo él—. Almuerza tú sola.

—No, no lo haré. Almorzaremos juntos y nos portaremos como seres humanos.

—Muy bien.

—Lo siento. En realidad ha sido un chiste malo. De verdad, David, eso ha sido todo.

Capítulo 5

La marea estaba muy baja cuando David Bourne se despertó y el sol brillaba sobre la playa y el mar era azul oscuro. Las colinas estaban verdes y recién lavadas y las nubes habían desaparecido de las montañas. Catherine seguía durmiendo; la miró, observó su respiración regular y el sol en su cara y pensó: qué extraño que el sol en los ojos no la despierte.

Después de ducharse, lavarse los dientes y afeitarse, sintió hambre, pero en vez de ir a desayunar se puso unos pantalones cortos y un suéter, buscó el cuaderno, los lápices y el sacapuntas y se sentó ante la mesa de la ventana que daba al estuario del río que fluía hacia España. Empezó a escribir y se olvidó de Catherine y de lo que veía desde la ventana y la escritura surgió por sí misma, como ocurría cuando tenía suerte. Escribió con exactitud y la parte siniestra solo se insinuó como el rizo ligero de un suave oleaje que deja su marca en el arrecife en un día de calma.

Después de trabajar un buen rato, miró a Catherine, todavía dormida, ahora con labios sonrientes; el rectángulo de luz que entraba por la ventana abierta caía sobre el bronceado de su cuerpo e iluminaba su rostro oscuro y su cabeza leonada contra el arrugado blanco de la sábana y la almohada intacta. Ahora es demasiado tarde para pedir el desayuno, pensó. Dejaré una nota y bajaré al café a tomar un *café crème* o algo parecido. Sin embargo, mientras guardaba sus útiles de trabajo, Catherine se despertó y se acercó a él cuando cerraba la maleta y le abrazó y besó en la nuca, diciendo:

—Soy tu mujer desnuda y perezosa.

—¿Para qué te has despertado?

—No lo sé, pero dime adónde vas y estaré allí dentro de cinco minutos.

—Voy a desayunar al café.

—Adelántate y enseguida me reuniré contigo. Has trabajado, ¿verdad?

—Claro.

—Fuiste maravilloso después de lo de ayer y de todo. Estoy tan orgullosa. Bésame y mirémonos en el espejo de la puerta del baño.

Él la besó y se miraron en el espejo de cuerpo entero.

—Es tan agradable no sentirse demasiado vestida —dijo ella —. Sé bueno y no te metas en ningún lío mientras vas al café. Y pídeme un *oeuf au jambon*. No me esperes. Siento haberte hecho esperar tanto para desayunar.

En el café encontró el periódico de la mañana y la prensa parisina de la víspera; tomó su café con leche con el jamón de Bayona y un huevo grande y muy fresco que salpicó de pimienta molida y un poco de mostaza antes de romper la yema. Al ver que Catherine no venía y su huevo corría el peligro de enfriarse, se lo comió también, limpiando después el plato con un pedazo de pan recién cocido.

—Ahí llega madame —anunció el camarero—. Le traeré otro *plat*.

Catherine se había puesto una falda, un suéter de cachemira y un collar de perlas; una vez secados los cabellos con la toalla, los había peinado todavía húmedos, de modo que el color leonado no se veía y no contrastaba con su rostro increíblemente moreno.

—Es un día muy hermoso —dijo—. Siento llegar tarde.

—¿Para qué te has vestido?

—Para Biarritz. He pensado ir allí. ¿Quieres acompañarme?

—Prefieres ir sola.

—Sí —contestó—, pero puedes venir. —Al verle indeciso, añadió—: Te traeré una sorpresa.

—No, no lo hagas.

—Sí. Te gustará.

—Déjame ir contigo para evitar que cometas alguna locura.

—No, es mejor que lo haga sola. Volveré por la tarde. No me esperes para almorzar.

David leyó los periódicos y después paseó por la ciudad buscando casas por alquilar o una parte de la ciudad que fuera buena para vivir y encontró la zona recién urbanizada, agradable pero triste. Le encantaba la vista de la bahía y del estuario en el lado español y la piedra vieja y gris de Fuenterrabía y la brillante blancura de las casas diseminadas a su alrededor y las montañas pardas con las sombras azules. Se preguntó por qué habría pasado tan deprisa la tormenta y pensó que debía de haber sido el borde septentrional de una tormenta procedente del golfo de Vizcaya. Vizcaya era la provincia vasca que bordeaba la costa después de San Sebastián. Las montañas que veía al fondo de los tejados de la ciudad fronteriza de Irún estaban en Guipúzcoa y más allá debía de estar Navarra. ¿Y qué hacemos aquí?, pensó, ¿y qué hago yo paseando por una ciudad turística y contemplando magnolias recién plantadas y las malditas mimosas y buscando carteles que digan «se alquila» en falsas villas vascas? Esta mañana no he trabajado lo suficiente para entorpecer mi cerebro, ¿o acaso tengo resaca de ayer? En realidad no he trabajado nada. Y sería mejor que lo hiciera porque todo va demasiado deprisa y yo voy detrás y estaré acabado antes de que me dé cuenta. Quizá ya lo estoy. Está bien, no empieces. Por lo menos te acuerdas de esto. Y siguió andando por la ciudad con la visión agudizada por el mal humor y templada por la belleza cenicienta del día.

La brisa marina soplaba en la habitación y él leía con los hombros y los riñones apoyados en dos almohadas y otra doblada detrás de la cabeza. Estaba soñoliento después de almorzar, pero sentía el vacío de la espera mientras leía y aguardaba. De pronto oyó abrirse la puerta y ella entró y por un instante no pudo reconocerla. Estaba allí, con las manos sobre el suéter de cachemira, bajo los pechos, respirando como si hubiera corrido.

—Oh, no —exclamó—. No. —Entonces se echó sobre la cama y apoyó la cabeza contra él, diciendo—: No, no. Por favor, David. ¿No te das cuenta, nada en absoluto?

Él le apretó la cabeza contra su pecho y la notó suave, con el pelo cortado al rape, toscamente sedosa, y ella la hundió con fuerza una y otra vez.

—¿Qué has hecho, demonio?

Levantó la cabeza, le miró, estampó los labios sobre los suyos, se movió de un lado a otro y se colocó más arriba en la cama para apretar su cuerpo contra el de él.

—Ahora ya lo veo —dijo—. Estoy muy contenta. Era un riesgo tan grande... Ahora soy tu nueva chica, de modo que hemos de descubrirlo.

—Déjame ver.

—Ya te lo enseñaré, pero suéltame un momento.

Volvió y se quedó junto a la cama, iluminada por el sol que entraba por la ventana. Había dejado resbalar la falda e iba descalza, así que solo llevaba el suéter y las perlas.

—Mírame bien —dijo—, porque así es como soy.

Él miró con atención las piernas largas y morenas, el cuerpo erguido, la cara bronceada y la cabeza leonada, como esculpida, y ella le miró y dijo:

—Gracias.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿Puedo decírtelo en la cama?

—Sí, si me lo dices enseguida.

—No, enseguida no. Déjame contarte. Primero tuve la idea en la carretera, después de pasar Aix-en-Provence. Creo que fue en Nîmes, cuando paseábamos por el jardín. Pero no sabía cómo hacerlo o cómo decirles que se debía hacer. Entonces lo medité y ayer me decidí.

David le pasó la mano por la cabeza, desde el cuello a la coronilla y después hasta la frente.

—Déjame contártelo. Sabía que había buenos peluqueros en Biarritz, por los ingleses, así que al llegar me dirigí a la mejor peluquería y dije que lo quería todo cepillado hacia adelante y el peluquero lo cepilló y me llegaba hasta la nariz y apenas me permitía ver. Entonces dije que quería un corte como el de un niño que va por primera vez a una escuela pública. Me preguntó a qué escuela, y yo dije Eton o Winchester porque eran los únicos colegios que recordaba además de Rugby, y desde luego no me gustaba Rugby. Me preguntó cuál de los dos, así que dije Eton, pero todo tirado hacia adelante. Cuando hubo terminado y yo parecía la chica más atractiva que fue jamás a Eton, se lo hice cortar una y otra vez hasta que el corte de Eton desapareció y entonces le mandé cortarlo aún más. Dijo con mucha severidad que *no* era un corte de Eton, mademoiselle, y yo repliqué que no quería un corte de Eton, monsieur. Era la única manera que conocía para explicar cómo lo quería, y es madame y no mademoiselle. Entonces se lo hice cortar un poco más y después otro poco más y ahora es maravilloso o terrible. ¿Te importa que me caiga sobre la frente? Cuando era el corte Eton me caía sobre los ojos.

—Es maravilloso.

—Es terriblemente clásico —corrigió ella—, pero tiene el tacto de un animal. Tócalo.

Él lo tocó.

—No te preocupes porque sea demasiado clásico —continuó

ella—. Mi boca lo compensa. Y ahora, ¿podemos hacer el amor?

Inclinó la cabeza hacia delante y él le quitó el suéter por la cabeza y las mangas de los brazos y se dispuso a desenganchar el cierre del collar de perlas.

—No, déjalo.

Se acostó con las piernas morenas muy juntas y la cabeza sobre la sábana sin almohada y las perlas resbalaron de la morena ondulación de los pechos. Tenía cerrados los ojos y las manos en los costados. *Era* una chica nueva y él vio que la boca también había cambiado. Respirando con mucha lentitud, dijo ella:

—Hazlo todo tú. Desde el principio. Desde el mismo principio.

—¿Es este el principio?

—Oh, sí. Y no esperes demasiado. No, no esperes...

Por la noche permaneció acurrucada junto a él con la cabeza apoyada sobre su estómago, acariciándole el pecho de un lado a otro, y en un momento dado posó los labios sobre los de él, le abrazó y dijo:

—Eres tan bello y leal cuando estás dormido; y no había manera de que te despertaras; pensé que no te despertarías y fue maravilloso. Has sido tan leal conmigo. ¿Crees que ha sido un sueño? No te despiertes. Voy a dormirme, pero si no lo consigo, seré una chica salvaje. Se quedará despierta y cuidará de ti. Tú duerme y piensa que estoy a tu lado. Por favor, duérmete.

Por la mañana, cuando él se despertó, el hermoso cuerpo que conocía estaba muy cerca; lo miró y vio junto a él los hombros oscuros, como madera pulimentada, y el cuello y la bella cabeza leonada y suave como la de un pequeño animal, y

cambió de posición para volverse hacia ella y besarle la frente y el pelo, después los ojos y por último, con mucha suavidad, la boca.

—Estoy dormida.

—Yo también lo estaba.

—Lo sé. Es extraño. Toda la noche ha sido maravilloso por lo extraño.

—Extraño, no.

—Como quieras. Oh, nos complementamos de un modo tan magnífico. ¿Podemos dormirnos a la vez?

—¿Quieres dormir?

—Quiero que durmamos los dos.

—Lo intentaré.

—¿Te has dormido?

—No.

—Inténtalo, por favor.

—Lo estoy intentando.

—Entonces, cierra los ojos. ¿Cómo puedes dormirte si no cierras los ojos?

—Me gusta verte por la mañana, extraña y nueva.

—¿Acerté al inventarlo?

—No hables.

—Es el único modo de retardar las cosas. Ya lo he hecho. ¿No lo has notado? Claro que sí. ¿No has notado que era como el latido al unísono de nuestros corazones? Es lo mismo, sé que esto es lo único que importa, pero no pensemos, es tan hermoso, tan, tan bueno y tan hermoso…

Volvió al espacioso dormitorio, fue hacia el espejo y se cepilló el pelo mientras se miraba con expresión crítica.

—Desayunemos en la cama —dijo—, y ¿podemos beber champán, si no es algo perverso? En brut tienen Lanson y

Perrier-Jouët del bueno. ¿Puedo llamar?

—Sí —contestó él, dirigiéndose a la ducha. Antes de abrir del todo el grifo, pudo oír la voz de ella al teléfono.

Cuando salió, estaba apoyada cómodamente en dos almohadas; las había ahuecado todas y colocado las dos de él en la cabecera.

—¿Tengo buen aspecto con la cabeza mojada?

—Está solo húmeda. Te la has secado con una toalla.

—Puedo cortarme aún más el flequillo. Podría hacerlo yo misma. O tú.

—Me gustaría que te cayera sobre los ojos.

—Quizá lo haga. ¿Quién sabe? —dijo ella—. Quizá nos cansemos de ser clásicos. Y hoy nos quedaremos en la playa al mediodía. Pasearemos hasta el final y podremos tomar bien el sol cuando la gente se vaya a almorzar y después iremos a Saint Jean en bicicleta para comer en el bar Vasco cuando tengamos hambre. Pero antes nos obligarás a ir a la playa porque lo necesitamos.

—Muy bien.

David acercó una silla y colocó una mano muy cerca de la de ella, y ella le miró y dijo:

—Hace dos días lo comprendí todo y entonces la absenta me lo hizo olvidar.

—Lo sé —respondió David—. No pudiste evitarlo.

—Pero te ofendí con lo de los recortes.

—No —dijo él—. Lo intentaste, pero no lo conseguiste.

—Lo siento mucho, David. Por favor, créeme.

—Todo el mundo hace cosas extrañas que significan algo para ellos. No pudiste evitarlo.

—No —dijo la muchacha, meneando la cabeza.

—Todo arreglado, entonces —contestó David—. No llores. Todo está arreglado.

—Nunca lloro —dijo ella—, pero no puedo evitarlo.

—Lo sé y estás muy bella cuando lloras.

—No. No digas eso. Pero nunca había llorado, ¿verdad?

—Nunca.

—¿Será perjudicial para ti quedarnos solo dos días más en la playa? Aún no hemos tenido ocasión de nadar y sería una tontería haber estado aquí y no haber nadado. ¿Adónde iremos cuando nos marchemos de aquí? Oh, aún no lo hemos decidido. Probablemente lo decidiremos esta noche o por la mañana. ¿Adónde sugieres?

—Creo que cualquier lugar sería bueno —le respondió David.

—Pues quizá vayamos allí.

—Es un lugar muy grande.

—Pero es agradable estar solos; yo me encargaré de hacer el equipaje.

—No hay mucho que hacer, solo meter las cosas de tocador y cerrar dos maletas.

—Podemos irnos por la mañana, si quieres. Te aseguro que no quiero molestarte ni causarte ningún perjuicio.

El camarero llamó a la puerta.

—Ya no quedaba Perrier-Jouët, madame, así que he traído Lanson.

Ella había dejado de llorar y la mano de David seguía cerca de la suya. Él dijo:

—Lo sé.

Capítulo 6

Habían pasado la mañana en el Prado y ahora se hallaban sentados en el interior de un edificio de gruesas paredes de piedra. Era fresco y muy antiguo. Había cubas de vino por doquier. Las mesas eran viejas y macizas y las sillas estaban gastadas. La luz entraba por la puerta. El camarero les llevó copas de manzanilla de la tierra que rodea Cádiz, llamada Las Marismas, junto con lonchas de jamón serrano,[*] un jamón duro, ahumado y curado de cerdos alimentados con bellotas, y salchichón** rojo y condimentado y otro todavía más oscuro y picante de una ciudad llamada Vich, anchoas y aceitunas al ajo. Comieron de todo y bebieron más manzanilla, que era ligera y sabía a nueces.

Catherine tenía sobre la mesa, al alcance de la mano, un método español-inglés con cubierta verde, y David, un montón de periódicos de la mañana. Era un día cálido, pero fresco dentro del edificio, y el camarero preguntó: «¿Quieren gazpacho?». Era viejo y les volvió a llenar las copas.

—¿Cree que le gustaría a la señorita?

—Póngala a prueba —dijo gravemente el camarero, como si hablara de una yegua.

Lo llevó en un gran bol, con hielo flotando entre rodajas de pepino, tomate, pan untado con ajo, pimientos rojos y verdes y el líquido salpicado de pimienta que sabía ligeramente a aceite y vinagre.

—Es una sopa de ensalada —dijo Catherine—. Deliciosa.

—Es gazpacho —corroboró el camarero.

Ahora bebieron Valdepeñas de una gran jarra, que empezó a

causar su efecto después del marismeño,[*] este mantenido a raya solo temporalmente al ser diluido por el gazpacho, y ambos se mezclaron muy bien y con solidez.

—¿Qué es este vino? —preguntó Catherine.

—Un vino africano —respondió David.

—Siempre dicen que África empieza en los Pirineos —observó Catherine—. Recuerdo que me impresionó mucho la primera vez que lo oí.

—Es uno de esos dichos superficiales —dijo David—. La cuestión es más complicada que todo eso. Bebe.

—Pero ¿cómo puedo decir dónde empieza África si no he estado nunca allí? La gente siempre te dice cosas enrevesadas.

—Claro que puedes decirlo.

—Desde luego, el País Vasco no se parecía a África ni a nada de lo que he oído acerca de África.

—Ni Asturias, ni Galicia, pero en cuanto has dejado la costa, no tarda en ser como África.

—Pero ¿por qué no han pintado nunca este país? —preguntó Catherine—. En todos los cuadros, el fondo son las montañas de El Escorial.

—La sierra —dijo David—. Nadie quería comprar cuadros de Castilla tal como la has visto. Nunca tuvieron paisajistas. Los pintores pintaban por encargo.

—Excepto el Toledo de El Greco. Es terrible tener un país tan maravilloso y ningún buen pintor para plasmarlo —observó Catherine.

—¿Qué comemos después del gazpacho? —inquirió David. El propietario, que era un hombre bajo de mediana edad, corpulento y de cara cuadrada, se les había acercado—. Él cree que deberíamos comer alguna clase de carne.

—Hay solomillo muy bueno[*] —insistió el propietario.

—No, por favor —dijo Catherine—, solo una ensalada.

—Bueno, pues beban por lo menos un poco de vino —sugirió

el propietario, volviendo a llenar la jarra del grifo de la cuba que estaba detrás del bar.

—No debería beber —dijo Catherine—. Siento hablar tanto; soy demasiado charlatana. Lamento haber dicho tonterías; es lo que suelo hacer.

—Dices cosas muy interesantes y muy bien dichas para un día tan caluroso como este. ¿El vino te hace hablar?

—Sí, y de un modo diferente a la absenta —contestó Catherine—. No parece peligroso. He iniciado una nueva vida y ahora leo y miro hacia fuera e intento no pensar tanto en mí misma y así voy a seguir, pero no deberíamos estar en una ciudad en esta época del año. Quizá nos marchemos. Durante el camino hacia aquí he visto cosas maravillosas que pintar y no sé pintar, nunca he sabido, y conozco cosas maravillosas que escribir y ni siquiera sé escribir una carta que no sea estúpida. Nunca quise ser pintora o escritora hasta que llegué a este país. Ahora es como estar hambrienta todo el tiempo y no poder hacer nada para remediarlo.

—El país está aquí. No tienes que hacer nada. Siempre está aquí. El Prado está aquí —dijo David.

—Nada existe excepto a través de uno mismo —dijo ella—, y no quiero morirme y que desaparezca.

—Tienes todos los kilómetros que hemos recorrido. Todo el país amarillento y las colinas blancas y la paja en el aire y las largas hileras de álamos junto a la carretera. Conoces lo que has visto y lo que has sentido y es tuyo. ¿No tienes Grau du Roi y Aigues Mortes y toda la Camarga que recorrimos en bicicleta? Esto será lo mismo.

—Pero ¿y cuando esté muerta?

—Entonces estarás muerta.

—Pero no puedo soportar estar muerta.

—Entonces, no dejes que ocurra hasta que ocurra. Observa las cosas, escucha y siente.

—¿Y si no puedo recordarlas?

Él había hablado de la muerte como si no importara. Ella bebió el vino y miró las gruesas paredes de piedra que solo tenían pequeñas ventanas con barrotes, muy altas, que daban a una calle estrecha donde no brillaba el sol. La puerta, sin embargo, daba a una arcada y el sol iluminaba los gastados adoquines de la plaza.

—Cuando empiezas a vivir fuera de ti misma —dijo Catherine—, todo es peligroso. Quizá sea mejor que vuelva a nuestro mundo, al que he inventado para ti y para mí; que hemos inventado, mejor dicho. En ese mundo yo tenía un gran éxito y solo hace cuatro semanas. Creo que volveré a él.

Llegó la ensalada, poniendo su verdor sobre la mesa oscura, mientras el sol brillaba en la plaza, al fondo de la arcada.

—¿Te sientes mejor? —preguntó David.

—Sí —respondió ella—. Pensaba tanto en mí misma que volvía a ser imposible, como un pintor ante su propia pintura. Era horrible. Ahora vuelvo a estar bien, y espero que dure.

Había llovido mucho y ya no hacía calor. Estaban en una penumbra fresca, con las persianas bajadas, en la gran habitación del Palace, y se habían bañado juntos en el agua profunda de la bañera larga y honda y luego quitado el tapón y dejado que toda la fuerza del agua fluyera y salpicara a su alrededor, arremolinándose mientras caía por el desagüe. Se habían secado con las enormes toallas y acostado en la cama. Mientras yacían, soplaba una brisa fresca que entraba por las rendijas de la persiana y les pasaba por encima. Catherine estaba apoyada sobre los codos, con la barbilla en las manos.

—¿Crees que sería divertido si volviera a ser un chico? No supondría ninguna molestia.

—Me gustas tal como eres ahora.

—Es un poco tentador. Pero no debería hacerlo en España, supongo. Es un país tan formal...

—Sigue tal como eres.

—¿Qué te hace cambiar la voz cuando dices esto? Creo que lo haré.

—No, ahora no.

—Gracias por el ahora no. ¿Debo hacer el amor como una chica esta vez y después hacerlo?

—Eres una chica. Eres una chica. Eres mi bonita chica Catherine.

—Sí, soy tu chica, y te amo y te amo y te amo.

—No hables.

—Sí, hablaré. Soy tu chica Catherine, y te amo, sí, te amo, siempre, siempre, siempre...

—No tienes que repetirlo tanto. Ya lo sé.

—Me gusta decirlo y tengo que decirlo y he sido una chica estupenda y una chica buena y volveré a serlo. Te prometo que volveré a serlo.

—No tienes que decirlo.

—Oh, sí, lo digo, lo digo y tú lo has dicho. Ahora tú, por favor. Te lo ruego, ahora tú.

Yacieron quietos durante mucho rato y luego ella dijo:

—Te quiero tanto y eres tan buen marido...

—Bendita seas.

—¿Era yo lo que querías?

—¿Tú qué crees?

—Espero que sí.

—Lo eras.

—Lo prometí de verdad y cumpliré mi promesa. Y ahora, ¿puedo volver a ser un chico?

—¿Por qué?

—Solo por un rato.

—¿Por qué?

—Me gustó mucho y no lo echo de menos, pero me gustaría serlo otra vez por la noche en la cama si no es malo para ti. ¿Puedo serlo otra vez? ¿No es malo para ti?

—Al diablo con si es malo para mí.

—Entonces, ¿puedo?

—¿Lo deseas de verdad?

Se había abstenido de preguntar si *tenía* que hacerlo, así que ella dijo:

—No tengo que hacerlo, pero permítemelo, si está bien. ¿Puedo, por favor?

—Bueno. —La besó y la atrajo hacia sí.

—Nadie más que nosotros sabrá qué soy. Solo seré un chico por la noche y no te pondré en ningún aprieto. No te preocupes, por favor.

—Está bien, chico.

—He mentido cuando he dicho que no tengo que hacerlo. Hoy me ha venido muy de repente.

Él cerró los ojos, sin pensar, y ella le besó; ahora había ido más lejos y él notó y sintió la desesperada urgencia.

—Ahora cambia. Por favor, no me obligues a cambiarte. ¿Debo hacerlo? Muy bien, lo haré. Ahora ya has cambiado, de verdad, y lo has hecho tú. Has cambiado y lo has hecho tú. Yo te lo he hecho, pero tú también. Sí, de verdad. Eres mi dulce, mi queridísima Catherine. Eres mi dulce, mi bellísima Catherine. Eres mi chica, mi amada y única chica. Oh, gracias, gracias, querida…

Yació inmóvil mucho rato y él pensó que se había dormido, pero entonces se apartó con mucha lentitud, levantándose un poco sobre los codos y dijo:

—Mañana tengo una sorpresa maravillosa para mí misma. Iré al Prado por la mañana y veré todos los cuadros como un chico.

—Me doy por vencido —dijo David.

Capítulo 7

Por la mañana se levantó mientras ella todavía dormía y salió a la refulgente frescura matutina del aire de la meseta. Subió por la calle que ascendía por la colina hasta la plaza de Santa Ana y desayunó en un café mientras leía la prensa local. Catherine quería estar en El Prado a las diez, cuando se abriera, y antes de marcharse le dejó el despertador preparado para que sonase a las nueve. Fuera, en la calle, subiendo la colina, pensó en ella dormida, en la bonita y despeinada cabeza que parecía una moneda antigua sobre la sábana blanca, sin almohada, y en las curvas de su cuerpo marcadas por la sábana de encima. Ya duraba un mes, pensó, o casi. Y el otro período de Grau du Roi y Hendaya había durado dos meses. No, menos, porque ella lo remontaba a Nîmes. No eran dos meses. Hace tres meses y dos semanas que nos casamos y espero hacerla siempre feliz, aunque creo que en esto nadie puede hacer nada por nadie. Ya es bastante permanecer en este estado de ánimo. La diferencia estriba en que esta vez lo ha preguntado, se dijo. Lo ha preguntado.

Cuando hubo leído los periódicos, pagado el desayuno y salido al calor que había vuelto a la meseta con el cambio de viento, se dirigió a la fría, formal y triste cortesía del banco, donde encontró el correo remitido desde París. Abrió y leyó cartas mientras esperaba que tramitasen en diversas ventanillas las prolongadas formalidades de hacer efectivo un giro enviado por su banco a aquel, su sucursal madrileña.

Por fin, con el abultado fajo de billetes en el bolsillo de la chaqueta, salió de nuevo al calor y se detuvo ante un quiosco

para comprar los periódicos ingleses y americanos llegados con el expreso de la mañana. Compró unos semanarios taurinos para envolver con ellos los periódicos ingleses y enfiló la carrera de San Jerónimo bajo la luz matizada, fresca y amable, en dirección al Buffet Italianos. Aún no había nadie en el lugar y recordó que no había concertado ninguna cita con Catherine.

—¿Qué tomará? —le preguntó el camarero.

—Cerveza —dijo.

—Esto no es una cervecería.

—¿No tienen cerveza?

—Sí, pero no es una cervecería.

—Peor para ustedes —replicó y, volviendo a enrollar los periódicos, salió, cruzó la calle y en la acera opuesta dobló hacia la izquierda, enfiló la calle Victoria y entró en la cervecería Álvarez. Se sentó bajo el toldo del pasaje y bebió un gran vaso de cerveza fría de barril.

Era probable que el camarero solo quisiera darle conversación, pensó, y lo que había dicho era bien cierto. El local no era una cervecería; en eso había sido literal, sin pretender ser insolente. Él le había contestado muy mal y no tenía defensa posible; era vergonzoso. Bebió otra cerveza y llamó al camarero para pagarle.

—¿Y la señora? —preguntó este.

—En el Museo del Prado. Voy a buscarla.

—Bien, pues hasta la vuelta —dijo el camarero.

Volvió al hotel por un camino más corto. La llave estaba en el mostrador, así que subió a la habitación, dejó los periódicos y el correo sobre la mesa y guardó la mayor parte del dinero en la maleta, que cerró con llave. La habitación ya estaba hecha y las persianas bajadas contra el calor, por lo que reinaba la penumbra. Se lavó, clasificó el correo y eligió cuatro cartas, que se metió en el bolsillo del pantalón. Cogió las ediciones parisinas del *New York Herald,* del *Chicago Tribune* y del *London*

Daily Mail para llevar consigo al bar del hotel y se detuvo ante el mostrador para dejar la llave y pedir al recepcionista que dijera a madame, cuando llegara, que él estaba en el bar.

Se sentó en un taburete de la barra, pidió un marismeño[*] y leyó sus cartas mientras comía las aceitunas perfumadas con ajo del platillo que el barman había puesto junto a su copa. Una de las cartas contenía dos recortes de críticas de su novela aparecidas en revistas mensuales y las leyó sin sentir que hablaban de él o de algo que él hubiera escrito.

Volvió a meter los recortes en el sobre. Eran críticas entendidas e inteligentes, pero no significaban nada para él. Leyó la carta del editor con la misma indiferencia. El libro se vendía bien y pensaban que continuaría vendiéndose bien hasta el otoño, aunque nadie podía asegurar semejante cosa. No cabía duda de que hasta ahora había recibido unas críticas extraordinariamente buenas que franquearían el paso a su próximo libro. Resultaba una gran ventaja que esta fuera su segunda y no su primera novela. Era trágica la frecuencia con que las primeras novelas eran las únicas buenas novelas de los escritores americanos. En cambio esta, proseguía su editor, ratificaba la promesa insinuada antes. Hacía un verano insólito en Nueva York, frío y lluvioso. Oh, Dios santo, pensó David, al diablo con el tiempo de Nueva York y al diablo con aquel bastardo de labios finos de Coolidge, que pescaba truchas en camisa de cuello duro en un vivero de las Black Hills que robamos a los sioux y a los cheyennes y al diablo con los escritores de bañera, llenos de ginebra, que se preguntan si su niño baila el charleston. Y al diablo con la promesa que había ratificado. ¿Qué promesa y a quién? ¿A *The Dial*, *The Bookman*, *The New Republic*? No, la había insinuado. Dejadme insinuar la promesa de que voy a ratificarla. Vaya mierda.

—Hola, jovencito —dijo una voz—. ¿Por qué pareces tan indignado?

—Hola, coronel —saludó David, sintiéndose feliz de repente —. ¿Qué diablos hace usted aquí?

El coronel, que tenía profundos ojos azules, pelo muy rubio y un rostro bronceado que daba la impresión de haber sido esculpido en piedra por un escultor exhausto cuyo cincel se hubiese roto durante el trabajo, cogió la copa de David y probó el marismeño.

—Traiga a la mesa una botella de lo que bebe este joven —dijo al camarero—. Que esté fría, pero no helada. Y que sea inmediatamente.

—Sí, señor. Muy bien, señor —contestó el camarero.

—Ven —dijo el coronel a David, conduciéndole a una mesa de rincón—. Tienes muy buen aspecto.

—Usted también.

El coronel John Boyle llevaba un traje azul oscuro de una tela que parecía rígida pero fresca, camisa azul y corbata negra.

—Yo siempre me encuentro bien. ¿Quieres un empleo? —preguntó.

—No —respondió David.

—Así, a secas. Ni siquiera preguntas de qué se trata. —Su voz sonó como arrancada de una garganta llena de polvo.

Llegó el vino y el camarero llenó dos copas y puso sobre la mesa dos platitos con avellanas y aceitunas al ajo.

—¿No hay anchoas? —inquirió el coronel—. ¿Qué clase de fonda[*] es esta?

El camarero sonrió y fue a buscar las anchoas.

—Un vino excelente —dijo el coronel—, de primera clase. Siempre esperé que tu gusto mejoraría. Veamos, ¿por que no quieres un empleo? Acabas de terminar un libro.

—Estoy en luna de miel.

—Una expresión tonta —observó el coronel—; nunca me ha gustado. Suena a pegajosa. ¿Por qué no me has dicho que acabas de casarte? No importa; en cualquier caso, no serviría

para nada.

—¿Qué empleo era?

—Es inútil hablar de ello ahora. ¿Con quién te has casado? ¿La conozco?

—Con Catherine Hill.

—Conocí a su padre. Un tipo muy raro. Se mató en un accidente de coche, con su esposa.

—Yo no llegué a conocerlos.

—¿No los conociste?

—No.

—Es extraño, pero perfectamente comprensible. No te has perdido ningún suegro especial. Dicen que la madre estaba muy sola. Qué manera más estúpida de matarse dos personas adultas. ¿Dónde conociste a esta chica?

—En París.

—Tiene un tío muy necio que vive allí. Un inútil. ¿Le conoces?

—Le he visto en las carreras.

—En Longchamps y Auteuil. ¿Cómo podías evitarlo?

—No me he casado con su familia.

—Claro que no. Pero siempre es así. Muertos o vivos.

—No con los tíos y tías.

—Bueno, sea como sea, diviértete. ¿Sabes? Me gustó el libro. ¿Se vende bien?

—Sí, bastante bien.

—Me emocionó mucho —dijo el coronel—. Engañas, hijo de perra.

—Usted también, John.

—Así lo espero —dijo el coronel.

David vio a Catherine en el umbral y se levantó. Ella fue a su encuentro y David dijo:

—Te presento al coronel Boyle.

—¿Qué tal, querida?

Catherine le miró, sonrió y se sentó a la mesa. David observó que parecía contener el aliento.

—¿Estás cansada? —preguntó.

—Creo que sí.

—Bebe una copa de esto —propuso el coronel.

—¿Estaría bien que tomara un absenta?

—Claro —contestó David—. Yo también tomaré una.

—Yo no —dijo el coronel al camarero—. Esta botella ya no está fría. Métala otra vez en hielo y tráigame una copa de una que esté fría.

—¿Te gusta el Pernod auténtico? —preguntó a Catherine.

—Sí —dijo ella—. Soy tímida con la gente y me ayuda.

—Es una bebida excelente —convino él—. Os acompañaría, pero tengo que trabajar después del almuerzo.

—Lamento haber olvidado citarte en algún sitio —dijo David.

—Esto me gusta.

—He pasado por el banco a recoger el correo. Hay muchas cartas para ti. Las he dejado en la habitación.

—No me importan nada —contestó ella.

—Te he visto en el Prado mirando los grecos —dijo el coronel.

—Yo también le he visto. ¿Mira siempre los cuadros como si fueran suyos y tuviera intención de hacerlos colgar como es debido?

—Probablemente —respondió el coronel—. ¿Y tú siempre los miras como si fueras el joven jefe de una tribu guerrera que se hubiera zafado de sus consejeros y mirase aquel mármol de Leda y el cisne?

Catherine se ruborizó bajo el oscuro bronceado y miró a David y después al coronel.

—Me gusta usted —dijo—. Continúe.

—Me gustas —dijo él—, y envidio a David. ¿Es él todo lo que

necesitas?

—¿Acaso no lo sabe?

—«Para mí es visible el mundo visible» —citó el coronel—. Ahora sigue sorbiendo este suero de la verdad que sabe a carcoma.

—Ya no lo necesito.

—¿Ahora ya no eres tímida? Bebe, de todos modos. Es bueno para ti. Eres la chica blanca más oscura que conozco. Aunque tu padre era muy moreno.

—Debo de tener su piel. Mi madre era muy rubia.

—No la conocí.

—¿Conoció bien a mi padre?

—Muy bien.

—¿Cómo era?

—Un hombre muy difícil y encantador. ¿Eres realmente tímida?

—Ya lo creo. Pregunte a David.

—Pues se te ha pasado con mucha rapidez.

—Gracias a usted. ¿Cómo era mi padre?

—Era el hombre más tímido que he conocido y también el más encantador.

—¿También él recurría al Pernod?

—Bebía de todo.

—¿Se lo recuerdo yo?

—En absoluto.

—Eso está bien. ¿Y David?

—Ni por asomo.

—Eso aún está mejor. ¿Cómo sabía que yo era un chico en el Prado?

—¿Por qué no habrías de serlo?

—Solo volví a serlo anoche. He sido una chica durante casi un mes. Pregúnteselo a David.

—No necesitas decir «pregúnteselo a David». ¿Qué eres en

este momento?

—Un chico, si a usted no le importa.

—No me importa nada. Pero no lo eres.

—Solo quería decirlo. Ahora que lo he dicho, no tengo que serlo. Pero ha sido maravilloso en el Prado. Por eso quería contárselo a David.

—Tendrás mucho tiempo para decírselo.

—Sí —asintió ella—, tenemos tiempo para todo.

—Dime dónde te has puesto tan morena —dijo el coronel—. ¿Sabes lo morena que estás?

—Fue en Grau du Roi y, después, no lejos de la Napoule. Había una cala a la que se bajaba por un sendero entre los pinos que no podía verse desde la carretera.

—¿Cuánto tiempo has tardado en ponerte tan morena?

—Unos tres meses.

—¿Y de qué te va a servir?

—Lo luciré —contestó—. Es muy favorecedor en la cama.

—Me extraña que quieras derrocharlo en la ciudad.

—En el Prado no se derrocha. Y no lo luzco, en realidad. Soy yo. En realidad soy así de morena. El sol no hace más que intensificarlo. Me gustaría estarlo aún más.

—Entonces es probable que lo estés —dijo el coronel—. ¿Tienes otras cosas parecidas que te ilusionen?

—Pues cada día —respondió Catherine—. Me ilusiona cada día.

—¿Y hoy ha sido un buen día?

—Sí. Usted sabe que sí. Estaba presente.

—¿Almorzaréis conmigo, tú y David?

—Muy bien —aceptó Catherine—. Subiré a cambiarme. ¿Me esperarán?

—¿No quieres terminar tu copa? —preguntó David.

—No me apetece. Pero no te preocupes por mí. No seré tímida.

Fue hacia la puerta y los dos la siguieron con la mirada.

—¿He sido demasiado brusco? —preguntó el coronel—. Espero que no. Es una chica muy hermosa.

—Espero ser bueno para ella.

—Lo eres. Y a ti, ¿cómo te va?

—Muy bien, creo.

—¿Eres feliz?

—Mucho.

—Recuerda que todo va bien hasta que va mal. Cuando vaya mal, lo sabrás.

—¿Usted cree?

—Estoy completamente seguro. Y si no lo sabes, no importa. Entonces nada importará.

—¿Pasará muy deprisa?

—No he dicho nada sobre la rapidez. ¿De qué hablas?

—Lo siento.

—Es lo que tienes, así que diviértete.

—Ya lo hacemos.

—Se ve. Solo hay una cosa.

—¿Qué?

—Cuídala bien.

—¿Es todo lo que ha de decirme?

—Un detalle más: la prole no sirve de nada.

—Aún no la hay.

—Es más bondadoso matarla.

—¿Más bondadoso?

—Mejor.

Hablaron de gente durante un rato y el coronel hizo observaciones cáusticas; entonces David vio a Catherine en el umbral con un conjunto de rayón blanco que resaltaba su bronceado.

—Estás extraordinariamente bella —dijo el coronel a Catherine—, pero debes intentar ponerte más morena.

—Gracias, lo haré —respondió ella—. Ahora no tenemos que salir al calor, ¿verdad? Podemos comer aquí en la parrilla.

—Almorzáis conmigo —dijo el coronel.

—No, por favor. Usted almuerza con nosotros.

David se levantó, vacilante. Ahora había más gente en el bar. Al mirar hacia la mesa, vio que había apurado la copa de Catherine además de la suya y no recordaba haber bebido ninguna de las dos.

Era la hora de la siesta y yacían en la cama; David leía a la luz que entraba por la ventana de la izquierda de la cama, cuya persiana de tablillas había subido un tercio de su longitud. La luz llegaba reflejada por el edificio de enfrente. La persiana no estaba lo bastante subida para que pudiera verse el cielo.

—Al coronel le ha gustado que esté tan morena —dijo Catherine—. Tenemos que volver a la playa. Debo conservar el bronceado.

—Nos iremos en cuanto tú quieras.

—Será maravilloso. ¿Puedo decirte algo? Tengo que decírtelo.

—¿Qué?

—No he cambiado a chica para el almuerzo. ¿Me he portado bien?

—¿No has cambiado?

—No. ¿Te importa? Pero ahora soy tu chico y haré cualquier cosa por ti.

David siguió leyendo.

—¿Estás enfadado?

—No. —Sobrio, pensó.

—Ahora es más sencillo.

—No lo creo.

—Entonces, tendré cuidado. Esta mañana todo lo que hacía

me parecía correcto y feliz, limpio y bueno a la luz del día. ¿No podría intentarlo ahora y ver qué pasa?

—Preferiría que no lo hicieras.

—¿Puedo besarte e intentarlo?

—No si eres un chico y yo soy un chico. —Sentía como una barra de hierro dentro del pecho—. Ojalá no se lo hubieras dicho al coronel.

—Pero él me ha visto, David. Él lo ha mencionado y lo sabía todo y lo comprendía. No ha sido una estupidez decírselo. Era lo mejor. Es nuestro amigo. Después de habérselo dicho, no hablará y, si no se lo decía, tenía derecho a hacerlo.

—No puedes confiar así en todo el mundo.

—No me importan los demás, solo me importas tú. Nunca provocaría escándalos con otras personas.

—Me parece tener el pecho dentro de una armadura.

—Lo siento. El mío se siente muy feliz.

—Querida Catherine.

—Esto es bueno. Llámame Catherine siempre que me necesites. También soy tu Catherine. Soy siempre Catherine cuando la necesitas. Será mejor que durmamos, o ¿quieres que empecemos y veamos qué sucede?

—Permanezcamos primero muy quietos en la oscuridad —contestó David, bajando la persiana de tablillas, y ambos yacieron juntos en la gran habitación del Palace de Madrid, ciudad donde Catherine había paseado por el Museo del Prado a la luz del día como un chico y ahora haría las cosas oscuras a la luz, y el cambio, pensó David, no terminaría nunca.

Capítulo 8

Por la mañana, en el Buen Retiro se estaba fresco como si fuese una selva. Era verde y los troncos de los árboles, oscuros, y todas las distancias, nuevas. El lago no estaba donde se encontraba antes y cuando lo vieron, entre los árboles, había cambiado mucho.

—Adelántate —dijo ella—. Quiero mirarte.

Así que él se alejó de ella, caminó hacia un banco y se sentó. Podía ver un lago a una gran distancia y sabía que estaba demasiado lejos para ir a pie. Permaneció sentado en el banco y ella se sentó a su lado y dijo:

—Ya está.

Sin embargo, el remordimiento le esperaba en el Retiro y ahora le atormentaba tanto que dijo a Catherine que se reuniría con ella en el café del Palace.

—¿Estás bien? ¿Quieres que vaya contigo?

—No, estoy bien. Solo tengo que irme.

—Te veré allí —dijo ella.

Estaba especialmente bella esa mañana, sonriendo a su secreto y él le sonrió y se llevó el remordimiento al café. No creía que pudiera llegar, pero lo consiguió, y más tarde, cuando apareció Catherine, estaba terminando su segunda absenta y el remordimiento había desaparecido.

—¿Cómo estás, demonio? —preguntó.

—Soy tu demonio —dijo ella—. ¿Puedo beber una copita de eso?

El camarero se alejó, contento de verla tan bella y feliz, y ella preguntó:

—¿Qué te ocurría?

—Me sentía muy mal, pero ahora estoy bien.

—¿Tan mal te sentías?

—No —mintió.

Ella meneó la cabeza.

—Lo siento muchísimo. Esperaba que nunca te sentirías mal.

—Ya pasó.

—Eso es bueno. ¿No es una delicia estar aquí en verano, sin gente? He pensado una cosa.

—¿Ya?

—Podemos quedarnos y no ir a la playa. Esto es nuestro ahora. La ciudad y esto. Podríamos quedarnos aquí y después volver en coche directamente a la Napoule.

—No hay muchas más alternativas.

—No digas eso. Acabamos de empezar.

—Sí... siempre podemos volver al punto de partida.

—Claro que podemos, y lo haremos.

—No hablemos de ello —dijo él.

Había vuelto a sentirse mal y bebió un largo sorbo.

—Es algo muy extraño —observó—. Esta bebida sabe exactamente igual que el remordimiento. Tiene su mismo sabor y, no obstante, lo quita.

—No me gusta que tengas que tomarla por eso. No somos así. No debemos ser así.

—Quizá es como yo soy.

—No debes. —Bebió un gran sorbo y luego otro y después miró a su alrededor y por último a él—. Puedo hacerlo. Mírame y verás cómo sucede. Aquí, en el café al aire libre del Palace de Madrid, desde donde puedes ver el Prado y la calle y los aspersores bajo los árboles, de manera que es real. Es terriblemente brusco, pero puedo hacerlo. Ya lo verás; mírame. Los labios son otra vez de tu chica y toda yo soy lo que realmente quieres. ¿Verdad que lo he hecho? Dímelo.

—No había ninguna necesidad.

—¿Te gusto como chica? —preguntó muy seria y enseguida sonrió.

—Sí —contestó él.

—Muy bien. Me alegro de que le guste a alguien porque es un maldito fastidio.

—No lo hagas entonces.

—¿No me has oído decir que lo he hecho? ¿No me has visto hacerlo? ¿Quieres que me retuerza y me parta en dos porque no eres capaz de decidirte, porque no quieres quedarte con nada?

—¿Deseabas continuar como antes?

—¿Por qué habría de hacerlo? Quieres una chica, ¿no? ¿Con todos los accesorios, no? Escenas, histerismo, acusaciones falsas, temperamento, ¿no es eso? Continuaré así. No te abochornaré delante del camarero. No le haré sentir incómodo. Leeré mi maldito correo. ¿Podemos enviar a buscar mi correo?

—Subiré a recogerlo.

—No. No debo quedarme aquí sola.

—Es verdad —dijo él.

—¿Lo ves? Por eso te he dicho que enviemos a buscarlo.

—No darán a un botones[*] la llave de la habitación. Por eso he dicho que iría yo.

—Estoy por encima de esto —dijo Catherine—, no voy a obrar de este modo. ¿Por qué he de obrar así contigo? Ha sido ridículo y poco digno, tan tonto que ni siquiera voy a pedirte que me perdones. Además, tengo que subir a la habitación de todos modos.

—¿Ahora?

—Porque soy una maldita mujer. Pensaba que si era una chica y continuaba siéndolo, podría al menos tener un niño. Pero ni eso.

—Podría ser culpa mía.

—No hablemos nunca de culpas. Tú te quedas aquí y yo traeré el correo. Leeremos nuestras cartas y seremos unos turistas americanos buenos, amables e inteligentes que están decepcionados porque han venido a Madrid en la estación equivocada.

Catherine dijo durante el almuerzo:

—Volveremos a la Napoule. Allí no hay nadie y estaremos calladitos y seremos buenos, trabajaremos y nos cuidaremos mutuamente. También podemos ir a Aix y ver todo el campo de Cézanne. La vez anterior no nos quedamos el tiempo suficiente.

—Nos divertiremos mucho.

—No es demasiado pronto para que empieces de nuevo a trabajar, ¿verdad?

—No. Estoy seguro de que sería bueno empezar ahora.

—Será maravilloso y estudiaré español, en serio, para cuando volvamos. Y tengo muchas cosas para leer.

—Tenemos muchas cosas que hacer.

—Las haremos todas.

Libro tercero

Capítulo 9

El nuevo plan duró un poco más de un mes. Tenían tres habitaciones al fondo de la casa provenzal, larga, baja y rosada, donde ya se habían alojado antes. Estaba entre los pinos, en el lado de la Napoule que daba al Estérel. Bajo las ventanas estaba el mal, y desde el jardín de la larga casa, donde comían bajo los árboles, podían ver las playas vacías, los altos papiros del delta del pequeño río, y al otro lado de la bahía, la blanca curva de Cannes, con las colinas y las montañas lejanas al fondo. Ahora, en verano, no se alojaba nadie en la casa larga y el propietario y su esposa se alegraban de tenerles otra vez.

Su habitación era el gran dormitorio del extremo. Tenía ventanas en tres lados y era fresca en verano. Por la noche olían a pinos y a mar. David trabajaba en una habitación del otro lado. Empezaba muy temprano por la mañana y cuando terminaba iba a buscar a Catherine y se dirigían a una cala entre las rocas donde había una playa de arena para tomar el sol y nadar. A veces Catherine se iba con el coche y él la esperaba tomando una copa en la terraza, después de trabajar. Era imposible beber licor anisado después de la absenta, así que se había aficionado a tomar whisky con agua Perrier. Esto gustaba al propietario, que hacía ahora un buen negocio con la presencia del matrimonio Bourne en la baja temporada estival. No había contratado a ningún cocinero y guisaba su mujer. Una sirvienta limpiaba las habitaciones y un sobrino, aprendiz de camarero, servía la mesa.

Catherine disfrutaba conduciendo el pequeño coche y se iba de compras a Cannes y Niza. Las grandes tiendas de la temporada invernal estaban cerradas, pero encontraba cosas extravagantes para comer y vinos fuertes para beber y localizaba los lugares donde podía comprar libros y revistas.

David trabajó con ahínco durante cuatro días. Pasaban la tarde al sol en la arena de la nueva cala que habían encontrado, nadaban hasta que se cansaban y volvían a casa al atardecer, con la sal ya seca en sus espaldas y en el pelo, para tomar un trago, ducharse y cambiarse de ropa.

La brisa del mar llegaba hasta la cama. Hacía fresco y yacían de lado en la oscuridad tapados con la sábana. Catherine habló:

—Dijiste que te avisara.

—Lo sé.

Se acercó, le cogió la cabeza con ambas manos y le besó.

—Lo deseo muchísimo. ¿Puedo? ¿Me dejas?

—Claro.

—Soy tan feliz. He hecho muchos planes. Y esta vez no seré tan mala ni tan salvaje.

—¿Qué clase de planes has hecho?

—Puedo decírtelo, pero sería mejor enseñártelos. Podríamos hacerlo mañana. ¿Me acompañarás?

—¿Adónde?

—A Cannes, adonde fui cuando estuvimos aquí antes. Es un peluquero muy bueno. Somos amigos y es mejor que el de Biarritz porque lo ha entendido enseguida.

—¿Qué has estado haciendo?

—He ido a verle esta mañana mientras tú trabajabas y se lo he explicado y él lo ha estudiado y comprendido y dicho que sería estupendo. Le he advertido que aún no me había decidido pero que, si lo hacía, intentaría que tú te lo cortases del mismo modo.

—¿Qué corte es?

—Ya lo verás. Iremos juntos. Es como cortado a bisel, con la línea natural. Está entusiasmado. Creo que porque está loco por el Bugatti. ¿Tienes miedo?

—No.

—Yo apenas puedo esperar. En realidad quiere aclarármelo, pero temíamos que no te gustara.

—El sol y el agua salada ya lo aclaran.

—Pero sería mucho más rubio. Ha dicho que puede hacerlo tan rubio como el de un escandinavo. Imagínate el efecto con nuestra piel bronceada. También podríamos aclarar el tuyo.

—No. Me sentiría extraño.

—¿A quién conocemos aquí que pueda importarnos? Se te aclararía de todos modos nadando durante todo el verano.

Él no contestó nada y ella prosiguió:

—No es necesario que lo hagas. Solo aclararemos el mío y quizá te guste para ti. Ya veremos.

—No hagas planes, demonio. Mañana me levantaré muy temprano y trabajaré y tú dormirás hasta muy tarde.

—Entonces, escribe también por mí —dijo ella—. Aunque haya sido mala, escribe lo mucho que te amo.

—Estoy a punto de hacerlo.

—¿Puedes publicarlo o no sería conveniente?

—Solo he intentado escribirlo.

—¿Me lo dejarás leer?

—Si logro escribirlo bien algún día.

—Ya estoy orgullosa y no venderemos ningún ejemplar y así no habrá ningún recorte y tú no te sentirás confuso, y lo guardaremos siempre solo para nosotros.

David Bourne se despertó al amanecer, se puso unos pantalones cortos y una camisa y salió. La brisa había remitido. El mar estaba tranquilo y el día olía a rocío y a pinos. Cruzó descalzo

la terraza de baldosas, se dirigió a la habitación del extremo de la casa larga, entró y se sentó a su mesa de trabajo. Las ventanas habían estado abiertas toda la noche y la habitación estaba fresca y llena de la promesa matutina.

Escribía sobre el viaje de Madrid a Zaragoza y las subidas y bajadas de la carretera por la que circulaban a gran velocidad en una región de oteros rojizos y sobre cuando el pequeño coche alcanzó por la carretera entonces polvorienta al tren expreso y Catherine lo adelantó despacio, vagón por vagón, y luego el ténder, al maquinista y al fogonero y por último el morro de la locomotora, y entonces cambió de marcha para girar a la izquierda y el tren desapareció en un túnel.

—Ya lo tenía —dijo—, pero se ha escondido. Dime cuándo puedo volver a alcanzarlo.

Él miró el mapa Michelin y respondió:

—Tardarás un buen rato.

—Lo dejaré escapar, entonces, y contemplaremos el campo.

A medida que la carretera ascendía se veían más álamos a lo largo del río, hasta que la subida se hizo empinada y él notó que el coche lo aceptaba; y luego Catherine volvió a cambiar de marcha, feliz de haber superado la pendiente.

Ahora, cuando oyó su voz en el jardín, dejó de escribir. Cerró con llave la maleta de los cuadernos de manuscrito y salió, cerrando la puerta tras de sí. La sirvienta usaría la llave maestra para limpiar la habitación.

Catherine estaba desayunando en la terraza; cubría la mesa un mantel a cuadros blancos y rojos. Llevaba su vieja camiseta rayada de Grau du Roi, ahora lavada, encogida y muy descolorida, pantalones nuevos de franela gris y alpargatas.

—Hola —saludó—, no he podido dormir hasta tarde.

—Estás muy bonita.

—Gracias. Me siento bonita.

—¿De dónde has sacado esos pantalones?

—Me los mandé hacer en Niza. Por un buen sastre. ¿Están bien?

—Muy bien cortados. Es solo que se ven nuevos. ¿Vas a llevarlos para ir a la ciudad?

—A la ciudad, no; Cannes está fuera de temporada. Todo el mundo los llevará el año próximo, pero ahora la gente lleva nuestras camisetas, que no quedan bien con falda. No te importa, ¿verdad?

—En absoluto. Están muy bien. Es solo que tienen la raya muy marcada.

Después del desayuno, mientras David se afeitaba y duchaba y se ponía unos viejos pantalones blancos y una camiseta de pescador y encontraba sus alpargatas, Catherine se puso una blusa de hilo azul con el cuello abierto y una falda de hilo blanco grueso.

—Estamos mejor así. Aunque los pantalones queden bien para este lugar, visten demasiado para la mañana. Los guardaremos para otra ocasión.

En la peluquería todo fue muy cordial y espontáneo, pero también muy profesional. Monsieur Jean, que debía de tener la edad de David y parecía más italiano que francés, dijo:

—Lo cortaré como ella me lo pide. ¿Está de acuerdo, monsieur?

—Yo no pertenezco al sindicato —contestó David—. Se lo dejo a ustedes dos.

—Quizá deberíamos experimentar con monsieur —sugirió monsieur Jean—, por si algo falla.

Sin embargo, Monsieur Jean empezó a cortar los cabellos de Catherine con gran cuidado y habilidad y David se dedicó a contemplar el rostro bronceado y serio de ella sobre el peinador que le rodeaba el cuello. Se miraba en el espejo de

mano y vigilaba el peine y las tijeras, que levantaban y cortaban el pelo. El hombre trabajaba como un escultor, grave y absorto.

—He pensado en esto anoche y esta mañana —dijo el peluquero—. Quizá usted no lo crea, monsieur, y lo comprendo, pero esto es tan importante para mí como su profesión lo es para usted.

Retrocedió unos pasos para estudiar la forma. Luego cortó con mayor rapidez y por último dio la vuelta al sillón de modo que el gran espejo se reflejó en el pequeño que sostenía Catherine.

—¿Lo quiere cortado así sobre las orejas? —preguntó ella al peluquero.

—Como usted prefiera. Puede hacerlo más *dégagé*, si le gusta, pero así quedará muy bonito, si hemos de teñirlo más rubio.

—Lo quiero rubio claro —dijo Catherine.

—Madame y yo lo hemos discutido —sonrió el peluquero—, pero yo dije que debía decidirlo monsieur.

—Monsieur ya ha decidido —afirmó Catherine.

—¿Qué grado de rubio desea monsieur?

—Tan claro como pueda —contestó ella.

—No diga eso —protestó monsieur Jean—. Tiene que concretar.

—Tan claro como mis perlas —precisó Catherine—. Las ha visto muchas veces.

David se había acercado y miraba a monsieur Jean llenar un gran vaso de champú con una cuchara de madera.

—Me hago hacer los champús con jabón de Castilla —explicó —. Está templado. Venga al lavacabezas, por favor —dijo a Catherine—. Siéntese delante y póngase esta toalla sobre la frente.

—Pero si ni siquiera es un corte de chico —objetó Catherine —. Yo lo quería tal como lo planeamos. Todo está mal.

—No podría ser un corte más de chico. Debe creerme.

Ahora le enjabonaba la cabeza con el espeso y espumante champú, que tenía un olor acre.

Una vez la cabeza estuvo lavada y aclarada varias veces, David pensó que el pelo era incoloro; chorreaba agua, dejando solo una palidez húmeda. El peluquero la envolvió con una toalla y frotó con suavidad, seguro de lo que hacía.

—No se desespere, madame —dijo—. ¿Por qué habría de hacer algo contra su belleza?

—Estoy desesperada y no veo ninguna belleza.

Él le secó suavemente la cabeza y luego le dejó puesta la toalla para ir a buscar un secador de mano con el que le fue secando el pelo mientras lo peinaba hacia delante.

—Ahora mírese —dijo.

Mientras el aire le secaba los cabellos, estos perdían la humedad incolora y adquirían un rubio nórdico, plateado y brillante. Bajo el viento del secador vieron producirse este cambio.

—No ha debido desesperarse —reprochó monsieur Jean, omitiendo el madame y recordándolo enseguida—: ¿Madame lo quería claro?

—Es mejor que las perlas —respondió ella—. Es usted un gran hombre y yo he sido muy maleducada.

Entonces él se frotó las manos con algo contenido en un tarro.

—Le daré un toque con esto —dijo, sonriendo a Catherine, muy feliz, mientras le pasaba las manos por la cabeza.

Catherine se levantó y se contempló muy seria en el espejo. Su cara no había estado nunca tan morena y sus cabellos eran como la corteza de un joven abedul blanco.

—Me gusta mucho —declaró—. Demasiado.

Se miró en el espejo como si no hubiera visto nunca a la chica que estaba viendo.

—Ahora tenemos que peinar a monsieur —dijo el peluquero —. ¿Desea monsieur el mismo corte? Es muy conservador, pero también deportivo.

—El mismo corte —repitió David—. Creo que no me lo he cortado desde hace un mes.

—Córteselo como a mí, por favor —dijo Catherine.

—Pero más corto —añadió David.

—No, por favor. Igual que el mío.

Cuando lo tuvo cortado, David se levantó y se pasó la mano por la cabeza. Se sentía fresco y cómodo.

—¿No vas a dejarle que te lo aclare un poco?

—No. Ya hemos tenido suficientes milagros por hoy.

—¿Solo un poquito?

—No.

David miró a Catherine y luego a su propio rostro en el espejo. Estaba tan moreno como el de ella y los cortes de pelo eran iguales.

—¿De verdad lo deseas tanto?

—Sí, David, de verdad. Solo un poquito para probarlo. Por favor.

Él volvió a mirarse en el espejo y luego fue al sillón y se sentó. El peluquero miró a Catherine.

—Adelante, hágalo —dijo ella.

Capítulo 10

El dueño estaba sentado a una de las mesas de la terraza de la larga casa con una botella de vino, una copa y una taza de café vacía, leyendo el *Éclaireur de Nice*, cuando el coche azul frenó con un crujido en la grava y Catherine y David se apearon y caminaron por las baldosas hasta la terraza. El dueño no les esperaba tan pronto y estaba casi dormido, pero se levantó y dijo lo primero que se le ocurrió cuando se acercaron:

—*Madame et monsieur ont fait décolorer les cheveux. C'est bien*.

—*Merci, monsieur. On le fait toujours dans le mois d'août*.

—*C'est bien. C'est très bien*.

—Es simpático —dijo Catherine a David—. Somos buenos clientes y lo que hace un buen cliente está *très bien*. Tú estás *très bien*. Por Dios que lo estás.

En su habitación soplaba una buena brisa marina y se estaba fresco.

—Me encanta esta blusa azul —observó David—. Quédate ahí para que te vea.

—Es el color del coche —dijo ella—. ¿Estaría mejor sin la falda?

—Todo lo que te pones está mejor sin falda —respondió él—. Saldré a hablar con ese viejo chivo y a ser un cliente todavía mejor.

Volvió con un cubo de hielo y una botella del champán que el propietario había encargado para ellos y que tan raramente habían bebido; con la otra mano sostenía una pequeña bandeja con dos copas.

—Esto tendría que ser una advertencia para ellos —dijo.

—No lo necesitábamos —contestó Catherine.

—Podemos probarlo. No tardará ni quince minutos en enfriarse.

—No me provoques. Ven a la cama y déjame verte y tocarte.

Empezó a quitarle la camiseta por la cabeza y él la ayudó.

Cuando ella se hubo dormido, David se levantó y se miró en el espejo del cuarto de baño. Cogió un cepillo y se peinó; solo podía peinarse en la dirección del corte. El pelo se despeinaría y ensuciaría, pero siempre quedaría de aquel modo y el color era el mismo que el de Catherine. Se asomó a la puerta y la miró acostada en la cama. Luego volvió al espejo y cogió el de mano de Catherine.

De modo que así estamos, se dijo a sí mismo. Has hecho esto con tu pelo y dejado que lo corten igual que el de tu chica y, ¿cómo te sientes?, preguntó al espejo. ¿Cómo te sientes? Dilo.

Miró al espejo y vio a otra persona, pero ya no le pareció tan extraña.

Está bien. Te gusta, se dijo. Ahora afronta el resto, sea lo que sea, y no digas nunca que alguien te tentó o te hizo una chapuza.

Contempló la cara que ya no le resultaba nada extraña, sino que ahora era la suya y se dijo: Te gusta. Recuérdalo. Entiéndelo bien. Sabes con exactitud qué aspecto tienes ahora y cómo eres.

Naturalmente, no sabía con exactitud cómo era, pero hizo un esfuerzo, ayudado por lo que había visto en el espejo.

Aquella noche cenaron en la terraza de la casa larga y gozaron, excitados y silenciosos, de la mutua contemplación a la luz tamizada de la lamparita de la mesa. Después de cenar,

Catherine dijo al muchacho que les había servido el café:

—Ve a buscar el cubo del champán a nuestra habitación y pon a enfriar otra botella, por favor.

—¿Necesitamos otra? —preguntó David.

—Creo que sí. ¿Tú no?

—Sí, claro.

—No es obligación.

—¿Quieres un *fine*?

—No, prefiero beber el champán. ¿Tienes que trabajar mañana?

—Ya veremos.

—Por favor, trabaja si te apetece.

—¿Y esta noche?

—Ya hablaremos de esta noche. Ha sido un día muy arduo.

La noche era muy oscura y se levantó un viento que podían oír entre los pinos.

—¿David?

—Dime.

—¿Cómo estás, muchacha?

—Muy bien.

—Déjame tocarte el pelo, muchacha, ¿Quién te lo ha cortado? ¿Ha sido Jean? Te lo ha escalado tanto que tiene mucho cuerpo y está igual que el mío. Déjame besarte, muchacha. Oh, tienes hermosos labios. Cierra los ojos, muchacha.

Él no cerró los ojos, pero la habitación estaba oscura; fuera el viento silbaba con fuerza entre los árboles.

—¿Sabes? No es tan fácil ser una chica cuando lo eres en realidad y sientes de verdad las cosas.

—Lo sé.

—Nadie lo sabe. Yo te lo digo cuando eres mi chica. No es

que seas insaciable; yo me sacio con facilidad; es solo que algunas sienten y otras no. Creo que la gente miente acerca de esto. Pero es tan agradable sentirte y abrazarte. Soy tan feliz. Sé mi chica y ámame como yo te amo a ti. Ámame más, del modo que ahora sabes. Ahora tú. Sí, tú. Tú, por favor.

Bajaron por la abrupta pendiente hacia Cannes y el viento era fuerte cuando llegaron abajo y siguieron las playas desiertas y vieron la hierba alta inclinarse y aplanarse mientras cruzaban el puente del río y aceleraban en el último tramo de carretera ancha antes de llegar a la ciudad. David encontró la botella, que estaba fría y envuelta en una toalla, bebió un largo sorbo y sintió que el coche dejaba atrás el trabajo y se alejaba por la pequeña cuesta de la carretera negra. No había trabajado por la mañana, y ahora, cuando ella hubo atravesado la ciudad y regresado al campo, descorchó la botella, volvió a beber y se la ofreció.

—No la necesito —dijo Catherine—. Me siento demasiado bien.

—De acuerdo.

Pasaron Golfe-Juan, con su buen restaurante y el pequeño bar al aire libre, y se dirigieron a través de los pinares hacia la playa desnuda y amarilla de Jean-les-Pins.[*] Cruzaron la pequeña península por la ancha carretera negra, atravesaron Antibes, siguiendo la vía férrea, salieron del pueblo por el puerto y la torre cuadrada de la antigua fortaleza y se encontraron de nuevo en campo abierto.

—Nunca dura —dijo ella—. Siempre paso este tramo con demasiada rapidez.

Pararon a almorzar al amparo de un viejo muro de piedra que era parte de las ruinas de un edificio levantado a orillas de un arroyo claro que salía de las montañas y cruzaba la salvaje

llanura en dirección al mar. El viento irrumpía con furia de un túnel entre las montañas. Extendieron una manta en el suelo, se sentaron de lado, apoyados contra el muro, y miraron a través del páramo el mar plano, pulido por el viento.

—Este lugar no tiene nada de extraordinario —dijo Catherine —. No sé qué pensaba encontrar.

Se levantaron y miraron las colinas con sus pueblos encaramados y las montañas grises y violáceas del fondo. El viento despeinaba sus cabellos y Catherine señaló una carretera por la que había pasado una vez y que conducía a la tierra alta.

—Podríamos haber ido allí arriba —observó—, pero está muy aislado y es demasiado pintoresco. Odio esos pueblos colgantes.

—Este es un buen lugar —dijo David—. El arroyo es bonito y no podíamos tener una pared mejor.

—Lo dices por cortesía. No tienes por qué ser cortés.

—Está bien resguardado y me gusta. Daremos la espalda a todo lo pintoresco.

Comieron huevos rellenos, pollo asado, pepino y pan fresco de barra, que cortaron en trozos y untaron de mostaza, y bebieron vino rosado.

—¿Te sientes bien ahora? —preguntó Catherine.

—Muy bien.

—¿Y no te has sentido mal?

—No.

—¿Ni siquiera por algo que yo haya dicho?

David bebió un sorbo de vino y dijo:

—No. No he pensado en ello.

Ella se levantó y contempló el viento, que comprimió el suéter contra su pecho y despeinó sus cabellos, y luego volvió hacia David su rostro casi negro y sonrió. Después miró a su alrededor y hacia el mar, plano y únicamente rizado por el viento.

—Vayamos a comprar periódicos a Cannes y a leerlos en el café —dijo.

—Quieres presumir.

—¿Por qué no? Es la primera vez que salimos juntos. ¿Te importa que presumamos?

—No, demonio. ¿Por qué habría de importarme?

—No lo haría si no te gustara.

—Has dicho que querías hacerlo.

—Quiero hacer lo que tú quieras. No puedo ser más complaciente.

—Nadie quiere que seas complaciente.

—¿Podemos dejarlo? Solo pretendía ser buena hoy. ¿Por qué estropearlo todo?

—Recojamos esto y vámonos.

—¿Adónde?

—A cualquier sitio. Al maldito café.

En Cannes compraron los periódicos y el último *Vogue* francés, el *Chasseur Français* y el *Miroir des Sports* y se sentaron a una mesa de la terraza, resguardada del viento, y leyeron, bebieron y volvieron a ser amigos. David bebió Haig con Perrier, y Catherine, Armagnac con Perrier.

Dos muchachas que habían llegado en coche y aparcado en la calle se dirigieron al café, se sentaron y pidieron un Chambery Cassis y un *fine à l'eau*. Fue la más bella de las dos la que eligió el coñac con soda.

—¿Quiénes son esas dos? —dijo Catherine—. ¿Lo sabes?

—No las había visto nunca.

—Yo sí. Deben de vivir por aquí cerca. Las vi en Niza.

—Una es muy guapa. Y tiene bonitas piernas, además —dijo David.

—Son hermanas —explicó Catherine—. En realidad, las dos

son guapas.

—Pero una es una belleza. No son americanas.

Las dos muchachas discutían y Catherine dijo a David:

—Creo que es una pelea en toda regla.

—¿Cómo sabes que son hermanas?

—Pensaba que estaban en Niza, pero ahora no estoy tan segura. El coche tiene matrícula suiza.

—Es un viejo Isotta.

—¿Esperamos a ver qué ocurre? Hace mucho tiempo que no vemos ningún drama.

—Creo que es solo una gran discusión a la italiana.

—Debe haberse agravado porque gritan menos.

—Ya llegará la explosión. La más guapa es una belleza.

—Sí que lo es. Y ahora viene hacia aquí.

David se levantó.

—Lo siento —dijo la chica en inglés—. Les ruego que me perdonen. Siéntese, por favor —dijo a David.

—¿Quiere sentarse? —invitó Catherine.

—No debería hacerlo. Mi amiga está furiosa conmigo, pero le he dicho que ustedes lo comprenderían. ¿Quieren perdonarme?

—¿Debemos perdonarla? —preguntó Catherine a David.

—Sí, perdonémosla.

—Sabía que lo comprenderían —dijo la chica—. Es solo para saber dónde le han cortado el cabello. —Se ruborizó—. ¿O es como copiar un vestido? Mi amiga dice que aún es más ofensivo.

—Se lo anotaré —contestó Catherine.

—Estoy muy avergonzada. ¿No la he ofendido?

—Claro que no —respondió Catherine—. ¿Quiere beber algo con nosotros?

—No debería. ¿Puedo preguntárselo a mi amiga?

Volvió un momento a su mesa y hubo un intercambio en voz baja, corto y violento.

—Mi amiga lo lamenta mucho, pero no puede aceptar —dijo la muchacha—. Sin embargo, espero que volvamos a vernos. Han sido muy amables.

—¿Qué te ha parecido, para un día de viento? —observó Catherine cuando la chica se hubo reunido con su amiga.

—Volverá para preguntar dónde te has hecho los pantalones.

La discusión continuaba en la otra mesa. De pronto, las dos se pusieron en pie y se acercaron.

—¿Puedo presentarles a mi amiga...?

—Yo soy Nina.

—Nuestro nombre es Bourne —dijo David—. Es muy agradable que se unan a nosotros.

—Y ustedes son muy amables al permitírnoslo —dijo la más guapa—. Ha sido una impertinencia. —Y se ruborizó de nuevo.

—No, muy halagador —dijo Catherine—. Pero es cierto que es muy buen peluquero.

—Debe serlo —asintió la guapa. Hablaba de un modo entrecortado y se ruborizó una vez más—. La vi en Niza —dijo a Catherine— y ya quise hablarle entonces. Quiero decir, preguntárselo.

No puede ruborizarse otra vez, pensó David. Sin embargo, lo hizo.

—¿Quién desea cortarse el pelo? —inquirió Catherine.

—Yo —dijo la guapa.

—Yo también, estúpida —saltó Nina.

—Habías dicho que no.

—He cambiado de opinión.

—*Yo me lo cortaré* —dijo la guapa—. Ahora debemos irnos. ¿Frecuentan este café?

—Venimos a veces —contestó Catherine.

—Entonces, espero verles otro día. Adiós y gracias por su amabilidad.

Las dos muchachas fueron a su mesa y Nina llamó al

camarero, le pagó y se marcharon.

—No son italianas —dijo David—. La simpática podría ponerme nervioso de tanto sonrojarse.

—Está enamorada de ti.

—Claro. *Me* vio en Niza.

—Bueno, no puedo evitarlo si lo está de mí. No sería la primera chica, aunque a ninguna le ha servido de nada.

—¿Y qué me dices de Nina?

—Es odiosa —dijo Catherine.

—Una seductora. Supongo que sería divertido.

—Yo no lo he encontrado divertido —contradijo Catherine—, sino triste.

—Yo también.

—Encontraremos otro café —dijo ella—. De todos modos, ya se han ido.

—Son extrañas.

—Lo sé, opino lo mismo, pero la simpática tiene unos ojos bonitos. ¿Te has fijado?

—Pero se ruboriza constantemente.

—A mí me ha gustado. ¿A ti no?

—Supongo que sí.

—La gente que no puede ruborizarse no vale nada.

—Nina se ha ruborizado una vez —dijo David.

—Yo podría ser muy descortés con Nina.

—No se inmutaría.

—No. Está bien blindada.

—¿Quieres otra copa antes de ir a casa?

—No la necesito, pero tómala tú.

—Tampoco la necesito.

—Toma otra. Sueles tomar dos por la tarde. Yo beberé unos sorbos para acompañarte.

—No, vámonos a casa.

Por la noche él se despertó y oyó rugir el viento y dio media

vuelta, se tapó el hombro con la sábana y volvió a cerrar los ojos. Notó la respiración suave y regular de ella y volvió a conciliar el sueño.

Capítulo 11

Era el segundo día de viento y no remitía. David interrumpió la narración de su viaje para escribir una historia que se le había ocurrido cuatro o cinco días antes y que probablemente, como pensó, se había ido desarrollando en el curso de las dos últimas noches, mientras dormía. Sabía que era malo interrumpir un trabajo ya comenzado, pero se sentía confiado y seguro de ir por buen camino y pensó que podía dejar el relato más largo y escribir la historia que temía perder si no la escribía enseguida.

La historia comenzó sin dificultades, como suele ocurrir cuando una narración está lista para ser escrita, y, una vez rebasada la mitad, supo que debía hacer un alto y dejarla hasta el día siguiente. Si no podía mantenerse apartado de ella después del descanso, escribiría hasta haberla terminado, pero esperaba ser capaz de dejarla y proseguir, ya refrescado, al día siguiente. Era una buena historia y ahora recordaba que tenía intención de escribirla hacía mucho tiempo. No se le había ocurrido en los últimos días; su memoria había sido inexacta en esto. Era la necesidad de escribirla lo que se había apoderado de él. Ahora ya sabía cómo terminaba. Conocía el viento y los huesos pulidos por la arena desde siempre, pero en ese momento habían desaparecido y lo estaba inventando todo. Ahora todo era cierto porque le iba sucediendo a medida que escribía y solo los huesos estaban muertos, esparcidos y a sus espaldas. Acababa de comenzar con el espíritu maligno de la plantación; tenía que escribirlo y ya estaba muy adelantado.

Se sentía cansado y feliz por su trabajo cuando encontró la nota de Catherine diciéndole que no quería molestarle y que se

iba, pero volvería para el almuerzo. Salió de la habitación y pidió el desayuno y, mientras lo esperaba, monsieur Aurol, el propietario, entró y se puso a hablar del tiempo. Monsieur Aurol dijo que el viento venía a veces en esta dirección. No era un verdadero mistral, la estación lo garantizaba, pero seguramente soplaría durante tres días. El tiempo se había vuelto loco; sin duda monsieur ya lo había notado. Si alguien lo estudiaba un poco, comprobaría que no había sido normal desde la guerra.

David dijo que no había podido estudiarlo por estar de viaje, pero que no cabía duda de que el tiempo era extraño. No solo el tiempo, dijo monsieur Aurol, sino que todo había cambiado, y lo que aún no había cambiado, lo haría enseguida. Era muy posible que todo fuese para bien, y desde luego él no tenía nada en contra. Monsieur, como hombre de mundo, lo veía seguramente del mismo modo.

Sin duda, contestó David buscando una idiotez decisiva y concluyente, sería necesario revisar los *cadres*.

Precisamente, dijo monsieur Aurol.

Lo dejaron así y David terminó su *café crème* y leyó el *Miroir des Sports* y empezó a echar de menos a Catherine. Fue a la habitación y encontró *Allá lejos y tiempo atrás* y salió a la terraza y se instaló al sol, junto a la mesa resguardada del viento, para leer el hermoso libro. Catherine había encargado a Calignani de París la edición Dent para regalársela, y cuando llegaron los libros se sintió verdaderamente rico. Las cifras de sus saldos bancarios, las cuentas en francos y dólares le parecían, desde Grau du Roi, totalmente irreales y nunca los había considerado dinero contante y sonante. En cambio, los libros de W. H. Hudson le hicieron sentirse rico, y cuando se lo dijo a Catherine, esta quedó muy complacida.

Después de leer durante una hora empezó a echar muchísimo de menos a Catherine y buscó al chico que servía la mesa y le

pidió un whisky con Perrier. Más tarde tomó otro. Había pasado hacía rato la hora del almuerzo cuando oyó subir el coche por la colina.

Venían por el sendero y oyó sus voces. Estaban excitadas y alegres y de pronto la chica guardó silencio y Catherine dijo:

—Mira a quién te he traído.

—Por favor, sé que no he debido venir —dijo la chica. Era la más guapa de las dos que habían conocido la víspera en el café; la que se sonrojaba.

—¿Cómo está? —preguntó David. Era evidente que había ido a la peluquería, donde le habían cortado el pelo tan corto como a Catherine en Biarritz—. Ya veo que ha encontrado el sitio.

La chica se ruborizó y miró a Catherine en busca de ayuda.

—Mírala —dijo Catherine—. Anda, despéinala bien.

—Oh, Catherine —dijo la chica, y se volvió hacia David—: Puede hacerlo, si quiere.

—No se asuste —dijo él—. ¿En qué cree que se ha metido?

—No lo sé —contestó ella—, pero soy feliz de estar aquí.

—¿Adónde habéis ido? —preguntó David a Catherine.

—A Jean, claro. Luego nos hemos parado a tomar una copa y he pedido a Marita que viniera a almorzar. ¿No estás contento de vernos?

—Estoy encantado. ¿Queréis tomar otra copa?

—¿Nos harías unos martinis? —preguntó Catherine—. Uno no te hará daño —dijo a la chica.

—No, por favor. Tengo que conducir.

—¿Quieres un jerez?

—No, por favor.

David se metió detrás de la barra, encontró copas y hielo y preparó dos martinis.

—Probaré el suyo, si me lo permite —le dijo la chica.

—Ya no le tienes miedo, ¿verdad? —le preguntó Catherine.

—Ninguno en absoluto —contestó la chica, volviendo a

ruborizarse—. Sabe muy bien, pero es terriblemente fuerte.

—Es fuerte —asintió David—, pero hoy sopla un viento fuerte y nosotros bebemos de acuerdo con el viento.

—Oh —murmuró la chica—. ¿Todos los americanos lo hacen?

—Solo las familias más antiguas —contestó Catherine—. Nosotros, los Morgan, los Woolworth, los Jelks, los Jukes, ya sabes.

—Es duro durante las ventiscas y en los meses de huracán —dijo David—. A veces me pregunto si sobreviviremos al equinoccio de otoño.

—Me gustaría tomar uno cuando no tenga que conducir —comentó la chica.

—No tienes que beber porque nosotros lo hacemos —advirtió Catherine—, y no hagas caso de nuestras constantes bromas. Mírala, David. ¿No estás contento de que la haya traído?

—Me encantan vuestras bromas. Debéis perdonar que sea tan feliz aquí.

—Has sido muy amable al venir —dijo David.

Mientras almorzaban en el comedor, protegidos del viento, David preguntó:

—¿Y tu amiga Nina?

—Se ha marchado.

—Era guapa —observó David.

—Sí. Nos peleamos en serio y se marchó.

—Era odiosa —dijo Catherine—, aunque supongo que casi todo el mundo es odioso.

—Casi —convino la chica—. Siempre espero que no lo sean, pero lo son.

—Conozco a muchas mujeres que no son odiosas —manifestó David.

—Claro, no me extraña —dijo la chica.

—¿Era feliz Nina? —preguntó Catherine.

—Espero que lo sea —respondió la chica—. La felicidad en las personas inteligentes es lo más raro que conozco.

—No has tenido demasiado tiempo para descubrirlo.

—Cuando se cometen errores, se descubre antes —dijo la chica.

—Has sido feliz toda la mañana —observó Catherine—. Nos hemos divertido mucho.

—No necesitas decírmelo —dijo la chica—. No recuerdo haber sido nunca tan feliz como ahora.

Más tarde, mientras comían la ensalada, David preguntó:

—¿Te alojas cerca de aquí, en la costa?

—No creo que me quede.

—¿De verdad? Es una lástima —observó él y notó que la tensión se adueñaba de la mesa, tirante como un cable. Posó la mirada en la chica, cuyas pestañas casi le tocaban las mejillas, y luego en Catherine, que le dijo, mirándole a los ojos:

—Pensaba marcharse a París, y yo le he preguntado: ¿Por qué no te quedas aquí, si Aurol tiene una habitación? Ven a almorzar con nosotros y veremos si gustas a David y si a ti te gusta el lugar. David, ¿te gusta?

—Esto no es un club —respondió David—, es un hotel. —Catherine desvió la mirada y él se apresuró a ayudarla, continuando como si no hubiera dicho nada—: Nos gustas mucho y estoy seguro de que Aurol tiene sitio y estará encantado de tener otro huésped.

La chica seguía sentada, con los ojos bajos.

—Creo que será mejor que me vaya.

—Por favor, quédate unos días —le instó Catherine—. Tanto a David como a mí nos gustaría mucho tenerte aquí. Nadie me hace compañía cuando él trabaja. Nos divertiríamos mucho, como esta mañana. Díselo, David.

Al diablo con ella, pensó David. Maldita sea.

—No seas tonta —dijo—. Llama a monsieur Aurol, por favor

—ordenó al camarero—. Preguntaremos si hay habitación.

—¿De verdad no os importa? —preguntó la chica.

—No te lo habríamos pedido si nos importara —dijo David —. Nos gustas y eres muy decorativa.

—Seré útil, si puedo —observó la chica—. Espero encontrar ocasión de serlo.

—Sé feliz como cuando has llegado —sugirió David—. Eso es ser útil.

—Lo soy ahora. Ojalá hubiera tomado el martini, ahora que no tengo que conducir.

—Puedes tomarlo esta noche —dijo Catherine.

—Magnífico. ¿Vamos ahora a ver las habitaciones y a dejarlo todo resuelto?

David la llevó en el coche hasta el viejo Isotta descapotable, aparcado frente al café de Cannes con el equipaje. Por el camino, ella dijo:

—Tu mujer es maravillosa y estoy enamorada de ella.

Iba sentada a su lado y David no miró para ver si se ruborizaba.

—Yo también lo estoy.

—También estoy enamorada de ti. ¿Te parece bien?

Él le puso una mano sobre el hombro y se lo apretó y ella se inclinó hacia él.

—Tendremos que pensarlo —respondió.

—Me alegro de ser más baja.

—¿Más baja que quién?

—Que Catherine.

—Vaya ocurrencia más extraña —dijo él.

—Quiero decir que quizá te guste una persona de mi tamaño. ¿O solo te gustan las chicas altas?

—Catherine no es alta.

—Claro que no. Solo me refería a que yo no lo soy tanto.

—No, y además tienes los cabellos oscuros.

—Sí. Quedaremos bien juntos.

—¿Quiénes?

—Catherine y yo y tú y yo.

—Quedaremos bien a la fuerza.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no podremos evitarlo, siendo bien parecidos y estando juntos, ¿no te parece?

—Estamos juntos ahora.

—No. —Conducía con solo una mano en el volante, apoyado en el respaldo y mirando hacia delante, en dirección al cruce con la N-7. Ella le había puesto una mano encima—. Solo vamos juntos en el mismo coche.

—Pero yo noto que te gusto.

—Sí. Soy muy de fiar en ese aspecto, pero no significa nada.

—Significa algo.

—Solo lo que dice.

—Es una frase muy bonita —dijo ella y no añadió nada más ni apartó la mano hasta que llegaron al bulevar y frenaron detrás del viejo Isotta Fraschini, aparcado delante del café, bajo los vetustos árboles. Entonces le sonrió y se apeó del coche azul.

Ahora, en el hotel entre pinos, que seguían siendo azotados por el viento, David y Catherine estaban solos en su habitación después de que ella acabase por fin de instalar a la chica en las dos habitaciones que había elegido.

—Creo que estará cómoda —dijo Catherine—. Claro que la mejor habitación, aparte de la nuestra, es la del extremo, donde tú trabajas.

—Y pienso conservarla —aseguró David—. ¡Me va muy bien, maldita sea, y no cambiaré mi cuarto de trabajo por una zorra importada!

—¿Por qué eres tan violento? —inquirió Catherine—. Nadie te ha pedido que la desalojes. Solo he dicho que era la mejor, pero las dos contiguas son perfectas.

—A propósito, ¿quién es esta chica?

—No te pongas tan furioso. Es una chica simpática y me gusta. Sé que ha sido imperdonable traerla sin hablar contigo y lo siento, pero ya está hecho. He pensado que te gustaría que yo tuviera una amiga agradable y atractiva para ir por ahí mientras tú trabajas.

—Me gusta, si la necesitas.

—*No* necesitaba a nadie. Solo he encontrado por casualidad a alguien que me gusta y he pensado que a ti también podría gustarte y que sería agradable para ella pasar aquí una temporada.

—Pero ¿quién es?

—No he examinado sus documentos. Interrógala, si lo crees necesario.

—Bueno, por lo menos es decorativa. Pero ¿a quién pertenece?

—No seas vulgar. No pertenece a nadie.

—Dime la verdad.

—Está bien. Si no deliro, está enamorada de nosotros dos.

—No deliras.

—Aún no, tal vez.

—Bueno, ¿y qué hacemos?

—No lo sé —respondió Catherine.

—Yo tampoco.

—Es extraño y divertido.

—No lo sé —repitió David—. ¿Quieres ir a nadar? Ayer no fuimos.

—Vamos a nadar. ¿La invitamos a venir? Solo por cortesía.

—Tendríamos que llevar traje de baño.

—No importa con este viento. No hace día para broncearse

en la arena.

—Detesto bañarme contigo en traje de baño.

—Yo también, pero quizá mañana ya no sople el viento.

Más tarde, los tres subieron al viejo Isotta y David lo condujo por la carretera del Estérel, notando y maldiciendo los frenos demasiado bruscos y descubriendo que el motor necesitaba un buen repaso. Catherine explicó:

—Hay dos o tres calas diferentes donde nadamos sin traje de baño cuando estamos solos. Es la única manera de broncearse bien.

—Hoy no es un buen día para broncearse —observó David—. Hay demasiado viento.

—Pero podemos nadar sin traje de baño, si quieres —dijo Catherine a la chica— y si a David no le importa. Sería divertido.

—Me encantaría —asintió la chica—. ¿Te importa? —preguntó a David.

Al atardecer, David preparó martinis y la chica preguntó:

—¿Es siempre todo tan maravilloso como lo ha sido hoy?

—Ha sido un día agradable —contestó David. Catherine aún no había salido de la habitación y él y la chica estaban sentados ante el pequeño bar que monsieur Aurol había instalado el invierno anterior en el rincón del gran salón provenzal.

—Cuando bebo, deseo decir cosas que nunca debería decir —confesó la chica.

—Pues no las digas.

—¿De qué sirve beber, entonces?

—No es por eso. Solo has tomado uno.

—¿Estabas incómodo cuando nadábamos?

—No. ¿Acaso tenía que estarlo?

—No. Me ha encantado verte.

—Lo celebro —dijo él—. ¿Cómo está el martini?

—Muy fuerte, pero me gusta. ¿Nunca habíais nadado así tú y Catherine delante de alguien?

—No. ¿Por qué habíamos de hacerlo?

—Me pondré muy morena.

—Estoy seguro.

—¿Preferirías que no estuviera tan morena?

—Tienes un color bonito. Broncéate todo el cuerpo por igual, si te gusta.

—Pensé que quizá te gustaría que una de tus chicas estuviera menos morena que la otra.

—Tú no eres mi chica.

—Lo soy. Ya te lo he dicho antes.

—Ahora ya no te ruborizas.

—Me ha pasado cuando hemos ido a bañarnos. Espero no volver a ruborizarme durante mucho tiempo. Por eso lo he dicho todo... para desahogarme. Por eso te lo he dicho.

—Te sienta muy bien ese suéter de cachemira —le dijo David.

—Catherine quiere que lo llevemos las dos. ¿No me detestas porque te lo he dicho?

—Ya he olvidado lo que me has dicho.

—Que te amo.

—No digas tonterías.

—¿No crees que puede suceder así a veces? ¿Lo que me ha sucedido a mí con vosotros dos?

—Uno no se enamora de dos personas a la vez.

—No lo sabes —dijo ella.

—Es una tontería —repitió él—, solo un modo de hablar.

—No lo es en absoluto. Es cierto.

—Imaginaciones tuyas. Una tontería.

—Muy bien —repitió ella—, una tontería. Pero estoy aquí.

—Sí, estás aquí —contestó él, mirando a Catherine entrar en la habitación, sonriente y feliz.

—Hola, nadadores —saludó—. Oh, qué lástima. No he visto a Marita tomar su primer martini.

—Aún lo estoy tomando —dijo la chica.

—¿Cómo le ha afectado, David?

—Le ha hecho decir tonterías.

—Empezaremos con otro. Qué buena idea resucitar este bar. ¡Es tan tentador! Le pondremos un espejo. Un bar no es un bar sin un espejo.

—Podemos comprarlo mañana —sugirió la chica—. Me gustaría comprarlo yo.

—No te hagas la rica —replicó Catherine—. Lo compraremos las dos para poder vernos mutuamente cuando decimos tonterías y saber lo grandes que son. No se puede engañar a un espejo de bar.

—Cuando empiezo a verme extraño en uno, sé que he perdido —dijo David.

—Tú nunca pierdes. ¿Cómo puedes perder con dos chicas? —preguntó Catherine.

—He intentado decírselo —dijo la chica, sonrojándose por primera vez aquella tarde.

—Ella es tu chica y yo soy tu chica —explicó Catherine—. Ahora deja de hacerte el altanero y sé simpático con tus chicas. ¿No te gusta su aspecto? Yo soy la rubia con quien te casaste.

—Eres más rubia y estás más bronceada que la chica con quien me casé.

—Tú también y te he traído una chica morena como regalo. ¿No te gusta tu regalo?

—Me gusta muchísimo.

—¿Te gusta tu porvenir?

—No sé nada de mi porvenir.

—No es un porvenir oscuro, ¿verdad? —inquirió la chica.

—Muy bien —aprobó Catherine—. No solo es guapa y rica, sana y afectuosa. También sabe hacer chistes. ¿No estás contento con lo que te he traído?

—Prefiero ser un regalo oscuro que un porvenir oscuro —declaró la chica.

—Lo ha vuelto a hacer —dijo Catherine—. Dale un beso, David, y hazle un buen regalo.

David rodeó a la chica con un brazo y la besó y ella empezó a besarle y apartó la cabeza. Entonces rompió a llorar con la cabeza baja y las dos manos en la barra.

—Haz un buen chiste ahora —dijo David a Catherine.

—Estoy bien —aseguró la chica—. No me miréis; estoy bien.

Catherine la abrazó, la besó y le acarició la cabeza.

—Ya se me pasará —dijo la chica—. Por favor, sé que pronto se me pasará.

—Lo siento tanto... —murmuró Catherine.

—Suéltame, por favor —suplicó la chica—. Tengo que irme.

—Vaya —dijo David cuando la chica se hubo ido y Catherine volvió al bar.

—No necesitas decirlo —advirtió Catherine—. Lo lamento, David.

—Volverá.

—No pensarás que todo era una comedia, ¿verdad?

—Eran lágrimas reales, si te refieres a eso.

—No seas estúpido. No eres estúpido.

—La he besado con mucho cuidado.

—Sí. En la boca.

—¿Dónde esperabas que la besara?

—Has hecho bien; no te he criticado.

—Me alegro de que no me pidieras que la besara cuando estábamos en la playa.

—Lo pensé —dijo Catherine. Se echó a reír y fue como en los viejos tiempos, cuando nadie se había mezclado en su vida—.

¿Creías que iba a pedírtelo?

—Sí, y por eso me zambullí de cabeza.

—Hiciste bien.

Volvieron a reírse.

—Bueno, nos hemos animado —observó Catherine.

—Gracias a Dios —dijo David—. Te amo, demonio, y te aseguro que no la he besado como para provocar esta escena.

—No hace falta que lo digas —asintió Catherine—. Te he visto y ha sido un auténtico esfuerzo.

—Ojalá se marchara.

—No seas malo —reprendió Catherine—. Yo la he animado.

—Yo he intentado desanimarla.

—La he empujado hacia ti. Voy a buscarla.

—No, espera un poco. Está demasiado segura de sí misma.

—¿Cómo puedes decir eso, David? Acabas de destrozarla.

—No es cierto.

—Bueno, pues algo la ha destrozado. Voy a buscarla.

Pero no fue necesario porque la chica volvió al bar, se ruborizó y dijo:

—Lo siento. —Se había lavado la cara y cepillado el pelo; se acercó a David, le besó en la boca muy deprisa y añadió—: Me gusta mi regalo. ¿Me ha quitado alguien mi copa?

—Yo la he vaciado —contestó Catherine—. David te hará otro.

—Espero que siga gustándote tener dos chicas —dijo Marita—, porque soy tuya y también voy a ser de Catherine.

—Yo no soy aficionada a las chicas —dijo Catherine. Reinó el silencio y su voz no sonó bien ni a ella misma ni a David.

—¿Nunca lo has sido?

—No, nunca.

—Si lo necesitas, puedo ser tu chica y también la de David.

—¿No crees que se trata de una empresa demasiado ambiciosa? —preguntó Catherine.

—Por eso vine aquí —respondió la chica—, porque pensaba que era lo que queríais.

—Nunca he tenido a una chica —afirmó Catherine.

—Soy una estúpida —dijo la chica—, no lo sabía. ¿Es verdad? ¿No te estás burlando de mí?

—No, no me burlo de ti.

—No sé cómo he podido ser tan idiota —repitió la muchacha.

David pensó: quiere decir cómo ha podido *equivocarse* y Catherine pensó lo mismo.

Aquella noche, en la cama, Catherine dijo:

—No he debido mezclarte en nada de esto, absolutamente en nada.

—Ojalá no la hubiéramos visto nunca.

—Podría haber sido algo peor. Quizá lo más conveniente sería llegar hasta el final y olvidarlo.

—Podrías hacer que se fuera.

—A estas alturas, no creo que sea el modo de solucionarlo. ¿No te hace sentir nada?

—Oh, claro que sí.

—Lo sabía, pero te amo y todo esto no es nada. Tú también sabes que no es nada.

—Yo no lo sé, demonio.

—Bueno, no seamos solemnes. La solemnidad me huele a muerte.

Capítulo 12

Ya era el tercer día de viento, pero había remitido un poco cuando David se sentó a la mesa y leyó la historia desde el principio hasta donde se había detenido, corrigiendo mientras leía. Prosiguió la historia, viviendo en ella y en ninguna otra parte, y cuando oyó fuera las voces de las dos muchachas, no las escuchó. Al verlas pasar por delante de la ventana, levantó la mano y las saludó. Ellas le imitaron y la chica morena sonrió y Catherine se llevó los dedos a los labios. La chica estaba muy bonita por la mañana, con el rostro radiante y las mejillas encendidas. Catherine aparecía bella como siempre. Oyó arrancar el coche y advirtió que era el Bugatti. Volvió a enfrascarse en la historia. Era una buena historia y la terminó poco antes del mediodía.

Era demasiado tarde para desayunar y el trabajo le había cansado y no quería conducir el viejo Isotta hasta la ciudad, con sus malos frenos y el enorme motor de funcionamiento defectuoso, aunque Catherine había dejado una nota con las llaves, diciendo que iban a Niza y le buscarían en el café o por el camino de regreso.

Lo que me gustaría, pensó, es un litro de cerveza fría en una jarra de cristal grueso y una *pomme à l'huile* salpicada de granos de pimienta. Pero la cerveza de esta costa no valía nada y pensó, feliz, en París y en otros lugares donde había estado y se sintió satisfecho de haber escrito algo que era bueno y de haberlo terminado. Era el primer trabajo que terminaba desde su boda. Hay que acabar las cosas, pensó, de lo contrario, nada vale un maldito comino. Mañana reanudaré el hilo de la

narración donde lo había dejado y no dejaré de escribir hasta que la termine. ¿Y cómo voy a terminarla? ¿Cómo voy a terminarla ahora?

En cuanto empezó a pensar más allá de su trabajo, recordó todo lo que el trabajo había bloqueado. Pensó en la noche anterior y en Catherine y la chica hoy por la carretera que él y Catherine habían recorrido dos días antes y se le revolvió el estómago. Ya debían estar regresando. Mediaba la tarde. Quizá estaban en el café. «No seas solemne», había dicho ella, pero también se refería a otra cosa. Quizá sabía lo que hacía, quizá sabía cómo terminaría todo. En cambio, él lo ignoraba.

Has trabajado y ahora te preocupas. Será mejor que escribas otra historia. Escribe la más difícil que conozcas. Vamos, adelante, hazlo. Tienes que esforzarte, si quieres servirle de algo a ella. ¿De qué le has servido hasta ahora? De mucho, se dijo. No, no de mucho. Mucho significa suficiente. Vamos, anímate y empieza algo nuevo mañana. Al diablo con mañana. Vaya modo de pensar. *Mañana*. Entra y empieza ahora mismo.

Se guardó la nota y las llaves en el bolsillo, volvió al cuarto de trabajo, se sentó y escribió el primer párrafo de la nueva historia que siempre había pospuesto desde que sabía qué historia era. La escribió en frases sencillas y claras, afrontando los problemas que aún tenía que vivir y a los que era preciso dar vida. El principio ya estaba escrito y ahora solo tenía que continuar. Esto es todo, se dijo. ¿Ves lo fácil que es lo que no puedes hacer? Entonces salió a la terraza, se sentó y pidió un whisky con Perrier.

El joven sobrino del propietario le llevó las botellas, el hielo y un vaso del bar y dijo:

—Monsieur no ha desayunado.

—He trabajado hasta muy tarde.

—*C'est dommage* —observó el muchacho—. ¿Puedo traerle algo? ¿Un bocadillo?

—En nuestro armario encontrarás una lata de Maquereau Vin Blanc Capitaine Cook. Ábrela y tráeme dos en un plato.

—No estarán fríos.

—No importa. Tráelos.

Se sentó a comer los *maquereau vin blanc* y bebió el whisky con agua mineral. De hecho, sí que importaba que no estuvieran fríos. Leyó el periódico de la mañana mientras los comía.

En Grau du Roi siempre comíamos pescado fresco, pensó, pero de aquello hacía ya mucho tiempo. Empezó a recordar Grau du Roi y entonces oyó subir el coche por la colina.

—Llévate esto —dijo al muchacho y se levantó y fue al bar y se sirvió un whisky con hielo y agua Perrier. Tenía en la boca el sabor del pescado aromatizado con vino y cogió la botella de agua mineral y bebió a morro de ella.

Oyó sus voces y enseguida las vio entrar por la puerta, tan felices y alegres como la víspera. Vio la brillante cabeza de abedul de Catherine y su cara bronceada, de expresión excitada y cariñosa, y a la chica morena con el viento todavía en los cabellos y los ojos muy brillantes e inesperadamente otra vez tímida cuando se acercó.

—No nos hemos detenido al ver que no estabas en el café —explicó Catherine.

—He trabajado hasta tarde. ¿Cómo estás, demonio?

—Estoy muy bien. No me preguntes cómo está ella.

—¿Has trabajado bien, David? —preguntó la chica.

—Esto es ser una buena esposa —dijo Catherine—. He olvidado preguntarlo.

—¿Qué habéis hecho en Niza?

—¿Podemos contártelo mientras tomamos una copa?

Estaban muy cerca de él, una a cada lado, y podía sentirlas a las dos.

—¿Has trabajado bien, David? —volvió a preguntar la chica.

—Claro que sí —dijo Catherine—. No sabe trabajar de otro modo, tonta.

—¿De verdad, David?

—Sí —contestó él, despeinándola—. Gracias.

—¿No nos sirve nadie un trago? —preguntó Catherine—. Nosotras no hemos trabajado nada, solo comprado cosas, encargado otras y sido motivo de escándalo.

—No ha sido un verdadero escándalo.

—No lo sé —dijo Catherine—, ni me importa.

—¿De qué escándalo se trata?

—Nada de particular —contestó la chica.

—A mí no me ha importado —dijo Catherine—. Me ha gustado.

—Alguien ha dicho algo sobre sus pantalones en Niza.

—Eso no es un escándalo —observó David—. En una ciudad grande era de esperar, si ibais allí.

—¿Se me ve diferente? —preguntó Catherine—. Ojalá hubieran traído el espejo. ¿Vosotros me veis diferente?

—No. —David la miró. Se veía muy rubia, despeinada y más morena que nunca, además de excitada y provocativa.

—Menos mal —dijo—, porque lo he intentado.

—No has hecho nada —replicó la chica.

—Lo he hecho y me ha gustado y quiero otra copa.

—No ha hecho nada, David.

—Esta mañana he parado el coche en el tramo largo y recto y la he besado y ella me ha besado a mí en el regreso de Niza y también cuando nos hemos apeado del coche hace un momento. —Catherine le miró con amor, pero con expresión rebelde y enseguida añadió—: Ha sido divertido y me ha gustado. Bésala tú también. El muchacho no está aquí.

David se volvió hacia la chica y ella le agarró de repente y se besaron. Él no tenía intención de hacerlo y no sabía que sería así cuando lo hizo.

—Ya es suficiente —dijo Catherine.

—¿Cómo estás? —preguntó David a la chica, que volvía a ser tímida y feliz.

—Soy feliz tal como me dijiste que sería —respondió la chica.

—Ahora todo el mundo es feliz —dijo Catherine—. Hemos compartido toda la culpa.

Almorzaron muy bien y bebieron Tavel frío con los entremeses, el pollo, la *ratatouille*, la ensalada, la fruta y el queso. Todos estaban hambrientos y bromearon y nadie fue solemne.

—Hay una sorpresa fantástica para la cena o incluso antes —anunció Catherine—. Marita gasta el dinero como un petrolero indio borracho, David.

—¿Son simpáticos? —inquirió la chica—. ¿O son como maharajás?

—David te hablará de ellos. Es de Oklahoma.

—Pensaba que procedía del África oriental.

—No. Algunos de sus antepasados se escaparon de Oklahoma y le llevaron al África oriental cuando era muy pequeño.

—Debió de ser emocionante.

—Escribió una novela sobre su estancia en África oriental cuando era un niño.

—Ya lo sé.

—¿La has leído? —le preguntó David.

—Sí —contestó ella—. ¿Quieres hacerme preguntas sobre el libro?

—No —dijo él—. Lo conozco muy bien.

—Me hizo llorar. ¿Era tu padre el que describes?

—En cierto modo.

—Debías de quererle mucho.

—Sí.

—Nunca me has hablado de él —dijo Catherine.

—Nunca me has preguntado sobre este tema.

—¿Me lo habrías contado todo?

—No.

—Me encantó el libro —dijo la chica.

—No exageres —replicó Catherine.

—No exagero.

—Cuando le has besado...

—Tú me lo has pedido.

—Lo que iba a decir antes de que me interrumpieras —dijo Catherine— era si pensabas en él como escritor cuando le has besado y te ha gustado tanto.

David se llenó la copa de Tavel y bebió un poco.

—No lo sé —respondió la chica—. No he pensado absolutamente nada.

—Me alegro —dijo Catherine—. Tenía miedo de que fuera como los recortes.

La chica pareció desconcertada y Catherine explicó:

—Los recortes de prensa sobre su segundo libro. Ha escrito dos, ¿sabes?

—Solo he leído *El Rift*.

—El segundo trata de volar durante la guerra. Es lo único bueno que se ha escrito sobre la aviación.

—Joder —rezongó David.

—Espera a haberlo leído —continuó Catherine—. Había que morir y estar completamente destruido para escribir ese libro. No creas que no sé nada de sus libros solo porque no pienso que es escritor cuando le beso.

—Creo que deberíamos echar la siesta —sugirió David—. Tendrías que dormir un poco, demonio. Estás cansada.

—He hablado demasiado —dijo Catherine—. Ha sido un buen almuerzo y lamento haber hablado en exceso y en tono jactancioso.

—Me ha encantado oírte hablar de los libros. Has estado

admirable —dijo la chica.

—No me siento admirable. Estoy cansada. ¿Tienes bastantes cosas para leer, Marita?

—Aún me quedan dos libros —respondió la chica—. Más adelante te pediré alguno prestado, si no te importa.

—¿Puedo entrar a verte luego?

—Si quieres —dijo la chica.

David no miró a la chica y ella no le miró a él.

—¿No te estorbaré? —inquirió Catherine.

—Nada de lo que hago es importante —contestó la chica.

Catherine y David yacían de lado en la cama de su habitación; fuera, el viento soplaba en su último día y la siesta no era como en los días anteriores.

—¿Puedo contártelo ahora?

—Preferiría pasarlo por alto.

—No, deja que te lo cuente. Esta mañana, cuando he puesto el coche en marcha, tenía miedo y he intentado conducir muy bien, sintiéndome como hueca por dentro. Entonces he visto Cannes al fondo, en la colina, y la carretera recta junto al mar y, después de mirar atrás y ver que no venía nadie, he salido de la carretera y he metido el coche entre los matorrales, donde hay artemisa. La he besado y ella me ha besado y hemos continuado en el coche y me he sentido muy extraña. Después hemos ido a Niza y no sé si la gente lo ha notado o no. Para entonces ya no me importaba y hemos ido a todas partes y comprado muchas cosas. Alguien ha hecho una observación vulgar, pero no ha sido nada, en realidad. Luego hemos parado a la vuelta y ella ha dicho que era mejor que yo fuera su chica y yo he contestado que me daba igual, pero que en realidad estaba contenta porque, de todos modos, ahora soy una chica y no sabía qué hacer. Jamás me había sentido tan ignorante, pero

ella es simpática y creo que quería ayudarme, no lo sé. En cualquier caso, ha sido amable mientras yo conducía, mostrándose muy bonita y feliz y luego ha empezado a acariciarme como haces a veces tú conmigo o yo contigo o ambos a la vez y entonces le he dicho que no podía conducir si lo hacía, así que nos hemos detenido. Solo la he besado, pero sé que algo ha ocurrido en mi interior. Hemos permanecido allí un rato y después hemos venido directamente aquí. La he vuelto a besar antes de entrar y nos hemos sentido felices y me ha gustado y aún me gusta.

—De modo que ahora lo has hecho —dijo David con precaución—, y ya lo has superado.

—No, no. Me ha gustado y voy a hacerlo de verdad.

—No tienes necesidad de hacerlo.

—La tengo y voy a hacerlo hasta que lo haya superado del todo.

—¿Quién dice que lo superarás?

—Yo. Pero tengo que hacerlo, de verdad, David. No sabía que algún día sentiría esto.

Él no dijo nada.

—Volveré —añadió ella—. Sé que lo superaré, estoy tan segura como de cualquier otra cosa. Por favor, confía en mí.

Él no contestó.

—Me está esperando. ¿No me has oído pedírselo? Es como pararse en medio de algo.

—Yo me voy a París —dijo David—. Puedes ponerte en contacto conmigo a través del banco.

—No —rogó ella—, no. Tienes que ayudarme.

—No puedo ayudarte.

—Sí que puedes. No te vayas. No podría soportar que te fueras. No quiero estar con ella; es solo algo que tengo que hacer. ¿No puedes entenderlo? Por favor, compréndeme. Siempre lo comprendes todo.

—Esta parte, no.

—Inténtalo, por favor. Siempre has sido comprensivo, ya lo sabes. Con todo. ¿Verdad que sí?

—Sí. Antes.

—Empezó con nosotros y no seremos de nuevo nosotros hasta que termine esto. No estoy enamorada de nadie más.

—No lo hagas.

—Tengo que hacerlo. Desde que fui al colegio he tenido mil oportunidades; muchas han querido hacerlo conmigo y yo no he querido nunca y nunca lo he hecho. Pero ahora lo necesito.

Él calló.

—Por favor, entiéndelo.

Él continuó callado.

—De todos modos, está enamorada de ti, así que puedes tomarla y de esta manera borrarlo todo.

—Estás diciendo disparates, demonio.

—Lo sé —dijo ella—. Ya no diré más.

—Duerme la siesta —sugirió él—. Quédate quieta y callada y los dos nos dormiremos.

—Te amo tanto —dijo Catherine—. Eres mi verdadera pareja, tal como le dije a ella. Le he hablado demasiado de ti, pero es el único tema que le gusta. Ahora estoy tranquila, así que me voy.

—No, no te vayas.

—Sí —persistió ella—. Espérame. No tardaré.

Cuando volvió a la habitación, David no estaba; se quedó mucho rato mirando la cama y luego fue a la puerta del cuarto de baño, la abrió y permaneció mirándose en el espejo de cuerpo entero. Su rostro carecía de expresión mientras se miraba de la cabeza a los pies, impasible. Ya casi no había luz cuando entró en el cuarto de baño y cerró la puerta tras de sí.

Capítulo 13

David regresó de Cannes al atardecer. El viento había cesado. Dejó el coche en el lugar habitual y subió por el sendero en dirección a la luz que se derramaba por el patio y el jardín. Marita apareció en el umbral y fue a su encuentro.

—Catherine se siente muy mal —dijo—. Por favor, sé bueno con ella.

—Al diablo con vosotras dos —replicó David.

—Yo, sí, pero no ella. No debes pensar eso, David.

—No me digas lo que debo o no debo pensar.

—¿No quieres cuidar de ella?

—No especialmente.

—Yo sí.

—Lo has hecho, no cabe duda.

—No seas tonto —dijo ella—. Tú no eres tonto. Te digo que esto es serio.

—¿Dónde está?

—Allí dentro, esperándote.

David cruzó el umbral; Catherine estaba sentada en el bar vacío.

—Hola —le saludó—. No han traído el espejo.

—Hola, demonio. Siento llegar tarde.

Su apatía sobresaltó a David, y también su voz átona.

—Pensaba que te habías marchado —dijo ella.

—¿No has visto que no me he llevado nada?

—No he mirado. No necesitabas llevarte nada para irte.

—No —convino David—. Solo he ido a la ciudad.

—Oh —murmuró ella y miró hacia la pared.

—El viento está remitiendo —observó David—. Mañana hará buen día.

—No me importa mañana.

—Claro que sí.

—No y no me pidas que me importe.

—No te lo pediré —dijo él—. ¿Has tomado una copa?

—No.

—Te prepararé una.

—No servirá de nada.

—Tal vez sí. Aún somos nosotros. —Preparó la bebida y ella le observó mecánicamente mientras la removía y vertía en las copas.

—Pon la aceituna con ajo —le recordó.

Él le alargó una de las copas, levantó la suya y la hizo entrechocar con la de ella.

—Por nosotros.

Ella vació su copa sobre la barra y contempló cómo fluía el líquido por la madera. Entonces cogió la aceituna y se la metió en la boca.

—Nosotros no existimos —dijo—. Ya no.

David se sacó un pañuelo del bolsillo, secó la barra y preparó otra copa.

—Todo es una mierda —dijo Catherine.

David le alargó la copa y ella la miró y volvió a derramarla sobre la barra. David la secó de nuevo y escurrió el pañuelo. Entonces bebió su propio martini y mezcló otros dos.

—Bébete este —ordenó—. Solo bébelo.

—Solo bébelo —repitió ella. Levantó la copa y brindó—: Por ti y tu maldito pañuelo.

Apuró la copa y luego la sostuvo en el aire, mirándola, y David tuvo la seguridad de que iba a tirársela a la cara. Pero la puso sobre la barra, sacó la aceituna con ajo, se la comió lentamente y ofreció el hueso a David.

—Una piedra semipreciosa —dijo—. Guárdatela en el bolsillo. Beberé otro, si me lo preparas.

—Pero este bébelo con lentitud.

—Oh, ahora ya estoy bien del todo —manifestó Catherine—. Es probable que no notes la diferencia. Estoy segura de que le sucede a todo el mundo.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor, en realidad. Se pierde algo, desaparece y eso es todo. Lo único que perdemos es lo que teníamos. Pero obtenemos más. No hay problema, ¿no crees?

—¿Tienes apetito?

—No, pero estoy segura de que todo va bien. Tú lo has dicho, ¿no?

—Claro que va todo bien.

—Me gustaría recordar qué hemos perdido. Aunque no importa, ¿verdad? Tú has dicho que no importaba.

—No.

—Entonces, alegrémonos. Sea lo que fuere, ha desaparecido.

—Debe de haber sido algo que hemos olvidado —dijo él—. Ya lo encontraremos.

—He hecho algo y lo sé. Pero ahora ha desaparecido.

—Estupendo.

—Sea lo que fuere, nadie más ha tenido la culpa.

—No hables de culpa.

—Ahora sé lo que era —sonrió—. Pero no he sido infiel. De verdad, David. ¿Cómo podía serlo? Era imposible y tú lo sabes. ¿Cómo puedes decir que lo he sido? ¿Por qué lo has dicho?

—No lo has sido.

—Claro que no. Pero me gustaría que no lo hubieras dicho.

—Yo no lo he dicho, demonio.

—Alguien lo ha dicho. Y no es verdad. Solo he hecho lo que dije que haría. ¿Dónde está Marita?

—Creo que en su habitación.

—Me alegro de estar bien otra vez. En cuanto te has retractado, me he sentido bien. Me gustaría que lo hubieras hecho tú para que yo pudiera retractarme acerca de ti. Somos nosotros de nuevo, ¿verdad? No he matado al nosotros.

—No.

Volvió a sonreír.

—Me alegro. Voy a buscarla. ¿Te importa? Estaba preocupada por mí, antes de que regresaras.

—¿Lo estaba?

—He hablado mucho —dijo Catherine—; siempre hablo demasiado. Si la conocieras, David..., es encantadora. Ha sido muy buena conmigo.

—Al diablo con ella.

—No. Te has retractado, ¿recuerdas? No quiero volver a empezar con esto. ¿Acaso tú sí? Es demasiado desconcertante. De verdad.

—Está bien, tráela. Se alegrará de ver que te sientes bien.

—Sí, lo sé y tú debes procurar que ella también se sienta bien.

—Claro. ¿Se siente mal?

—Solo cuando yo me sentía mal, cuando sabía que era infiel. No lo había sido nunca, ya lo sabes. Ve a buscarla, David. Así no se sentirá mal. No, no te molestes, iré yo.

Catherine salió y David la siguió con la mirada. Sus movimientos eran menos mecánicos y su voz ya tenía tono. Cuando volvió, sonreía y su voz era casi natural.

—Vendrá dentro de un minuto —explicó—. Es encantadora, David. Me alegro tanto de que la trajeras.

La chica entró y David dijo:

—Te estábamos esperando.

Ella le miró y desvió la vista. Luego volvió a mirarle y, muy erguida, dijo:

—Siento haberme retrasado.

—Estás muy guapa —observó David y era la pura verdad, solo que tenía los ojos más tristes que había visto en su vida.

—Prepárale una copa, por favor, David. Yo ya he bebido dos —dijo Catherine a la chica.

—Me alegro de que te sientas mejor.

—David lo ha conseguido —respondió Catherine—. Se lo he contado todo y lo maravilloso que ha sido y lo comprende a la perfección. Lo aprueba, en realidad.

La chica miró a David y este le vio morderse el labio superior y leyó el mensaje de sus ojos.

—La ciudad estaba aburrida. Me he perdido el baño —dijo.

—No sabes lo que te has perdido —replicó Catherine—. Te lo has perdido todo. Es lo que quise hacer durante toda mi vida y ahora lo he hecho y me ha encantado.

La chica estaba mirando su copa.

—Lo más maravilloso es que ahora me siento tan madura. Pero resulta agotador. No cabe duda de que es lo que quería, y ahora que lo he hecho, sé que solo soy una principiante, pero no lo seré siempre.

—Reclamado el subsidio en prácticas —dijo David y, optando por aprovechar la ocasión, añadió alegremente—: ¿No hablas nunca de ningún otro tema? La perversión es aburrida y pasada de moda. No sabía que las personas como nosotros se interesaban siquiera por ella.

—Supongo que solo es realmente interesante la primera vez que se hace —contestó Catherine.

—Y solo para la persona que lo hace y una condenada lata para todos los demás —concluyó David—. ¿Estás de acuerdo, Heredera?

—¿La llamas Heredera? —preguntó Catherine—. Es un nombre bonito y gracioso.

—No puedo llamarla señora o alteza —replicó David—. ¿Estás de acuerdo, Heredera? ¿Sobre la perversión?

—Siempre he pensado que era tonta y se le daba una importancia excesiva —contestó ella—. Solo es algo que hacen las chicas cuando no tienen nada mejor que hacer.

—Pero la primera vez que haces algo es siempre interesante —observó Catherine.

—Sí —concedió David—, pero ¿te gustaría hablar siempre de tu primera carrera en Steeplechase Park o sobre que tú, personalmente, volaste totalmente sola en un avión, absolutamente lejos de la tierra y arriba en el cielo?

—Estoy avergonzada —dijo Catherine—. Mírame y di si no estoy avergonzada.

David la rodeó con un brazo.

—No lo estés. Piensa solamente en si te gustaría oír evocar a esta vieja heredera cómo subió a aquel avión, solo ella y el avión, sin nada entre ella y la tierra; imagínate la Tierra con una T mayúscula, pero solo su *avión*, con el que podría haberse *matado*, desintegrándose ambos en horribles *fragmentos*, y haber perdido su dinero, su salud, su cordura y su Vida, con una V mayúscula, y a sus seres queridos, o a ti, o a mí, o a Dios, todo con letras mayúsculas, si se hubiera «estrellado»...; pon la palabra *estrellado* entre comillas.

—¿Has volado sola alguna vez, Heredera?

—No —contestó la chica—, y ahora no tengo por qué hacerlo. Pero me gustaría otra copa. Te amo, David.

—Bésala otra vez como antes —dijo Catherine.

—En otro momento —respondió David—. Estoy preparando las bebidas.

—Me alegra tanto que todos volvamos a ser amigos y que todo vaya bien —dijo Catherine. Estaba muy animada ahora y su voz era natural y relajada.

—Olvidaba la sorpresa que Heredera ha traído esta mañana. Voy a buscarla.

Cuando Catherine hubo salido, la chica cogió la mano de

David, la apretó con fuerza y luego la besó. Permanecieron mirándose el uno al otro. Ella le tocaba la mano con los dedos en una caricia casi distraída. Se la apretó una vez más y la soltó.

—No necesitamos hablar —dijo—. No quieres que haga un discurso, ¿verdad?

—No, pero alguna vez tendremos que hablar.

—¿Quieres que me marche?

—Serías más lista si te marcharas.

—¿Quieres besarme para que sepa que no hago mal en quedarme?

Catherine entró con el joven camarero, que traía una gran lata de caviar en un bol de hielo y un plato de tostadas sobre una bandeja.

—Ha sido un beso maravilloso. Ahora todo el mundo lo ha visto, así que no hay miedo de un escándalo o algo parecido —dijo Catherine—. Están cortando unas claras de huevo y un poco de cebolla.

Era un caviar muy grande y firme y Catherine sumergió en él los trozos de tostada fina.

—Heredera te ha comprado una caja de Böllinger Brut 1915 y ya hay algunas botellas en hielo. ¿No crees que deberíamos beber una botella con esto?

—Claro —contestó David—, bebámoslo durante toda la comida.

—¿No es una suerte que Heredera y yo seamos tan ricas que nunca tendrás que preocuparte de nada? Le cuidaremos mucho, ¿verdad, Heredera?

—Tenemos que procurarlo con ahínco —respondió la chica—. Ya estoy tratando de estudiar sus necesidades. Esto es todo lo que hemos podido encontrar por hoy.

Capítulo 14

Había dormido unas dos horas cuando la luz del día le despertó y miró a Catherine, bien dormida y con aspecto feliz en su sueño. La dejó con su apariencia bella, joven e inocente para ir al cuarto de baño, donde se duchó y se puso unos pantalones cortos. Luego cruzó descalzo el jardín en dirección a la habitación donde trabajaba. El viento había limpiado el cielo y era la mañana fresca de un nuevo día de finales de verano.

Empezó otra vez con la nueva y difícil historia y trabajó, atacando cada una de las cosas que había evitado afrontar durante años. Trabajó hasta casi las once y cuando dio por terminada su tarea del día, cerró con llave la habitación y encontró a las dos muchachas jugando al ajedrez en una mesa del jardín. Ambas se veían frescas, jóvenes y tan atractivas como el diáfano cielo matutino.

—Me está ganando otra vez —dijo Catherine—. ¿Cómo estás, David?

La chica le miró con gran timidez.

Son las chicas más hermosas que he visto en mi vida, pensó David. Veremos qué nos trae el nuevo día.

—Y vosotras dos, ¿cómo estáis? —preguntó.

—Muy bien —contestó la chica—. ¿Has tenido suerte?

—Aunque es cuesta arriba, no me puedo quejar.

—No has desayunado.

—Y ahora es demasiado tarde —dijo David.

—Tonterías —le contradijo Catherine—. Hoy te toca ser la esposa, Heredera. Hazle desayunar.

—¿Te gustaría café y un poco de fruta, David? —preguntó la

chica—. Deberías comer algo.

—Tomaré un café solo —dijo David.

—Te traeré algo —contestó la chica, entrando en el hotel.

David se quedó con Catherine, quien trasladó el tablero de ajedrez y las piezas a una silla. Se despeinó el cabello y preguntó:

—¿Has olvidado que tienes la cabeza plateada como la mía?

—Sí —dijo él.

—Cada vez será más clara y yo seré más rubia y tendré, además, el cuerpo más bronceado.

—Será estupendo.

—Sí, y yo ya estoy de vuelta de todo.

La bella muchacha morena trajo una bandeja con un pequeño bol rodeado de caviar, medio limón, una cuchara y dos tostadas y el joven camarero trajo un cubo con una botella de Böllinger y una bandeja con tres copas.

—Esto será bueno para David —dijo la chica—, y después podemos ir a nadar antes del almuerzo.

Después de nadar y yacer sobre la arena de la playa y de un largo y gran almuerzo con otra botella de Böllinger, Catherine dijo:

—Estoy realmente cansada y soñolienta.

—Has nadado mucho —observó David—. Echaremos la siesta.

—Necesito dormir de verdad —dijo Catherine.

—¿Te encuentras bien, Catherine? —preguntó la chica.

—Sí. Solo mortalmente cansada.

—Te llevaremos a la cama —dijo David—. ¿Tienes un termómetro? —preguntó a la chica.

—Estoy segura de no tener fiebre —objetó Catherine—. Solo quiero dormir un buen rato.

Cuando estuvo acostada en la cama, la chica trajo el termómetro y David le tomó la temperatura y el pulso. La primera era normal, pero tenía ciento cinco pulsaciones.

—El pulso es un poco rápido —dijo—, pero no sé cuántas pulsaciones tienes normalmente.

—Yo tampoco, pero es probable que sean demasiadas.

—No creo que el pulso sea importante si la temperatura es normal —observó David—, pero si luego tienes fiebre, haré venir a un médico de Cannes.

—No necesito un médico —dijo Catherine—, solo quiero dormir. ¿Puedo dormir ahora?

—Sí, preciosa mía. Llámame si me necesitas.

Se quedaron hasta que la vieron dormida y entonces salieron sin hacer ruido; David fue por el camino de piedras y miró por la ventana. Catherine dormía tranquila y su respiración era regular. Acercó dos sillas a una mesa y se sentaron a la sombra, frente a la ventana de Catherine, y contemplaron el mar azul a través de los pinos.

—¿Qué te parece? —preguntó David.

—No lo sé. Esta mañana era feliz, tal como la has visto cuando has terminado de escribir.

—¿Y qué me dices de ahora?

—Quizá sea una reacción a lo de ayer. Es una chica muy natural, David, y esto es natural.

—Ayer fue como amar a alguien cuando alguien ha muerto —dijo David—. No estuvo bien. —Se levantó, fue hacia la ventana y se asomó. Catherine dormía en la misma posición y respiraba levemente—. Duerme bien —dijo a la chica—. ¿Te gustaría dormir un poco?

—Creo que sí.

—Me voy a la habitación donde trabajo —dijo él—. Hay una puerta que comunica con la tuya y que tiene cerrojo por ambos lados.

Caminó por las piedras, abrió la puerta de su habitación, que estaba cerrada con llave, y luego descorrió el cerrojo de la puerta que comunicaba las dos habitaciones. Se quedó esperando y enseguida oyó descorrerse el cerrojo del otro lado de la puerta y la vio abrirse. Se sentaron de lado en la cama y él la rodeó con un brazo.

—Bésame —dijo.

—Me encanta besarte —dijo ella—. Te amo tantísimo..., pero no puedo hacer lo otro.

—¿No?

—No, no puedo. —Entonces añadió—: ¿Hay algo que desees de mí ahora? Estoy muy avergonzada a propósito de lo otro, ya sabes que podría complicar las cosas.

—Solo acuéstate a mi lado.

—Me gustaría mucho.

—Haz lo que quieras.

—Lo haré. Y tú también, por favor. Haremos lo que podamos.

Catherine durmió toda la tarde hasta que oscureció. David y la chica estaban juntos en el bar, bebiendo una copa, y la chica observó:

—No han traído el espejo.

—¿Se lo has comentado al viejo Aurol?

—Sí. Está muy complacido.

—Quizá debería pagarle un recargo por el Böllinger.

—Le he dado cuatro botellas y dos muy buenas de *fine*. Ya está bien recompensado. Cuando hablaba de las complicaciones, me refería a madame.

—Tenías toda la razón.

—No quiero crear problemas, David.

—No —dijo él—. Estoy seguro de que no lo deseas.

El joven camarero entró con más hielo y David preparó dos martinis y le dio uno a ella. El camarero sirvió las aceitunas al ajo y volvió a la cocina.

—Voy a ver cómo está Catherine —dijo la chica—. Las cosas pueden mejorar o empeorar.

Estuvo fuera unos diez minutos y él miró la copa de la chica y decidió apurarla antes de que se calentara. La cogió, se la llevó a los labios y descubrió, cuando sus labios la tocaron, que le procuraba placer porque era de ella. Se trataba de algo claro e innegable. Es todo lo que necesito, pensó, lo que hace falta para que todo sea perfecto. Estar enamorado de las dos. ¿Qué me ha sucedido desde mayo? ¿En qué te has convertido, dime? Pero volvió a rozar la copa con los labios y tuvo la misma sensación de antes. Está bien, dijo para sus adentros, recuerda hacer el trabajo. El trabajo es lo único que te queda. Será mejor que te concentres en él.

La chica volvió y, al verla entrar con el rostro feliz, supo lo que sentía por ella.

—Se está vistiendo. Se encuentra muy bien. ¿No es maravilloso?

—Sí —dijo él, amando también a Catherine, como siempre.

—¿Qué ha ocurrido con mi martini?

—Me lo he bebido —explicó él—, porque era tuyo.

—¿De verdad, David? —Se sonrojó, dichosa.

—No sé decirlo mejor. Aquí tienes otro.

Ella lo probó y pasó ligeramente los labios por el borde; entonces alargó la copa y él hizo lo mismo y bebió un gran sorbo.

—Eres muy hermosa —dijo—, y te amo.

Capítulo 15

Oyó arrancar el Bugatti y el ruido se le antojó una sorpresa y una intrusión porque no había ruido de motores en el país donde vivía. Estaba totalmente aislado de todo excepto de la historia que escribía y vivía en ella a medida que la iba redactando. Ahora afrontaba una tras otra las partes difíciles que antes le daban miedo, así como la gente, el país, los días, las noches y el tiempo incluidos en el relato. Continuó trabajando, sintiéndose cansado como si hubiera pasado la noche cruzando el accidentado desierto volcánico y el sol le hubiera absorbido junto con los otros, como lo había hecho con los lagos grises y secos que aún le esperaban por el camino. Podía sentir la carga del pesado rifle de dos cañones que llevaba sobre el hombro, con la mano en el orificio, y notar el polvo de arena en la boca. Más allá del resplandor de los lagos secos podía ver el azul distante del acantilado. Delante de él no había nadie y detrás, la larga hilera de porteadores, conscientes de que llegaban a este punto con tres horas de retraso.

No era él, por supuesto, quien había estado allí por la mañana, llevando la remendada chaqueta de pana ya descolorida, podrida bajo los brazos por el sudor, que después se había quitado para entregarla a su criado y hermano kamba que compartía con él la culpa y la conciencia de la demora, viéndole oler el tufo acre, como de vinagre, menear la cabeza con repugnancia y por último sonreír y echarse la chaqueta sobre el hombro negro, sujetándola por las mangas, mientras pisaban el requemado suelo gris con la mano derecha en el orificio del arma, los cañones en equilibrio sobre el hombro y

la pesada caja apuntando hacia la hilera de porteadores.

No era él, pero a medida que iba escribiendo, lo era, y cuando por fin lo leyese alguien, sería ese alguien y lo que encontrase al llegar al acantilado, si llegaba, y él, David, le haría llegar a su base al mediodía de hoy y entonces, quienquiera que lo leyese encontraría lo que había allí y lo poseería para siempre.

Todo cuanto encontró mi padre, lo encontró también para mí, pensó, lo bueno, lo maravilloso, lo malo, lo muy malo, lo terriblemente malo, lo verdaderamente malo y, por último, lo peor de todo. Era una vergüenza que un hombre tan dotado para el desastre y para el deleite hubiese acabado como él. Siempre le hacía feliz recordar a su padre y sabía que a su padre le habría gustado esta historia.

Era casi mediodía cuando salió de la habitación y caminó descalzo por las piedras del patio hasta la entrada del hotel. En el gran salón, unos obreros colgaban un espejo en la pared del bar, detrás de la barra. Monsieur Aurol y el joven camarero estaban con ellos y David habló con ambos y después se dirigió a la cocina, donde encontró a madame.

—¿Tiene usted cerveza, madame? —le preguntó.

—*Mais certainement, monsieur Bourne* —contestó ella, sacando una botella de la nevera.

—Beberé de la botella directamente —dijo él.

—Como desee, monsieur. Creo que las señoras se han ido a Niza. ¿Monsieur ha trabajado bien?

—Muy bien.

—Monsieur trabaja demasiado. Es malo no desayunar.

—¿Ha quedado caviar en la lata?

—Estoy segura de que sí.

—Comeré una cucharada.

—Monsieur es extraño —dijo madame—. Ayer lo tomó con champán y hoy con cerveza.

—Hoy estoy solo —respondió David—. ¿Sabe si mi bicicleta está todavía en la *remise*?[*]

—Seguro —dijo madame.

David tomó una cucharada de caviar y ofreció la lata a madame.

—Coma un poco, madame. Es muy bueno.

—No debería —dijo ella.

—No sea tonta. Coma un poco. Hay varias tostadas. Y tome una copa de champán. Está en la nevera.

Madame cogió una cucharada de caviar, lo distribuyó sobre una tostada sobrante del desayuno y se sirvió una copa de *rosé*.

—Es excelente —elogió—. Ahora debemos guardarlo.

—¿Siente algún buen efecto? —preguntó David—. Voy a tomar otra cucharada.

—Ah, monsieur. No debe usted bromear así.

—¿Por qué no? —replicó David—. Mis compañeras de diversión se han ido. Si esas dos bellas mujeres vuelven, ¿querrá decirles que me he ido a nadar?

—Desde luego. La más baja es una belleza. No tan bella como madame, por supuesto.

—No la encuentro demasiado fea —dijo David.

—Es una belleza, monsieur, y muy simpática.

—Servirá hasta que llegue algo mejor —observó David—. Si usted cree que es bonita.

—Monsieur —dijo ella con la más profunda reprobación.

—¿Qué son todas esas reformas arquitectónicas? —inquirió David.

—¿El nuevo *miroir* para el bar? Es un regalo encantador para la *maison*.

—Todo el mundo es encantador —dijo David—. Encanto y huevos de esturión. Diga al muchacho que mire los neumáticos mientras me calzo y encuentro una gorra, ¿quiere?

—A monsieur le gusta ir descalzo. A mí también, en verano.

—Algún día pasearemos descalzos juntos.

—Monsieur —dijo ella, insinuante.

—¿Es celoso Aurol?

—*Sans blague*[*] —respondió ella—. Diré a las dos bellas señoras que se ha ido usted a nadar.

—Mantenga el caviar fuera del alcance de Aurol —recomendó David—. *À bientôt, chère madame*.

—*À tout à l'heure, monsieur*.

En la reluciente carretera negra que subía entre los pinos sintió, cuando abandonó el hotel, un tirón en brazos y hombros y la presión de los pies sobre los pedales mientras ascendía bajo el sol cálido, rodeado del olor de los pinos y de la brisa ligera que venía del mar. Curvó la espalda y estiró un poco los dedos y entonces sintió que la cadencia disonante que experimentara al principio empezó a suavizarse cuando pasó el primer hito de cien metros y después la señal roja del primer kilómetro y luego la del segundo. En el promontorio, la carretera bajaba para discurrir junto al mar y allí frenó, se apeó y bajó con la bicicleta al hombro por el sendero de la playa. La apoyó contra un pino que despedía el olor a resina de la cálida mañana, saltó a las rocas, se desnudó y puso las alpargatas sobre los pantalones cortos, la camisa y la gorra y se zambulló desde las rocas en el mar claro y frío. Emergió a través de la cambiante luz y cuando tuvo la cabeza fuera del agua, la sacudió para vaciarse las orejas y nadó más adentro. Se puso de espaldas, permaneció flotando y contempló el cielo y las primeras nubes blancas traídas por la brisa.

Regresó nadando hasta la cala y trepó por las rocas oscuras, de un tono rojizo, y allí se sentó al sol, mirando hacia el mar bajo sus pies. Era feliz de estar solo y haber terminado el trabajo de la jornada. Entonces le asaltó la soledad que siempre seguía al trabajo y empezó a pensar en las chicas y a añorarlas; al principio no añoró a una ni a otra en particular, sino a

ambas. Después pensó en ellas, no de una manera crítica, no como un problema amoroso o de afecto, ni como una obligación, ni en lo que había sucedido o podía suceder, ni como un problema de conducta actual o futura, sino sencillamente en que las echaba de menos. Las añoraba a ambas, por separado y juntas, y las necesitaba a las dos.

Sentado al sol en la roca, contemplando el mar bajo sus pies, sabía que estaba mal necesitarlas a ambas, pero era la verdad. Nada puede terminar bien con ninguna de las dos, dijo para sus adentros, y tampoco contigo. Pero no empieces a culpar a quien amas ni a repartir la culpa. Todo será dilucidado a su debido tiempo, y no por ti.

Miró hacia el mar y trató de pensar claramente en la situación, pero no lo consiguió. Lo peor era lo sucedido a Catherine. Seguía el hecho de que él había empezado a querer a la otra chica. No tenía que hacer examen de conciencia para saber que amaba a Catherine y que estaba mal amar a dos mujeres y que no podía salir nada bueno de aquello. Todavía ignoraba lo terrible que podía ser; solo sabía que había comenzado. Los tres estamos ya enredados como tres engranajes que hacen girar una rueda, se dijo, y también se dijo que uno de los engranajes había sido arrancado o sufrido una avería grave. Se zambulló con fuerza en el agua clara y fría donde no añoraba a nadie y luego salió a la superficie, sacudió la cabeza, nadó mar adentro y por último dio la vuelta y nadó hacia la playa. Se vistió, todavía húmedo del mar, se guardó la gorra en el bolsillo, subió hasta la carretera con la bicicleta, la montó y ascendió la corta colina sintiendo la falta de práctica en los muslos mientras pisaba a fondo los pedales con el esfuerzo continuado que le hacía avanzar por la carretera negra como si él y la bicicleta de competición fuesen una especie de animal provisto de ruedas. Entonces bajó por la costa con las manos en los frenos, tomando las curvas a gran velocidad,

lanzándose por la reluciente carretera negra entre los pinos hasta el desvío que llevaba al patio trasero del hotel, donde el mar azul de verano refulgía al fondo de los árboles.

Las muchachas aún no habían regresado y fue a su habitación, se duchó, se cambió la camisa y los pantalones y fue al bar, decorado por su nuevo y bonito espejo. Llamó al camarero y le pidió un limón, un cuchillo y un poco de hielo y le enseñó a hacer un Tom Collins. Entonces se sentó en un taburete de la barra y se miró en el espejo, levantando el vaso alargado. No sé si habría bebido o no contigo de haberte conocido hace cuatro meses, pensó. El chico le llevó el *Éclaireur de Nice* y David lo leyó mientras esperaba. Le había decepcionado no encontrar a las chicas y ahora las echaba de menos y empezaba a preocuparse.

Cuando por fin llegaron, Catherine estaba muy alegre y excitada, y la chica, contrita y muy silenciosa.

—Hola, querido —saludó Catherine a David—. Oh, mira el espejo; ya lo han colgado. Es muy bonito, aunque terriblemente crítico. Voy a lavarme antes de almorzar. Siento haber llegado tarde.

—Hemos parado en la ciudad para tomar una copa —explicó la chica a David—. Siento haberte hecho esperar.

—¿Una copa? —preguntó David.

La chica levantó dos dedos. Acercó la cara, le besó y se fue. David continuó leyendo el periódico.

Cuando entró Catherine, llevaba la blusa de hilo azul oscuro que le gustaba a David y pantalones largos.

—Cariño, espero que no estés enfadado. En realidad, no ha sido culpa nuestra. He visto a Jean y le he invitado a tomar una copa con nosotras. Ha aceptado y ha sido muy agradable.

—¿El peluquero?

—Jean, claro. ¿A qué otro Jean conozco en Cannes? Ha sido muy simpático y ha preguntado por ti. ¿Puedo tomar un

martini, cariño? Solo he bebido uno.

—El almuerzo ya debe de estar listo.

—Solo uno, cariño. Somos los únicos comensales.

David preparó dos martinis con mucha lentitud y entonces entró la chica, con un vestido blanco de rayón que le daba un aspecto fresco y limpio.

—¿Puedo tomar uno yo también, David? Ha sido un día muy caluroso. ¿Y aquí?

—Deberías haberte quedado para cuidar de él —dijo Catherine.

—Me las he arreglado muy bien —replicó David—. El mar estaba muy agradable.

—Usas unos adjetivos tan interesantes... —dijo Catherine—, que lo describen todo de manera muy gráfica.

—Lo siento —dijo David.

—Otra palabra dandi —reprochó Catherine—. Explica el significado de dandi a tu nueva chica; es un americanismo.

—Creo que ya lo sé —dijo la chica—. Es la tercera palabra de *Yankee Doodle Dandy*. Por favor, Catherine, no estés de mal humor.

—No estoy de mal humor —declaró Catherine—, pero hace dos días, cuando me hiciste proposiciones, fue sencillamente dandi y en cambio hoy, cuando me he insinuado un poco, has actuado como si yo fuera no sé qué.

—Lo siento, Catherine —dijo la chica.

—Otra que lo siente —replicó Catherine—. Como si no me hubieras enseñado lo poco que sé.

—¿Almorzamos? —terció David—. Es un día muy caluroso, demonio, y estás cansada.

—Estoy cansada de todo el mundo —dijo Catherine—. Perdonadme, por favor.

—No hay nada que perdonar —respondió la chica—. Siento haber sido una estúpida. No vine aquí para ser de este modo.

—Se acercó a Catherine y la besó con mucha suavidad y dulzura—. Ahora sé buena. ¿Vamos a la mesa?

—¿No hemos almorzado ya? —preguntó Catherine.

—No, demonio —contestó David—, vamos a almorzar ahora.

Después del almuerzo, Catherine, que había hablado con sensatez todo el rato, exceptuando algunas distracciones, anunció:

—Os ruego que me disculpéis; creo que me conviene dormir.

—Déjame ir contigo y quedarme hasta que te duermas —dijo la chica.

—En realidad, creo que he bebido demasiado —observó Catherine.

—Entraré y también echaré la siesta —propuso David.

—No, por favor, David. Entra cuando esté dormida, si quieres —contestó Catherine.

La chica salió de la habitación al cabo de media hora.

—Está muy bien —dijo—, pero debemos tener cuidado, ser buenos con ella y solo pensar en ella.

Catherine estaba despierta cuando David entró a verla y se sentó en la cama.

—No soy una maldita inválida —protestó—, solo he bebido demasiado, estoy segura. Siento haberte mentido. ¿Cómo he podido hacerlo, David?

—No te acordabas.

—No. Lo he hecho a propósito. ¿Me aceptas de nuevo? Ya me ha pasado todo el mal humor.

—No te habías ido.

—Todo lo que quiero es que me aceptes otra vez. Seré tu chica verdadera y fiel y lo seré en serio. ¿Te gustaría?

Él la besó.

—Bésame de verdad.

—Oh —suspiró ella—. Sé lento, por favor.

Nadaron en la cala adonde habían ido el primer día. David había pensado mandar a las dos chicas a nadar y llevar él el viejo Isotta a Cannes para que le arreglasen los frenos y reparasen a fondo el encendido, pero Catherine le pidió por favor que fuese a nadar con ellas y llevase el coche al taller al día siguiente, y parecía tan alegre y feliz después de la siesta, que Marita pidió con mucha seriedad:

—Ven con nosotras.

Las acompañó hasta el sendero que bajaba a la cala y les enseñó el peligro que representaba el mal funcionamiento de los frenos.

—Podrías matarte con este coche —dijo a Marita—. Es un crimen conducirlo en este estado.

—¿Debería comprar uno nuevo? —inquirió ella.

—Por Dios, no. Solo déjame arreglar los frenos.

—Necesitamos un coche más grande en el que quepamos todos —dijo Catherine.

—Este es un buen coche —observó David—, solo necesita varias reparaciones. Pero es demasiado coche para ti.

—Averigua si pueden arreglarlo como es debido —dijo la chica—, y en caso contrario, compraremos el tipo de coche que tú quieras.

Cuando tomaban el sol en la arena, David propuso con indolencia:

—Vamos a nadar.

—Échame agua sobre la cabeza —pidió Catherine—. He traído un cubo en la mochila. Oh, es una sensación maravillosa —dijo—. ¿Quieres echarme otro? Mójame la cara esta vez.

Se quedó tendida al sol en la playa, sobre el albornoz blanco, y David y la chica nadaron mar adentro, en torno a las rocas que rodeaban la cala. La chica nadaba delante de él y David la alcanzó, alargó la mano, la agarró por un pie y entonces la abrazó con fuerza y la besó, pedaleando en el agua. Ella se

sentía resbaladiza y extraña en el mar y parecían de la misma estatura nadando juntos, con los cuerpos enlazados, besándose. Entonces sumergió la cabeza, él se echó hacia atrás y ella emergió riendo y sacudiendo la cabeza, que era lisa y brillante como una foca, y volvió a acercar los labios a los de él y se besaron hasta que ambos hundieron la cabeza bajo el agua. Flotaron de lado, tocándose, y luego volvieron a besarse con fuerza, muy felices, y se sumergieron de nuevo.

—Ahora no me preocupa nada —dijo ella cuando salieron a la superficie—, y tú tampoco debes preocuparte por nada.

—De acuerdo —contestó él y nadaron hacia la playa.

—Será mejor que te mojes, demonio —aconsejó David a Catherine—, o la cabeza se te calentará demasiado.

—Muy bien. Vamos —accedió ella—. Ahora le toca broncearse a Heredera. Déjame untarle un poco de aceite.

—No demasiado —dijo la chica—. ¿Me quieres mojar a mí también la cabeza con un cubo de agua?

—Ya la tienes empapada —respondió Catherine.

—Solo quería notar la sensación —dijo la chica.

—Ve a la orilla, David, y trae un cubo de agua bien fría —pidió Catherine.

Cuando él hubo derramado el agua clara y fría sobre la cabeza de Marita, la dejaron tendida de bruces, con la cara entre los brazos, y se adentraron en el mar. Flotaron con facilidad, como animales marinos, y Catherine preguntó:

—¿No sería maravilloso que estuviera loca?

—No estás loca.

—Esta tarde no; al menos hasta ahora. ¿Podemos nadar más adentro?

—Ya estamos muy lejos, demonio.

—Está bien. Volvamos. Pero el agua profunda es muy bonita aquí.

—¿Quieres sumergirte una vez antes de volver?

—Solo una vez —dijo ella—, en esta parte tan profunda.

—Nos sumergiremos hasta la profundidad justa para poder emerger de nuevo.

Capítulo 16

David se despertó cuando apenas había luz para ver los troncos de los pinos y abandonó la cama con cuidado para no despertar a Catherine; se puso los pantalones cortos y caminó, mojándose las plantas de los pies con el rocío de las piedras, siguiendo la fachada del hotel, hasta la puerta de su habitación de trabajo. Cuando abrió la puerta volvió a sentir el roce del aire marino, que anunciaba cómo sería la jornada.

Cuando se sentó, el sol aún no había salido y tuvo la sensación de haber ganado algo del tiempo perdido en la historia. Sin embargo, mientras releía su caligrafía legible y cuidadosa y las palabras le transportaban a otro país, perdió aquella ventaja y se encontró ante el mismo problema y cuando el sol apareció sobre el mar, para él ya había salido hacía mucho rato, pues ya estaba cruzando los lagos amargos, grises y resecos, y tenía las botas blancas por el álcali. Sintió el peso del sol en la cabeza, la nuca y la espalda. El sudor le empapaba la camisa y le bajaba por la espalda y entre los muslos. Cuando se levantó y descansó, respirando despacio, notó que la camisa se le despegaba de los hombros, secándose al sol, con manchas blancas que las sales del cuerpo dejaban al secarse. Pudo verse y sentirse erguido allí, y supo que no tenía otra opción que continuar.

A las diez y media ya había cruzado los lagos y estaba muy lejos de ellos, cerca del río y del gran soto de higueras donde acamparían. La corteza de los troncos era verde y amarilla, y las ramas, muy pesadas. Los babuinos habían comido higos silvestres, dejando excrementos y restos en el suelo. El olor era

nauseabundo.

También su reloj de pulsera señalaba las diez y media, cuando lo miró en la habitación donde se hallaba sentado a la mesa, ahora sintiendo la brisa del mar, y el tiempo real era el atardecer y estaba sentado contra la base gris y amarillenta de un árbol, con un vaso de whisky aguado en la mano, barridos ya los higos del suelo, contemplando cómo los porteadores descuartizaban el *kongoni* matado por él en el primer pantano de hierba por el que pasaron antes de llegar al río.

Los dejaré con la carne, pensó, y esta noche será una feliz noche de campamento, pase lo que pase después. De modo que guardó los lápices y cuadernos, cerró la maleta con llave y salió y caminó por las piedras, ahora secas y calientes, hasta el patio del hotel.

La chica estaba sentada a una mesa, leyendo un libro. Llevaba una camiseta rayada de pescador, una falda de tenis y alpargatas y cuando le vio, levantó la vista y David pensó que iba a ruborizarse, pero pareció frenar el rubor y dijo:

—Buenos días, David. ¿Has trabajado bien?

—Sí, preciosa —contestó él.

Entonces ella se levantó, le dio un beso de buenos días y dijo:

—En tal caso, soy muy feliz. Catherine se ha ido a Cannes y me ha dicho que te lleve a nadar.

—¿No ha querido que la acompañaras a la ciudad?

—No. Ha preferido que me quedara. Ha dicho que te habías levantado muy temprano para trabajar y que quizá te sentirías solo cuando terminaras. ¿Puedo pedir el desayuno? No está bien que nunca desayunes.

Fue a la cocina y salió con *oeufs au plat avec jambon*, mostaza inglesa y mayonesa.

—¿Ha sido difícil hoy? —le preguntó.

—No. Siempre es difícil, pero fácil al mismo tiempo. Ha ido muy bien.

—Ojalá pudiera ayudarte.

—Nadie puede hacerlo —dijo él.

—Pero puedo ayudar en otras cosas, ¿verdad?

Él iba a decir que no había otras cosas, pero no lo dijo y contestó en cambio:

—Lo has hecho y lo sigues haciendo.

Untó un pequeño pedazo de pan con el resto de huevo y mostaza que quedaba en el plato y bebió un poco de té.

—¿Cómo has dormido? —preguntó.

—Muy bien —respondió la chica—. Espero que esto no sea desleal.

—No. Es inteligente.

—¿Podemos dejar de ser tan corteses? —inquirió la chica—. Todo era tan sencillo y bonito hasta ahora.

—Sí, dejemos de serlo. Dejemos incluso esa tontería de «No puedo, David».

—Está bien —dijo ella, levantándose—. Si quieres ir a nadar, estaré en mi habitación.

David se puso en pie.

—Por favor, no te vayas —rogó—. Ya he dejado de ser un cerdo.

—No lo hagas por mí —replicó ella—. Oh, David, ¿cómo hemos podido caer en una cosa como esta? Pobre David. Lo que te hacemos las mujeres. —Le acarició la cabeza, sonriendo —. Voy a buscar las cosas de la playa, si quieres nadar.

—Muy bien —dijo él—, yo me pondré las alpargatas.

Se echaron en la arena, donde David había extendido los albornoces y las toallas, a la sombra de una roca rojiza, y la chica dijo:

—Ve a nadar tú primero y yo te seguiré.

Él se levantó muy despacio, apartándose de ella con

suavidad, y entonces se adentró en el mar, se zambulló donde el agua estaba fría y nadó por debajo de la superficie. Cuando emergió, nadó contra la brisa en dirección a la chica, que le esperaba con el agua hasta la cintura; tenía la negra cabeza lisa y mojada y el moreno y esbelto cuerpo cubierto de gotas. La abrazó con fuerza y las olas les embistieron.

Se besaron y ella dijo:

—Todo lo nuestro lavado por el océano.

—Tenemos que volver.

—Sumerjámonos abrazados una sola vez.

Catherine aún no había llegado al hotel y, después de ducharse y vestirse, David y Marita se sentaron en el bar con dos martinis. Se miraron mutuamente en el espejo, observándose con atención y entonces David se pasó un dedo bajo la nariz mientras la miraba y ella se sonrojó.

—Quiero tener más cosas como esta —dijo—. Cosas que sean solo nuestras; así no sentiré celos.

—Yo no echaría demasiadas anclas —sugirió él—. Podrías estropear los cables.

—No. Encontraré cosas que hacer para retenerte.

—Así me gusta, Heredera, que seas buena y práctica.

—Desearía cambiar ese nombre. ¿Tú no?

—Los nombres quedan grabados —dijo él.

—Pues cambiemos enseguida el mío. ¿Te molestaría mucho?

—No… Haya.

—Dilo otra vez, por favor.

—Haya.

—¿Es bueno?

—Muy bueno. Es un diminutivo entre nosotros y para nadie más, nunca.

—¿Qué significa Haya?

—La que se ruboriza. La modesta.

La abrazó y apretó contra sí y ella se acurrucó y apoyó la cabeza en su hombro.

—Bésame una sola vez —dijo.

Catherine entró en el gran salón despeinada, excitada y rebosante de satisfacción y alegría.

—Ya veo que le has llevado a nadar —dijo—; los dos estáis muy guapos, todavía húmedos de la ducha. Dejad que os mire.

—Deja que yo te mire —replicó la chica—. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Es *cendre* —explicó Catherine—. ¿Te gusta? Una tintura con la que Jean está experimentando.

—Es muy bonito —dijo la chica.

Los cabellos de Catherine producían un efecto extraño y llamativo contra su rostro moreno. Cogió la copa de Marita y mientras bebía un sorbo, mirándose en el espejo, preguntó:

—¿Os habéis divertido nadando?

—Los dos hemos nadado mucho —contestó la chica—, pero no tanto rato como ayer.

—Esta bebida está muy buena, David —dijo Catherine—. ¿Por qué tus martinis son mejores que los de cualquier otra persona?

—La ginebra —aclaró David.

—¿Quieres hacerme uno, por favor?

—Ahora no bebas, demonio. Ya es hora de almorzar.

—Quiero uno —se obstinó—. Iré a dormir después del almuerzo; tú no has tenido que soportar la decoloración, el tinte y todo lo demás. Es agotador.

—¿De qué color es ahora tu pelo, en realidad? —inquirió David.

—Casi blanco —respondió ella—. Te gustará. Quiero

conservarlo para saber cuánto dura.

—¿Qué clase de blanco es?

—Como el de la espuma de jabón —dijo ella—. ¿Te acuerdas?

Aquella tarde Catherine fue completamente distinta de como había sido al mediodía. La encontraron sentada en el bar cuando volvieron de bañarse. La chica se fue directamente a su dormitorio y David preguntó en cuanto entró en el gran salón:

—¿Qué te has hecho ahora, demonio?

—Me he quitado aquel color absurdo con champú. Dejaba manchas grises sobre la almohada.

Tenía un aspecto muy atrayente con los cabellos claros, de un tono plateado casi incoloro que intensificaba aún más el bronceado de la cara.

—Eres demasiado hermosa, maldita sea —dijo él—, pero me gustaría que no te hubiesen tocado el pelo.

—Ya es tarde para eso. ¿Puedo decirte otra cosa?

—Claro.

—Mañana no beberé, estudiaré español, leeré de nuevo y dejaré de pensar solo en mí misma.

—Dios mío —exclamó David—, has tenido un gran día. Mira, te preparo un trago y voy a cambiarme.

—Aquí estaré —dijo Catherine—. Ponte la camisa azul marino, ¿quieres? La que te compré igual que la mía.

David se duchó y se cambió con calma, y cuando volvió, las dos chicas estaban juntas en el bar y deseó tener una pintura de ambas.

—Le he contado a Heredera todo sobre mi nueva orientación —anunció Catherine—, la que acabo de tomar: quiero que tú también la ames y que te cases con ella, si te acepta.

—Podríamos hacerlo en África si yo estuviera censado como

mahometano. Entonces te permiten tener tres esposas.

—Creo que sería mucho más agradable si todos estuviéramos casados —dijo Catherine—. Así nadie nos criticaría. ¿Te casarás con él de verdad, Heredera?

—Sí —contestó la chica.

—Estoy muy contenta —declaró Catherine—. Todo lo que me preocupaba es tan sencillo ahora.

—¿Lo harías, de verdad? —preguntó David a la chica morena.

—Sí —afirmó ella—. Pídemelo.

David la miró; estaba muy nerviosa y excitada. Recordó su rostro con los ojos cerrados contra el sol y su cabeza negra contra la blancura del albornoz sobre la arena amarillenta, cuando por fin habían hecho el amor.

—Te lo pediré —dijo—, pero no en cualquier maldito bar.

—Este no es cualquier maldito bar —replicó Catherine—, sino nuestro propio bar especial y hemos comprado el espejo. Me gustaría que pudiéramos casarnos contigo esta noche.

—No digas disparates —reprendió David.

—No lo son —contestó Catherine—. Lo digo en serio. De verdad.

—¿Quieres una copa? —inquirió David.

—No —rechazó Catherine—, antes quiero que todo quede dicho. Mírame y verás. —La chica había bajado los ojos y David miró a Catherine—. Lo he meditado todo esta tarde —añadió esta—; en serio. ¿Verdad que te lo he contado, Marita?

—Sí, es cierto —respondió la chica.

David vio que hablaban con seriedad y que habían llegado a un acuerdo que él ignoraba.

—Aún soy tu esposa —dijo Catherine—, empezaremos por ahí. Quiero que Marita sea también tu esposa para que me ayude y más adelante sea mi heredera.

—¿Por qué ha de heredar?

—La gente hace testamento y esto es más importante que un testamento.

—¿Qué opinas tú? —preguntó David a la chica.

—Quiero hacerlo, si tú lo deseas.

—Está bien —dijo él—. ¿Os importa que tome un trago?

—Tómalo, por favor —respondió Catherine—. Como ves, no tengo intención de perjudicarte si me vuelvo loca y no soy capaz de decidir nada. También he decidido que no quiero que me encierren. Ella te ama y tú la amas un poco. Lo veo. Nunca encontrarás a alguien como ella y no quiero que caigas en manos de una maldita ramera ni que estés solo.

—Vamos, anímate —dijo David—. Estás fuerte como un roble.

—Es igual, lo haremos —concluyó Catherine—. Pensaremos en todos los detalles.

Capítulo 17

El sol brillaba en la habitación y era un nuevo día. Será mejor que empieces a trabajar, dijo David para sus adentros. No puedes cambiar nada. Solo una persona puede cambiarlo y ahora ni siquiera sabe cómo se despertará ni si estará aquí cuando se despierte. No importa lo que tú sientas. Será mejor que trabajes. En esto debes ser sensato, ya que no puedes serlo en lo otro. Nada te ayudará ni podía ayudarte desde que esto empezó.

Cuando por fin reanudó la historia, el sol ya estaba alto y él había olvidado a las dos chicas. Había sido necesario pensar en lo que debía pensar su padre aquel atardecer, sentado contra el tronco verde amarillento de la higuera, con la taza esmaltada de whisky y agua en la mano. Su padre había tratado el mal con mucha facilidad, no dándole jamás una oportunidad y negando su importancia hasta despojarlo de toda condición, dignidad y forma. Trataba el mal como a un viejo y leal amigo, pensó David, que cuando le atacaba no sabía si se había apuntado un tanto. David sabía que su padre no era vulnerable y que, a diferencia de la mayor parte de las personas que conocía, solo la muerte podía matarle. Por último, sabía lo que había pensado su padre y, sabiéndolo, no lo introducía en la historia. Solo escribía sus actos y sentimientos y en todo esto se fundió con su padre y lo que dijo a Molo fue lo que su padre le dijera entonces. Durmió bien en el suelo bajo el árbol y cuando se despertó, oyó toser al leopardo. Más tarde no oyó al leopardo en el campamento, pero sabía que estaba allí y continuó durmiendo. El leopardo quería carne y había mucha

carne, por lo que no existía ningún problema. Por la mañana, antes de amanecer, sentado junto al rescoldo del fuego con la vieja taza esmaltada llena de té, preguntó a Molo si el leopardo había comido carne y Molo dijo: «*Ndiyo*», y entonces él añadió:

—Hay mucha en el lugar adonde nos dirigimos. Despierta a todos para que podamos empezar el ascenso.

Era el segundo día que caminaban por el campo arbolado como un parque que se extendía sobre el acantilado y, cuando por fin se detuvo, estaba contento del campo, del día y de la distancia recorrida. Poseía la capacidad de su padre para olvidar y no temer nada de lo que le esperaba. Cuando dejó de escribir tenía por delante otro día y otra noche en aquel altiplano desconocido y hoy había vivido dos días y una noche.

Ahora, al abandonar aquel país, su padre siguió con él mientras cerraba la puerta con llave y volvía al gran salón del bar.

Dijo al muchacho que no quería desayuno y que le llevase un whisky con Perrier y el periódico de la mañana. Era más de mediodía y había pensado llevar el viejo Isotta a Cannes y encargar las reparaciones, pero sabía que los garajes estaban cerrados ahora y que era demasiado tarde. Se quedó en el bar porque era allí donde habría encontrado a su padre a esa hora y, como acababa de bajar del altiplano, le echaba de menos. Fuera, el cielo era muy parecido al cielo que había dejado, azul intenso, y las nubes, cúmulos blancos, y acogió con placer la presencia de su padre en el bar hasta que echó una ojeada al espejo y vio que estaba solo. Se había propuesto hacer dos preguntas a su padre. Aunque era el hombre que llevaba la vida más desastrosa que él conociera jamás, siempre daba consejos maravillosos, destilados del amargo entresijo de errores previos con la refrescante adición de los nuevos errores que estaba a punto de cometer, y los daba con una exactitud y precisión rebosantes de la autoridad de un hombre que había oído los

más horribles pormenores de su sentencia sin darles más importancia que a la letra pequeña de un billete de transatlántico.

Lamentó que su padre no se hubiera quedado, pero oyó con claridad el consejo y sonrió. Su padre lo habría dado con más exactitud, pero él, David, había dejado de escribir porque estaba cansado y, cansado, no podía hacer justicia al estilo de su padre. Nadie podía, en realidad, a veces ni siquiera él mismo. Ahora sabía mejor que nunca por qué había pospuesto siempre la redacción de esta historia y también sabía que no debía pensar en ella ahora que la había interrumpido o mermaría su capacidad de escribirla.

No debes preocuparte por ella antes de empezar ni cuando la interrumpes, se dijo. Tienes la suerte de poseerla y ahora no debes hacer una chapuza con ella. Si no puedes respetar tu modo de ordenar tu vida, respeta al menos tu oficio, sobre el que sin duda entiendes. Era, sin embargo, una historia terrible. Por Dios que lo era.

Volvió a tomar un sorbo de whisky con Perrier y miró por la puerta el día de finales de verano. Se sentía refrescado, como siempre, y el asesino gigante mejoraba las cosas. Se preguntó dónde estarían las chicas. Otra vez llegaban tarde y esperó que en esta ocasión no fuera por nada malo. No era una persona trágica —su padre y el hecho de ser escritor se lo impedían—, y cuando terminó el whisky con Perrier se sintió menos trágico que nunca. Jamás había conocido una mañana en que no se despertara lleno de felicidad hasta que la enormidad del día le impresionaba y aceptaba la nueva jornada como había aceptado todas las demás. Había perdido la capacidad de sufrimiento personal, o así lo creía, y solo podía afectarle de verdad lo sucedido a otros. Estaba convencido de esto, erróneamente, claro, ya que entonces ignoraba cómo pueden cambiar las propias capacidades y las de los demás, y era una

convicción cómoda. Pensó en las dos chicas y deseó que aparecieran. Ya casi era demasiado tarde para nadar antes del almuerzo, pero necesitaba verlas. Pensó en las dos. Luego fue a la habitación que compartía con Catherine, se duchó y se afeitó.

Terminaba de afeitarse cuando oyó subir el coche y sintió aquella sensación de vacío en el estómago. Entonces oyó sus voces y sus risas; buscó otros pantalones cortos y una camisa, se los puso y salió a ver cómo irían hoy las cosas.

Los tres tomaron el aperitivo y bebieron Tavel con el almuerzo, bueno aunque ligero, y cuando comían queso y fruta dijo Catherine:

—¿Se lo cuento?

—Si quieres —respondió la chica, que levantó su copa de vino y bebió parte de ella.

—He olvidado cómo decirlo —dijo Catherine—. Hemos esperado demasiado.

—¿No puedes recordarlo? —inquirió la chica.

—No, lo he olvidado y era maravilloso. Lo habíamos meditado bien y era realmente maravilloso.

David se sirvió otra copa de Tavel.

—¿Por qué no lo intentas con un breve resumen? —preguntó.

—Conozco el resumen —replicó Catherine—. Es que ayer dormiste conmigo y después fuiste a la habitación de Marita, pero hoy puedes ir directamente. Sin embargo, ahora lo he estropeado y lo que deseo es que todos echemos la siesta juntos.

—La siesta, no —se oyó decir David.

—Supongo que no —dijo Catherine—. Bueno, lamento haberlo dicho mal, pero no podía por menos de decir lo que deseaba.

En la habitación, David dijo a Catherine:

—Al diablo con ella.

—No, David; estaba dispuesta a hacer lo que le he pedido. Quizá ella pueda explicártelo.

—Que se joda.

—Bueno, ya la has jodido. Pero no se trata de eso. Ve a hablar con ella, David. Y si quieres joderla, jódela bien por mí.

—No hables mal.

—Tú has usado la palabra, yo no he hecho más que devolverla, como en el tenis.

—Está bien —dijo David—. ¿Qué se supone que ha de decirme?

—Mi discurso —respondió Catherine—, el que se me ha olvidado. No pongas esa cara tan seria o no te dejaré ir. Eres terriblemente atractivo cuando estás serio. Será mejor que vayas antes de que se le olvide el discurso.

—Al diablo contigo también.

—Esto me gusta. Ahora reaccionas mejor. Me gustas cuando eres menos circunspecto. Dame un beso de despedida, quiero decir, de buenas tardes. Debes irte, de verdad, antes de que olvide el discurso. ¿No ves lo razonable y buena que soy?

—No eres razonable ni buena.

—Pero te gusto.

—Claro.

—¿Quieres que te diga un secreto?

—¿Uno nuevo?

—No, viejo.

—Adelante.

—No eres muy difícil de corromper y es una gran diversión corromperte.

—Tú debes saberlo.

—Era solo un secreto en broma. No hay ninguna corrupción. Solo nos divertimos. Ve y déjale pronunciar mi discurso antes

de que se le olvide a ella también. Vamos, sé un buen chico, David.

En la habitación del extremo del hotel, David yacía en la cama. Preguntó:

—¿De qué se trata, en realidad?

—Solo de lo que dijo anoche —contestó la chica—. Lo dice en serio. No sabes hasta qué punto.

—¿Le has dicho que hicimos el amor?

—No.

—Lo sabía.

—¿Importa?

—Al parecer, no.

—Toma una copa de vino, David, y ponte cómodo. No soy indiferente —añadió—, espero que lo sepas.

—Yo tampoco lo soy —dijo él.

Entonces sus labios se juntaron y él sintió el cuerpo de ella contra el suyo y sus pechos contra su pecho y sus labios muy apretados sobre los suyos y luego abiertos, mientras movía la cabeza de un lado a otro, y su respiración y el contacto de la hebilla de su cinturón contra su vientre y con sus manos.

Estaban acostados en la playa. David miraba el cielo y el movimiento de las nubes y no pensaba en nada. Pensar era inútil y al tenderse sobre la arena se le había ocurrido que si dejaba de pensar, todo lo malo se desvanecería. Las chicas hablaban, pero no las escuchaba. Yacía observando el cielo de septiembre y cuando las chicas guardaron silencio, empezó a pensar y, sin mirar a la chica, le preguntó:

—¿En qué piensas?

—En nada —contestó ella.

—Pregúntamelo a mí —dijo Catherine.

—Puedo adivinar en qué piensas.

—No, no puedes. Pensaba en el Prado.

—¿Has estado allí? —preguntó David a la chica.

—Todavía no —contestó ella.

—Iremos —decidió Catherine—. ¿Cuándo podemos ir, David?

—Cualquier día —respondió David—, pero antes quiero terminar esa historia.

—¿Trabajarás mucho en la historia?

—Es lo que hago. No puedo trabajar más.

—No es mi intención atosigarte.

—No te dejaré —dijo él—. Si te aburres aquí, podéis adelantaros las dos y yo me reuniré con vosotras.

—Eso no me apetece —respondió Marita.

—No seas tonta —le replicó Catherine—. Solo quiere hacerse el noble.

—No. Podéis ir.

—No sería divertido sin ti —dijo Catherine—, y lo sabes. Nosotras dos en España no nos divertiríamos.

—Está trabajando, Catherine —observó Marita.

—Podría trabajar en España —le dijo Catherine—. Muchos escritores españoles deben de haber trabajado en España. Apuesto algo a que yo podría escribir bien en España si fuera escritora.

—Puedo escribir en España —afirmó David—. ¿Cuándo quieres ir?

—Maldita seas, Catherine —exclamó Marita—. Está en medio de una historia.

—Hace más de seis semanas que la escribe —dijo Catherine —. ¿Por qué no podemos ir a Madrid?

—Ya he dicho que podemos ir —contestó David.

—No te atrevas a hacer esto —dijo la chica a Catherine—.

No te atrevas a intentarlo. ¿Es que no tienes ni un asomo de conciencia?

—Vaya una para hablar de conciencia —le dijo Catherine.

—Tengo conciencia para según qué cosas.

—Estupendo. Celebro saberlo. Ahora, ¿intentarás ser bien educada y no inmiscuirte cuando alguien trata de planear lo que es mejor para todos?

—Me voy a nadar —dijo David.

La chica se levantó y le siguió y cuando pedaleaban en el agua, frente a la cala, dijo:

—Está loca.

—Entonces, no la culpes.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—Terminar el relato y empezar otro.

—¿Y qué hacemos tú y yo?

—Lo que podamos.

Capítulo 18

Terminó la historia en cuatro días. Puso en ella toda la presión acumulada mientras la escribía y su parte modesta temía que no fuese tan buena como creía que era. La parte fría y dura sabía que era mejor.

—¿Cómo ha ido hoy? —preguntó la chica.

—La he terminado.

—¿Puedo leerla?

—Si quieres.

—¿De verdad no te importa?

—Está en esos dos cuadernos de encima de la maleta. —Le dio la llave y se sentó en el bar para beber un whisky con Perrier y leer el periódico de la mañana. Ella volvió, se sentó en un taburete, un poco alejada de él, y leyó la historia.

Cuando hubo terminado, empezó a releerla y él se mezcló otro whisky con soda y la contempló mientras leía. Cuando terminó de leer por segunda vez, le preguntó:

—¿Te gusta?

—No se trata de que guste o no guste —dijo ella—. Es tu padre, ¿no?

—Claro.

—¿Fue entonces cuando dejaste de quererle?

—No, siempre le quise. Entonces fue cuando le conocí.

—Es una historia terrible y maravillosa.

—Me alegro de que te guste —dijo él.

—Voy a ponerlos en su sitio. Me gusta entrar en la habitación cuando la puerta está cerrada con llave.

—Tenemos eso —dijo David.

Cuando volvieron de la playa encontraron a Catherine en el jardín.

—Ya habéis vuelto —dijo.

—Sí —contestó David—. Hemos nadado mucho. Lástima que no estuvieras.

—Pues no estaba —replicó ella—, si es que te interesa.

—¿Adónde has ido? —inquirió David.

—He estado en Cannes por asuntos personales —respondió—. Llegáis tarde los dos.

—Lo siento —dijo David—. ¿Quieres tomar algo antes de almorzar?

—Te ruego que me disculpes, Catherine —dijo Marita—. Vuelvo enseguida.

—¿Todavía bebes antes del almuerzo? —preguntó Catherine a David.

—Sí —respondió él—. No creo que importe cuando se hace mucho ejercicio.

—Había un vaso de whisky vacío en la barra cuando he llegado.

—Sí. De hecho, he tomado dos whiskies.

—De hecho —se burló ella—. Estás muy británico hoy.

—¿De veras? No me sentía muy británico, sino más bien un tahitiano incompleto.

—Es tu modo de hablar lo que me irrita —dijo ella—, tu elección de las palabras.

—Comprendo. ¿Quieres un trago antes de que traigan la papilla?

—No es necesario que te hagas el payaso.

—Los mejores payasos no hablan —dijo él.

—Nadie te ha acusado de ser el mejor payaso. Sí, me gustaría beber si no te cuesta mucho trabajo prepararme algo.

David mezcló tres martinis, midiendo cada uno por separado y vertiéndolos luego en la jarra, que contenía un gran trozo de

hielo, y por último, removiéndolos.

—¿Para quién es el tercero?

—Para Marita.

—¿Tu querida?

—¿Mi qué?

—Tu querida.

—Lo has dicho de verdad —exclamó él—. Nunca había oído pronunciar esa palabra y no tenía la menor esperanza de oírla en esta vida. Eres realmente maravillosa.

—Se trata de una palabra muy corriente.

—Sí, es cierto —dijo David—, pero se necesita un valor puro y simple para usarla en una conversación. Demonio, sé buena ahora. ¿No podrías decir «tu querida morena»?

Catherine desvió la mirada mientras levantaba la copa.

—Y solía encontrar divertido este tipo de diálogo —dijo.

—¿Quieres tratar de ser decente? —preguntó David—. ¿De ser ambos decentes?

—No —dijo ella—. Ahí viene tu lo que sea con su aspecto dulce e inocente de siempre. Desde luego me alegro de haberla poseído antes que tú. *Querida* Marita, dime, ¿ha trabajado hoy David antes de empezar a beber?

—¿Lo has hecho, David? —inquirió Marita.

—He terminado una historia —respondió David.

—Y supongo que Marita ya la ha leído, ¿verdad?

—Sí, la he leído.

—¿Sabes? Nunca he leído una historia de David. Nunca me inmiscuyo. Solo he intentado hacer económicamente posible que realice el mejor trabajo de que es capaz.

David bebió un sorbo y la miró. Era la misma chica maravillosamente bella y bronceada de siempre y el pelo marfileño era como una cicatriz sobre su frente. Solo los ojos habían cambiado y los labios, que decían cosas que antes eran incapaces de decir.

—Creo que es una historia muy buena —opinó Marita—. Extraña y, ¿cómo decirlo?, *pastorale*. Luego se vuelve terrible de un modo que no sé explicar. Me ha parecido *magnifique*.

—Bueno… —dijo Catherine—; todos sabemos francés. Podrías haber expresado en francés todo tu arrebato emocional.

—La historia me ha conmovido profundamente —añadió Marita.

—¿Porque la ha escrito David o porque es realmente buena?

—Por ambas cosas —contestó la chica.

—Bien —dijo Catherine—, ¿hay entonces alguna razón para que yo no pueda leer tan extraordinario relato? He puesto el dinero para su creación.

—¿Que has hecho qué? —preguntó David.

—Quizá no exactamente. Tenías mil quinientos dólares cuando te casaste conmigo y ese libro sobre todos esos aviadores chalados se ha vendido, ¿verdad? Nunca me dices por qué suma. Pero es cierto que yo puse una cantidad sustanciosa y debes admitir que has vivido con más comodidad que antes de casarte conmigo.

La chica no dijo nada y David miró al camarero poner la mesa en la terraza. Consultó el reloj: faltaban unos veinte minutos para la hora en que solían almorzar.

—Me gustaría entrar a lavarme, si puedo —dijo.

—Deja esa maldita falsa modestia —replicó Catherine—. ¿Por qué no puedo leer la historia?

—Está escrita a lápiz. Ni siquiera la he corregido. No te gustaría leerla de ese modo.

—Marita la ha leído tal como está.

—Léela después de almorzar, entonces.

—Quiero leerla ahora, David.

—Yo no te aconsejaría que la leyeras antes del almuerzo.

—¿Es repugnante?

—Se trata de una historia sobre el África anterior a la guerra

de 1914. En la época de la guerra Maji-Maji, la rebelión nativa de 1905 en Tanganica.

—No sabía que escribieras novelas históricas.

—Preferiría que no hablases de ello —dijo David—. Es una historia ocurrida en África cuando yo tenía unos ocho años.

—Quiero leerla.

David se había ido a un extremo del bar y echaba dados sobre la mesa después de agitar el cubilete. La chica estaba sentada en un taburete, al lado de Catherine, y David la miraba mientras ella observaba a Catherine, que leía.

—Empieza muy bien —encomió Catherine—, aunque tu caligrafía es atroz. El campo es soberbio. Ese pasaje, la parte que Marita ha calificado impropiamente de *pastorale*.

Dejó a un lado el primer cuaderno y la chica lo cogió y se lo puso en la falda, con los ojos todavía fijos en Catherine.

Ahora Catherine leía en silencio. Ya estaba por la mitad de la segunda parte. De pronto, partió el cuaderno en dos y lo tiró al suelo.

—Es horrible —exclamó—, bestial. De modo que tu padre era así.

—No —dijo David—, pero esta era una de sus facetas. No la has terminado.

—Nada me induciría a terminarla.

—Yo no quería que la leyeras.

—No. Ambos habéis conspirado para obligarme a leerla.

—¿Me das la llave, David, para que pueda guardarlos? —inquirió la chica, que había recogido del suelo las dos mitades del cuaderno. Las páginas no estaban rotas, solo sueltas. David le dio la llave.

—Resulta aún más horrible escrita en ese cuaderno infantil —dijo Catherine—. Eres un monstruo.

—Fue una rebelión muy extraña —observó David.

—Eres una persona muy extraña por escribirla.

—Te he pedido que no la leyeras.

Ahora Catherine lloraba.

—Te odio —dijo.

Estaban en la cama en su habitación y era tarde.

—Ella se irá y tú harás que me encierren o me recluyan —dijo Catherine.

—No. Eso no es cierto.

—Sin embargo, has sugerido que vayamos a Suiza.

—Si estás preocupada, podríamos ver a un buen médico. Del mismo modo que iríamos al dentista.

—No. Me encerrarían, lo sé. Todo lo que es inocente para nosotros es locura para ellos. Ya conozco esos lugares.

—Es un viaje fácil y bonito. Iríamos a Aix y Saint Remy y seguiríamos el Ródano de Lyon a Ginebra. Le visitaríamos, nos daría un buen consejo y encima nos divertiríamos.

—No iré.

—Un médico muy bueno e inteligente que...

—No iré. ¿No me has oído? No iré. No iré. ¿Quieres que grite?

—Está bien. No pienses en ello ahora. Solo trata de dormir.

—Si no tengo que ir.

—No tenemos que ir.

—Entonces dormiré. ¿Trabajarás por la mañana?

—Sí. Más vale que trabaje.

—Trabajarás bien, lo sé. Buenas noches, David. Que duermas bien.

Tardó mucho en dormirse y cuando lo consiguió, soñó con África. Fueron sueños buenos hasta que tuvo el que le despertó. Entonces se levantó y pasó directamente de la pesadilla al

trabajo. Ya tenía bastante adelantado el nuevo relato cuando el sol salió sobre el mar y no levantó la mirada para ver lo rojo que era. En el relato estaba esperando que saliera la luna y sintió que el pelaje de su perro se erizaba bajo su mano y le acarició para calmarle y aguzó el oído mientras la luna salía, prestándoles sombras. Ahora tenía el brazo en torno al cuello del perro y le sentía temblar. Todos los sonidos nocturnos habían enmudecido. No oyeron al elefante y David no lo vio hasta que el perro volvió la cabeza y pareció agazaparse junto a él. Entonces la sombra del elefante los cubrió cuando pasó de largo sin hacer ningún ruido y le olieron en la brisa ligera que descendía de la montaña. Despedía un olor fuerte, pero viejo y agrio y cuando hubo pasado vio David que el colmillo izquierdo era tan largo que parecía llegar al suelo. Esperaron, pero no pasaron más elefantes y entonces David y el perro echaron a correr a la luz de la luna. El perro le seguía muy de cerca y cuando David se detuvo, el perro apretó el hocico contra la pared posterior de su rodilla. David tenía que ver de nuevo al elefante y lo sorprendieron en el lindero del bosque. Se dirigía hacia la montaña, ahora despacio, en contra de la regular brisa nocturna. David se acercó lo suficiente para verle tapar media luna y para oler a agrio y decrépito, pero no pudo ver el colmillo derecho. Temía aproximarse más con el perro, así que retrocedió con él a favor del viento y le hizo sentar bajo un árbol y trató de hacerle comprender. Pensó que el perro se quedaría y así fue, pero cuando David volvió a caminar hacia el bulto del elefante, sintió de nuevo el hocico húmedo pegado al hueco de su rodilla.

Los dos siguieron al elefante hasta que llegó a un claro entre los árboles. Allí se detuvo, moviendo las enormes orejas. Estaba en la sombra, pero tenía la luna sobre la cabeza. David alargó la mano hacia atrás y cerró con suavidad las mandíbulas del perro y entonces se movió hacia la derecha, por el borde de la

brisa nocturna, sintiéndola en la mejilla, bordeándola, sin permitir nunca que soplara entre él y el elefante, hasta que pudo ver moverse con lentitud la cabeza y las grandes orejas del animal. El colmillo derecho era tan grueso como su propio muslo y su curva caía casi hasta el suelo.

Él y el perro retrocedieron con el viento en la nuca y caminaron hacia atrás hasta que salieron del bosque y llegaron a campo abierto, arbolado como un parque. Ahora el perro le precedía y se detuvo donde David había dejado las dos lanzas de caza, junto al camino, cuando comenzaron a seguir al elefante. Se las echó al hombro por la correa y el arnés de fundas de cuero y, con la mejor lanza, que en todo el tiempo no había soltado de la mano, se dirigieron a la plantación por la trocha. Ahora la luna estaba alta y se preguntó por qué no sonaban tambores en la plantación. Pasaba algo extraño si su padre estaba allí y no se oían tambores.

Capítulo 19

Estaban acostados sobre la arena firme de la menor de las tres calas, la que siempre elegían cuando se encontraban solos, y la chica dijo:

—No quiere ir a Suiza.

—Y tampoco debería ir a Madrid. España es un mal lugar para perder la razón.

—Me siento como si hubiéramos estado casados todas nuestras vidas y no hubiéramos tenido más que problemas. —Se apartó el pelo de la frente y le besó—. ¿Quieres nadar ahora?

—Sí. Zambullámonos desde la roca alta. La más alta de todas.

—Muy bien —aprobó ella—. Yo nadaré y tú te zambulles sobre mi cabeza.

—De acuerdo, pero no te muevas cuando me lance.

—A ver lo cerca que puedes zambullirte.

Levantó la cabeza para verle preparado sobre la alta roca, como un arco marrón contra el cielo azul. Entonces se lanzó hacia ella y el agua formó un surtidor detrás de su hombro. Él dio media vuelta bajo el agua, emergió delante de ella y sacudió la cabeza.

—Me he acercado demasiado —dijo.

Nadaron hasta la punta, volvieron, se secaron el uno al otro y se vistieron en la playa.

—¿De verdad te ha gustado que me zambullera tan cerca?

—Me ha encantado.

La besó y ella se sintió fresca y limpia después del baño y

todavía con sabor a mar.

Catherine entró cuando aún estaban en el bar. Se encontraba cansada, y se mostraba cortés y silenciosa.

En la mesa, explicó:

—He ido a Niza y luego he recorrido la pequeña Corniche y parado en Villefranche, desde donde he contemplado la entrada de un crucero y entonces se me ha hecho tarde.

—No has llegado muy tarde —observó Marita.

—Pero ha sido muy extraño —continuó Catherine—; todos los colores eran demasiado brillantes, incluso los grises. Los olivos centelleaban.

—Era la luz del mediodía —sugirió David.

—No, no lo creo. No era muy agradable, pero el buque se veía muy bonito cuando me paré a mirarlo. No parecía tan grande como indicaba su nombre.

—Come un poco de carne, por favor —instó David—. Apenas has comido.

—Lo siento —dijo ella—. Es buena y me gusta el *tournedo*.

—¿Preferirías otra cosa en lugar de la carne?

—No. Comeré ensalada. ¿Crees que podríamos beber una botella de Perrier-Jouët?

—Por supuesto.

—Siempre ha sido un buen champán —dijo ella—, y éramos tan felices cuando lo bebíamos.

Más tarde, en su habitación, Catherine dijo:

—No te preocupes, David. Es solo que hemos acelerado mucho últimamente.

—¿Cómo? —preguntó él, acariciándole la frente.

—No lo sé. Esta mañana me he sentido vieja de pronto y ni siquiera es la estación apropiada para ello. Entonces los colores han empezado a adulterarse. Me he preocupado y he pensado

que debía cuidar de ti.

—Cuidas de maravilla a todo el mundo.

—Lo haré, pero estaba muy cansada y no había tiempo y sería tan humillante que el dinero se acabase y tuvieras que pedirlo prestado porque yo no hubiese arreglado nada ni firmado nada y todo por pura desidia mía. Después me he preocupado por tu perro.

—¿Mi perro?

—Sí, el perro de tu historia de África. Fui a la habitación para ver si necesitabas algo y leí la historia mientras tú y Marita hablabais en la otra habitación. No escuchaba. Te habías dejado las llaves en los pantalones que te acababas de quitar.

—He llegado solo a la mitad —dijo él.

—Es maravillosa, pero me asusta. El elefante era tan extraño y también tu padre. Nunca me ha gustado tu padre y, en cambio, el perro me gusta más que nadie, aparte de ti, David, y estoy muy preocupada por él.

—Era un perro maravilloso. No tienes que preocuparte por él.

—¿Puedo leer lo que le ha ocurrido hoy en la historia?

—Claro, si quieres. Pero ahora está en la *shamba*[*] y no necesitas inquietarte por él.

—Si está bien, no la leeré hasta que vuelvas a mencionarlo. Kibo. Tenía un nombre precioso.

—Es el nombre de una montaña. La otra parte es Mawenzi.

—Tú y Kibo. Te amo tanto… Os parecíais mucho.

—Ya te sientes mejor, demonio.

—Es probable —dijo Catherine—, y así lo espero. No durará, sin embargo. Mientras conducía esta mañana era muy feliz y de repente me he sentido vieja, tan vieja que ya no me importaba nada.

—No eres vieja.

—Sí que lo soy. Soy más vieja que los vestidos antiguos de mi madre y no sobreviviré a tu perro. Ni siquiera en una historia.

Capítulo 20

David había terminado de escribir y se sentía hueco y vacío por haber seguido trabajando mucho más allá del punto en que debiera haberse detenido. No creía que importase aquel día porque se trataba de la parte de agotamiento de la historia, por lo que había sentido el cansancio en cuanto volvieron a caminar por el sendero. Durante mucho rato se había sentido más fresco y en mejor forma que los dos hombres e impaciente por su lento avance y las paradas regulares impuestas a rajatabla cada hora por su padre. Él podría haber avanzado mucho más deprisa que Juma y su padre, pero cuando empezó a cansarse, ellos continuaron a su paso de siempre y a mediodía se concedieron solo el habitual descanso de cinco minutos y entonces advirtió que Juma aceleraba un poco el ritmo. O tal vez no, tal vez solo le pareció más rápido, pero los excrementos eran más frescos ahora, aunque no calientes al tacto todavía. Juma le dejó llevar el rifle cuando pasaron de largo la última pila de excrementos, pero al cabo de una hora le miró y se lo quitó. Habían ascendido sin detenerse por la pendiente de la montaña, pero ahora el sendero bajaba y a través de un claro del bosque vio el accidentado terreno que tenían delante.

—Aquí es donde empieza la parte difícil, Davey —dijo su padre.

Fue entonces cuando comprendió que debían haberle enviado de nuevo a la *shamba* en cuanto les hubo puesto sobre el rastro. Juma lo sabía hacía mucho rato y su padre se dio cuenta ahora, cuando ya no se podía hacer nada. Fue otro de sus errores y ahora no había más remedio que afrontar los

hechos. David contempló el gran círculo plano que era la huella del elefante y vio el lugar donde el helecho había sido pisado y donde el tallo roto de una planta en flor se secaba ya por la punta. Juma lo cogió y miró hacia el sol. Alargó el tallo roto al padre de David y este lo hizo girar entre sus dedos. David se fijó en las flores blancas, marchitas y moribundas, aunque todavía no se habían secado al sol ni perdido los pétalos.

—Debe de ser una hembra —dijo su padre—. En marcha.

Al atardecer seguían caminando a través del accidentado terreno. Hacía mucho rato que David tenía sueño y, mientras observaba a los dos hombres, pensaba que la somnolencia era su verdadero enemigo y siguió sus pasos, tratando de eludir el sueño que le aletargaba. Los dos hombres se relevaban cada hora en su vigilancia y el que avanzaba en segundo lugar se volvía a mirarle a intervalos regulares para comprobar que estaba con ellos. Cuando acamparon otra vez en el bosque al oscurecer, se durmió en cuanto se hubo sentado y despertó al notar que Juma le quitaba los mocasines y buscaba ampollas en sus pies. Su padre le había tapado con su abrigo y se hallaba a su lado con un pedazo de carne cocida y dos galletas. También le ofreció una cantimplora con té frío.

—Él también tendrá que comer, Davey —dijo su padre—. Tus pies están en buena forma; son tan fuertes como los de Juma. Come esto despacio, bebe un poco de té y duérmete otra vez. No hay ningún problema.

—Siento haber tenido tanto sueño.

—Tú y Kibo cazasteis y anduvisteis toda la noche pasada. ¿Por qué no habrías de tener sueño? Puedes comer más carne, si quieres.

—No tengo apetito.

—Bien. Seguiremos durante tres días. Mañana volveremos a encontrar agua; bajan muchos arroyos de la montaña.

—¿Adónde se dirige?

—Juma cree saberlo.

—¿Es mal camino?

—No demasiado malo, Davey.

—Dormiré un poco más —dijo David—. No necesito tu abrigo.

—Juma y yo tampoco —contestó su padre—. Siempre duermo bien abrigado, ¿sabes?

David se durmió antes de que su padre le dijera buenas noches. Después se despertó una vez con la luz de la luna en la cara y evocó al elefante moviendo sus grandes orejas en medio de la selva y con la cabeza baja por el peso de los colmillos. Entonces, en la noche, pensó que la sensación de vacío con que lo recordaba se debía a que estaba hambriento. Sin embargo, no era ese el motivo, como descubrió durante los tres días siguientes.

En la historia había intentado dar vida al elefante tal como él y Kibo lo vieran en la noche de luna. Quizá pueda, pensó David, quizá pueda. Pero cuando encerró con llave el trabajo de la jornada y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, se dijo: No, no puedes hacerlo. El elefante era viejo y si no hubiera sido tu padre, habría sido cualquier otro cazador. No puedes hacer nada excepto tratar de escribirlo tal como ocurrió, de modo que debes escribir cada día mejor y aprovechar la pena que ahora sientes para saber cómo se produjo la pena de entonces. Y debes recordar siempre las cosas que sentías porque así estarán en el relato y no las traicionarás. Escribir es el único progreso que haces.

Fue detrás de la barra y encontró la botella de Haig y media botella de Perrier fría, se mezcló un trago y lo llevó consigo a la gran cocina para hablar con madame. Le dijo que se iba a Cannes y no volvería para el almuerzo. Ella le reprendió por beber whisky con el estómago vacío y David le preguntó qué tenía en frío para poder tomar con el whisky. Madame le sacó

un pollo asado, lo cortó en tiras y lo puso en un plato y a continuación le preparó una ensalada de endibias. David fue al bar, se sirvió más whisky y volvió para sentarse a la mesa de la cocina.

—No beba eso antes de comer, monsieur —aconsejó madame.

—Es bueno para mí —contestó él—. Durante la guerra lo bebíamos con el rancho como si fuera vino.

—Es un milagro que no estuvieran todos borrachos.

—Como los franceses —dijo él y hablaron sobre los hábitos de la clase trabajadora francesa en relación con la bebida, tema en el que estaban de acuerdo, y ella bromeó diciéndole que sus mujeres le habían abandonado.

David respondió que se había cansado de ambas y preguntó si ella estaría dispuesta a ocupar ahora su lugar. No, contestó ella, monsieur tendría que dar más pruebas de que era un hombre antes de conquistar a una mujer del Midi. Él dijo que se iba a Cannes a disfrutar de un verdadero almuerzo y que volvería como un león para ponerse en manos de las mujeres del sur. Se besaron afectuosamente, el beso del cliente preferido y la *brave femme*, y entonces David fue a ducharse, afeitarse y cambiarse de ropa.

La ducha le entonó y la conversación con madame le puso contento. Me pregunto qué diría si supiera de qué se trata, pensó. Las cosas habían cambiado desde la guerra y tanto monsieur como madame lo percibían y deseaban seguir la corriente del cambio. Nosotros tres somos buenos clientes, *de gens très bien*. Mientras paguemos y no seamos violentos, no hay nada malo en ello. Los rusos se han ido, los británicos empiezan a ser pobres, los alemanes están arruinados y ahora impera este desprecio por las reglas establecidas que bien puede significar la salvación de toda la costa. Nosotros somos pioneros en inaugurar la temporada veraniega, que todavía se

considera una locura. Se miró en el espejo la cara a medio afeitar. Aun así, se dijo, no es preciso ser pionero en esto de afeitarse solo un lado. Y entonces se fijó con crítica aversión en la blancura casi plateada de sus cabellos.

Oyó subir el Bugatti por la larga cuesta, girar en la grava y detenerse.

Catherine entró en la habitación. Llevaba un pañuelo en la cabeza y gafas de sol que se quitó para besar a David. Este la apretó contra sí y preguntó:

—¿Cómo estás?

—No muy bien —respondió ella—. Hacía demasiado calor. —Le sonrió y apoyó la cabeza sobre su hombro—. Estoy contenta de estar en casa.

Él salió, preparó un Tom Collins y se lo llevó a Catherine, que acababa de tomar una ducha fría. Cogió el vaso alto y frío, bebió un sorbo y lo sostuvo contra la piel oscura y suave de su vientre. Rozó con el vaso los pezones de ambos pechos, que se pusieron tiesos y rígidos, y luego bebió un gran sorbo y volvió a apoyar el vaso frío contra su vientre.

—Es maravilloso —murmuró.

Él la besó y ella dijo:

—Oh, esto me gusta. Lo había olvidado. No veo ninguna razón válida para que renuncie a ello. ¿Y tú?

—No.

—Pues no renunciaré. No voy a entregarte a otra prematuramente. Ha sido una idea absurda.

—Vístete y salgamos —dijo David.

—No. Quiero divertirme contigo como en los viejos tiempos.

—¿Cómo?

—Ya lo sabes. Haciéndote feliz.

—¿Feliz cómo?

—Así.

—Ten cuidado —advirtió él.

—Te lo ruego.

—Muy bien, si quieres.

—¿Igual que aquella primera vez que ocurrió en Grau du Roi?

—Si quieres...

—Gracias por concederme esta ocasión porque...

—No hables.

—Es igual que en Grau du Roi, pero más bonito porque es de día y nos queremos más porque yo me había ido. Te lo ruego, seamos lentos, lentos, lentos...

—Sí, lentos.

—¿Ya estás...?

—Sí.

—¿Estás, de verdad?

—Sí, si tú quieres.

—Oh, claro que lo quiero y ya estás y yo lo noto. Te lo ruego, sé lento y déjame retenerla.

—Ya la tienes.

—Sí, la tengo. Oh, sí, la tengo. Sí, sí... Por favor, córrete ahora conmigo. Por favor, ¿puedes ahora...?

Siguieron acostados sobre las sábanas, Catherine con su pierna morena sobre la de él, tocándole levemente el empeine con los dedos; entonces se irguió sobre los codos, acercó su boca a la suya y preguntó:

—¿Estás contento de tenerme otra vez?

—Sí —dijo él—. Has vuelto.

—Nunca creíste que volvería. Ayer todo había acabado y hoy vuelvo a estar aquí. ¿Eres feliz?

—Sí.

—¿Recuerdas cuando solo quería broncearme? Ahora soy la chica blanca más morena del mundo.

—Y la más rubia. Pareces de marfil, siempre me das esta impresión. Y también eres suave como el marfil.

—Soy muy feliz y quiero divertirme contigo como hacía antes. Pero lo mío es mío; no voy a entregarte a ella como he hecho estos días, sin guardarme nada para mí. Eso se acabó.

—No está demasiado claro —dijo David—, pero vuelves a encontrarte bien del todo, ¿verdad?

—Sí, del todo —contestó Catherine—. No me siento deprimida ni morbosa ni plañidera.

—Estás contenta y muy hermosa.

—Todo ha cambiado y es maravilloso. Vamos a turnarnos —declaró Catherine—. Serás mío hoy y mañana. Y serás de Marita los dos días siguientes. Dios mío, estoy hambrienta. Es la primera vez que estoy hambrienta desde hace una semana.

Cuando David y Catherine volvieron de la playa al caer la tarde, fueron a Cannes a comprar los periódicos de París y luego se sentaron en el café y leyeron y hablaron antes de volver al hotel. Después de cambiarse, David encontró a Marita en el bar, leyendo. Era un libro que David reconoció como suyo, el que ella aún no había leído.

—¿Ha ido bien el baño?

—Sí. Hemos nadado mucho rato.

—¿Os habéis zambullido desde las rocas altas?

—No.

—Me alegro —dijo ella—. ¿Cómo está Catherine?

—Más contenta.

—Sí. Es muy inteligente.

—¿Cómo estás tú? ¿Bien?

—Muy bien. Leo este libro.

—¿Cómo es?

—No puedo decírtelo hasta pasado mañana. Lo leo muy despacio para hacerlo durar.

—¿Qué significa eso? ¿El pacto?

—Supongo que sí, pero no te preocupes mucho por el libro ni por lo que siento por ti. No ha cambiado.

—Está bien —dijo David—, pero te he echado mucho de menos esta mañana.

—Pasado mañana —respondió ella—. No te preocupes.

Capítulo 21

El día siguiente fue muy malo en el relato porque mucho antes de mediodía comprendió que no era solo la necesidad de sueño lo que distinguía a un muchacho de los hombres. Durante las tres primeras horas estuvo más fresco que ellos y pidió a Juma que le dejase llevar el rifle del 303, pero Juma negó con la cabeza, sin sonreír, aunque siempre había sido el mejor amigo de David y le había enseñado a cazar. Ayer me lo ofreció, pensó David, y hoy estoy en mucho mejor forma. En efecto, lo estaba, pero a las diez se dio cuenta de que la jornada sería tan mala o peor que la víspera. Era tan tonto creer que podía seguir con su padre el rastro de un animal como considerarse capaz de luchar con él. También sabía que no era solo porque fuesen hombres, sino porque eran cazadores profesionales y comprendió que por eso Juma no había sonreído siquiera. Sabían todo lo que había hecho el elefante, se comunicaban con signos sin hablar y, cuando el rastro se ponía difícil, su padre siempre dejaba la iniciativa a Juma. Cuando se detuvieron para llenar las cantimploras en un arroyo, su padre dijo:

—Aguanta hasta la noche, Davey.

Más tarde, cuando por fin abandonaron el terreno accidentado y volvieron a trepar hacia la selva, las huellas del animal se desviaron hacia la derecha para seguir un antiguo camino de elefantes. Vio hablar a su padre con Juma y cuando los alcanzó, Juma miraba atrás, hacia el terreno por el que habían venido, y después hacia una remota y pedregosa isla de colinas de la región seca, como si quisiera determinar su

posición en relación con los picos de tres distantes colinas azules en el horizonte.

—Ahora Juma ya sabe adónde se dirige —explicó su padre—. Lo sospechaba antes, pero el animal cruzó por este trecho accidentado. —Miró hacia atrás, al terreno que habían recorrido durante el día—. La dirección que ha tomado ahora no presenta dificultades, pero tendremos que subir.

Subieron hasta que oscureció y entonces acamparon. David había matado dos francolines con su honda al paso de una pequeña bandada que cruzó la trocha justo antes del ocaso. Las aves habían ido al viejo camino de los elefantes para asearse en el polvo y caminaban a pesados saltitos, y cuando el guijarro rompió la espina dorsal de una y el ave empezó a dar sacudidas, con las alas frenéticas, otra se acercó a picarla y David envió una piedra contra sus costillas. Cuando corrió a ponerles la mano encima, la bandada se dispersó. Juma le había visto y sonreído esta vez y David recogió las dos aves, cálidas, rechonchas y de suave plumaje, y golpeó sus cabezas contra el mango de su cuchillo de caza.

Ahora, acampados ya para la noche, su padre dijo:

—Nunca había visto una especie tan alta de francolín. Has hecho muy bien en conseguir dos.

Juma asó las aves ensartadas en un palo sobre una pequeña hoguera. Su padre bebió whisky con agua del tapón de su petaca mientras observaba a Juma cuidando del asado. Más tarde, Juma dio a cada uno de ellos una pechuga con un corazón y él se comió los dos cuellos, el espinazo y los muslos.

—Has sido muy oportuno, Davey —dijo su padre—. Ahora tenemos buenas raciones.

—¿Qué ventaja nos lleva? —preguntó David.

—En realidad, ya estamos muy cerca —contestó su padre—. Todo depende de si sigue viajando cuando salga la luna. Esta noche es una hora más tarde y dos horas más tarde que cuando

tú lo encontraste.

—¿Por qué cree saber Juma adónde se dirige?

—Lo hirió y mató a su *askari* no lejos de aquí.

—¿Cuándo?

—Dice que hace cinco años. Esto puede significar cualquier cosa. Cuando tú aún eras un *toto*, según él.

—¿Ha estado solo desde entonces?

—Dice que sí. No lo ha visto, solo ha oído hablar de él.

—¿Qué tamaño dice que tiene?

—Unos dos metros. Mayor que cualquiera de los que he visto. Dice que solo ha habido un elefante de mayor tamaño y también era de esta región.

—Será mejor que duerma —dijo David—. Espero estar mejor mañana.

—Hoy has estado magnífico —respondió su padre—. Me siento orgulloso de ti, y Juma también.

Por la noche se despertó después de salir la luna y tuvo la seguridad de que no estaban orgullosos de él, excepto tal vez por su destreza al matar las dos aves. Había encontrado al elefante por la noche, siguiéndole después para ver si tenía los dos colmillos y volviendo para poner a los dos hombres sobre su rastro. David sabía que estaban orgullosos de eso. Pero en cuanto iniciaron la implacable persecución, él era inútil para ellos y un peligro para el éxito de su empresa, como lo fuera Kibo cuando él se acercó demasiado al elefante por la noche, y sabía que ambos debían odiarse a sí mismos por no haberle enviado a casa cuando aún estaban a tiempo. Los colmillos del elefante pesaban más de cien kilos cada uno. Desde que estos colmillos habían alcanzado su tamaño normal, el elefante había sido perseguido por su causa, y ahora lo matarían entre los tres. David estaba seguro de que ahora lo matarían porque él, David, había aguantado hasta la noche, después de superar el agotamiento del mediodía. Así que era probable que estuvieran

orgullosos de él por eso. Sin embargo, no había aportado nada útil a la caza y todo les hubiera ido mucho mejor sin él. Durante el día había deseado muchas veces no haber traicionado al elefante y por la tarde recordó que había deseado no haberlo visto nunca. Despierto a la luz de la luna, comprendió que esto no era cierto.

Escribiendo durante toda la mañana, intentó recordar fielmente lo que había sentido y todo cuanto había ocurrido aquel día. Lo más difícil era describir sus sentimientos sin permitir que experiencias posteriores los desvirtuasen. Los detalles del paisaje eran nítidos y claros como la mañana, así como la acumulación y prolongación del agotamiento, que había descrito muy bien. Pero sus sentimientos sobre el elefante habían sido la parte más difícil y sabía que ahora debía apartarse del tema y volver a él más tarde para estar seguro de cómo habían sido aquel mismo día, no después. Sabía que los sentimientos habían empezado a formarse, pero estaba demasiado extenuado para recordarlos con exactitud.

Todavía inmerso en este problema y viviendo en la historia, cerró con llave la maleta y salió al sendero de piedra que conducía a la terraza donde Marita estaba sentada a la sombra de los pinos, de cara al mar. Leía, y como él iba descalzo, no le oyó. David la miró y estuvo contento de verla. Entonces recordó la ridícula situación y volvió al hotel y a la habitación de Catherine y suya. Ella no estaba y, sintiendo todavía a África completamente real y a todo cuanto le rodeaba aquí irreal y falso, salió a la terraza para hablar con Marita.

—Buenos días —saludó—. ¿Has visto a Catherine?

—Se ha ido a alguna parte —contestó la chica—. Me ha encargado que te dijera que volverá.

De repente, la irrealidad desapareció.

—¿No sabes adónde ha ido?

—No —respondió la chica—. Iba en la bicicleta.

—Dios mío —dijo David—. No ha montado en bicicleta desde que compramos el Bug.

—Es lo que ella ha dicho. Quiere aficionarse otra vez. ¿Has tenido una buena mañana?

—Lo ignoro. Mañana lo sabré.

—¿Quieres desayunar?

—No lo sé. Es tarde.

—Me gustaría que comieras algo.

—Entraré a lavarme —dijo él.

Se duchó y se estaba afeitando cuando llegó Catherine. Llevaba una vieja camisa de Grau du Roi y pantalones de hilo cortados bajo las rodillas y estaba acalorada y sudorosa.

—Es magnífico —exclamó—, pero había olvidado el tirón de los muslos en las subidas.

—¿Has ido muy lejos, demonio?

—Seis kilómetros —contestó ella—. No es nada, pero había olvidado las *côtes*.

—Ahora hace demasiado calor para montar en bicicleta, excepto a primera hora de la mañana —dijo David—. No obstante, me alegro de que vuelvas a aficionarte.

Catherine estaba bajo la ducha. Cuando salió, manifestó:

—Mira lo morenos que se nos ve juntos. Estamos justo como habíamos planeado.

—Tú estás más morena.

—No mucho. Tu bronceado es también muy oscuro. Míranos juntos.

Se miraron mutuamente, de lado ante el alto espejo de la puerta.

—Te gustamos, ya lo veo. A mí también —dijo ella—. Tócame aquí y compruébalo.

Se puso muy tiesa y él le colocó la mano sobre los pechos.

—Me pondré una camiseta ceñida para que puedas ver qué pienso de las cosas. ¿No es gracioso que nuestro pelo no tenga

ningún color cuando está mojado? Es pálido como las algas marinas.

Cogió un peine y se peinó el pelo hacia atrás, dando así la impresión de que acababa de salir del mar.

—Voy a llevar el mío peinado de este modo —dijo—. Como en Grau du Roi y aquí en la primavera.

—Me gusta sobre la frente.

—Ya me he cansado, aunque puedo peinarlo así, si te gusta. ¿Qué te parece si fuéramos al pueblo y desayunáramos en el café?

—¿Aún no has desayunado?

—Quería esperarte.

—Está bien —dijo él—. Vamos a desayunar. Yo también tengo hambre.

Desayunaron muy a gusto café con leche, *brioche*, mermelada de fresa y *oeufs au plat avec jambon* y cuando terminaron preguntó Catherine:

—¿Vendrías conmigo a la peluquería de Jean? Ya me toca lavarme la cabeza y tengo que cortármelo.

—Te esperaré aquí.

—Acompáñame, por favor. Viniste una vez y no te hizo ningún daño.

—No, demonio. Lo hice una vez, pero ya basta. Como tatuarse o algo así. No me pidas que vaya.

—No significa nada excepto para mí. Quiero que vayamos los dos iguales.

—No podemos ser iguales.

—Sí, podríamos, si tú quisieras.

—En realidad, no quiero.

—¿Tampoco si te digo que es mi único deseo?

—¿Por qué no puedes desear algo que tenga sentido?

—Claro que puedo, pero quiero que vayamos iguales y casi lo hemos logrado y no ha sido ninguna molestia. El mar ha

hecho todo el trabajo.

—Entonces, deja que lo haga el mar.

—Lo quiero hoy mismo.

—Entonces serás feliz, supongo.

—Ya lo soy ahora porque vas a complacerme, pero así continuaré siéndolo. Te encanta mi aspecto, ya sabes que sí. Piensa en ello de esta manera.

—Es una tontería.

—No, no lo es. No, tratándose de ti y de que lo haces para complacerme.

—¿Te lo tomarás muy mal si no lo hago?

—Sí, mucho.

—Está bien —dijo él—. ¿De verdad significa tanto para ti?

—Sí —contestó ella—. Oh, gracias. Esta vez no tardaremos mucho. He dicho a Jean que iremos y no cerrará hasta que estemos listos.

—¿Estás siempre tan segura de que cederé?

—Sabía que cederías al saber hasta qué punto lo deseaba.

—Yo deseaba mucho no hacerlo. No deberías pedírmelo.

—No te importará. No es nada y después resulta divertido. No te preocupes por Marita.

—¿Qué tiene que ver ella con esto?

—Me ha dicho que si no lo hacías por mí, te pediría que lo hicieras por ella.

—No te inventes cosas.

—No. Lo ha dicho esta mañana.

—Me gustaría que pudieras verte —dijo Catherine.

—Me alegro de no poder.

—Ojalá te hubieras mirado en el espejo.

—No he podido.

—Mírame a mí. Así es como tú estás y ya está hecho y no

tiene remedio. Así es como estás.

—No es posible que hayamos hecho esto —dijo David—. No es posible que esté igual que tú.

—Pues lo hemos hecho —replicó Catherine—, y así es como estás, de modo que será mejor que empieces a gustarte.

—No podemos haber hecho esto, demonio.

—Pues lo hemos hecho. Y tú lo sabías, solo que no querías mirar. Y ahora estamos malditos. Yo ya lo estaba y ahora lo estás tú. Mírame para que sepas cuánto te gusta.

David la miró a los ojos, que amaba, y miró el rostro oscuro y el color increíblemente marfileño de sus cabellos y vio su aspecto feliz y empezó a comprender la estupidez que había permitido.

Capítulo 22

No creía poder continuar la historia aquella mañana y durante mucho rato fue incapaz. Sabía que debía hacerlo, sin embargo, y por fin comenzó: seguían las huellas del elefante por la vieja trocha que era un camino de tierra dura y compacta a través de la selva. Por lo visto los elefantes lo habían usado desde que la lava de la montaña se enfrió y los árboles empezaron a crecer muy juntos y altos. Juma rebosaba confianza y caminaban deprisa. Tanto su padre como Juma parecían muy seguros de sí mismos y andar por el camino de elefantes era tan fácil, que Juma le permitió llevar el 303 mientras atravesaban la luz intermitente de la selva. Entonces perdieron el rastro entre unos humeantes montones de excrementos frescos y las huellas planas y redondas de una manada de elefantes que había llegado al camino desde la tupida selva del lado izquierdo. Juma arrebató el 303 a David de muy mal talante. Ya había pasado el mediodía cuando alcanzaron el rebaño y pudieron ver los bultos grises entre los árboles y el movimiento de las grandes orejas y de las trompas inquietas que se enroscaban y desenroscaban, y oír el crujido de las ramas rotas, el estruendo de los árboles derribados, el rumoreo de los vientres de los elefantes y el golpe seco de los excrementos contra la tierra.

Por fin encontraron el rastro del viejo elefante y, cuando se desvió hacia un camino más estrecho, Juma miró al padre de David y sonrió, enseñando sus dientes limados, y su padre asintió con la cabeza. Parecían compartir un secreto obsceno, igual que aquella noche en que les había encontrado en la *shamba*.

No tardaron mucho en conocer el secreto; se hallaba a la derecha de la selva y las huellas del viejo elefante conducían a él. Era un cráneo alto como el pecho de David, blanqueado por el sol y las lluvias. Tenía una gran depresión en la frente y orificios acanalados que partían de entre las blancas y vacías cuencas de los ojos hasta donde había estado la raíz de los colmillos arrancados. Juma señaló el lugar donde el gran elefante cuyo rastro seguían se había detenido para mirar el cráneo y desplazarlo un poco con la trompa e indicó los puntos donde había tocado el suelo con sus colmillos. Enseñó a David el agujero de la gran depresión que tenía en el blanco hueso de la frente y luego los cuatro agujeros muy juntos en el hueso que rodeaba el hueco de la oreja. Sonrió a David y a su padre, extrajo un 303 de su bolsillo e introdujo el cañón en el agujero del hueso frontal.

—Aquí es donde Juma hirió al gran elefante —explicó su padre—. Este era su *askari*, su amigo, en realidad, porque también era un animal grande. Atacó y Juma le disparó y remató de un tiro en la oreja.

Juma indicó los huesos diseminados y cómo el gran elefante había caminado en torno a ellos. Juma y el padre de David estaban muy satisfechos de su hallazgo.

—¿Cuánto tiempo crees que pasaron juntos él y su amigo? —preguntó David a su padre.

—No tengo la menor idea —respondió su padre—. Pregúntaselo a Juma.

—Pregúntaselo tú, por favor.

Su padre y Juma hablaron entre sí y Juma miró sonriente a David.

—Dice que probablemente tus años multiplicados por cuatro o cinco —explicó el padre de David—. De hecho, no lo sabe ni le importa.

A mí sí que me importa, pensó David. Lo vi a la luz de la

luna y estaba solo y yo, en cambio, tenía a Kibo. Y Kibo me tiene a mí. El elefante no hacía daño a nadie y ahora lo hemos perseguido hasta donde murió su amigo y vamos a matarlo. Es culpa mía. Le he traicionado.

Juma ya había encontrado el sendero, hizo una seña a su padre y continuaron la marcha.

Mi padre no necesita matar elefantes para vivir, pensó David. Juma no lo habría encontrado si yo no lo hubiera visto. Tuvo una oportunidad hace tiempo y todo cuanto hizo fue herirlo y matar a su amigo. Kibo y yo lo encontramos y yo no debería haberlo dicho nunca, sino guardar el secreto para mí solo y dejar que se emborracharan con sus *bibis* en la *shamba* de cerveza. Juma estaba tan borracho que no podíamos despertarlo. Voy a guardar siempre los secretos. Jamás volveré a decirles ninguno. Si lo matan, Juma se gastará en bebida su parte del marfil o se comprará otra maldita esposa. ¿Por qué no ayudé al elefante cuando pude hacerlo? Solo tenía que negarme a ir el segundo día. No, esto no los hubiera detenido. No decirles nada nunca, nunca más. Debo acordarme de esto. No decirles nunca nada. No decir nunca nada a nadie.

Su padre esperó a que los alcanzara y dijo con suavidad:

—Ha descansado aquí. Ya no corre como antes. Daremos con él en cualquier momento.

—Maldita sea la caza de elefantes —dijo David en voz muy baja.

—¿Qué dices? —inquirió su padre.

—Maldita sea la caza de elefantes —repitió David en un murmullo.

—Procura no estropearla —le dijo su padre con una mirada extraña.

Eso sí que lo tiene, pensó David. No es tonto. Ya lo ha adivinado todo y jamás volverá a confiar en mí. Y me alegro. No quiero que lo haga porque jamás volveré a decirle nada, ni

a él ni a nadie. Jamás, jamás, jamás.

Fue aquí donde interrumpió el relato de la caza aquella mañana. Sabía que aún no lo había captado todo. No había captado la enormidad del cráneo cuando lo encontraron de repente en la selva ni los túneles practicados debajo de él en la tierra por los escarabajos y que aparecieron como galerías o catacumbas desiertas cuando el elefante desplazó el cráneo. No había captado la gran longitud de los huesos blanquecinos ni cómo las huellas del elefante se movían en torno a la escena de la matanza ni cómo, al seguirlas, había visto los movimientos del elefante y comprendido lo que este había visto. No había captado la enorme anchura de un rastro de elefante, que era un perfecto camino a través de la selva, ni los árboles suavizados por el roce ni cómo se cruzaban otros rastros hasta formar una especie de mapa como el del metro de París. No había captado la luz de la selva donde los árboles se unían por las copas ni dilucidado ciertas cosas que debía ver como eran entonces y no como las recordaba ahora. Las distancias no importaban, ya que todas las distancias cambiaban y solo existían en el recuerdo que se tenía de ellas. No obstante, el cambio de sus sentimientos hacia Juma y hacia su padre y el elefante se había complicado por el agotamiento que lo suscitara. El cansancio trajo consigo un inicio de comprensión. La comprensión estaba aflorando y se dio cuenta de ello a medida que iba escribiendo. La tremenda y verdadera comprensión, sin embargo, aún tenía que llegar y no debía describirla con frases retóricas arbitrarias, sino recordando las cosas reales que la habían provocado. Mañana lo captaría todo y podría continuar.

Metió los cuadernos de manuscrito en la maleta, la cerró con llave, abandonó su habitación y siguió la fachada del hotel hasta donde Marita estaba leyendo.

—¿Quieres desayunar? —preguntó ella.

—Creo que me gustaría un trago.

—Tomémoslo en el bar —dijo ella—. Se está más fresco.

Entraron y se sentaron en sendos taburetes y David vertió Haig Pinch en un vaso y lo llenó de Perrier fría.

—¿Qué ha sido de Catherine?

—Se ha ido muy feliz y contenta.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Feliz, tímida y bastante callada.

—¿Demasiado tímida para un beso?

Permanecieron abrazados y él empezó a sentirse otra vez de una pieza. No se había percatado de lo dividido y separado que estaba porque en cuanto se ponía a trabajar escribía desde un núcleo interior que no podía partirse ni siquiera ser marcado por una raya o un arañazo. Lo sabía y también que constituía su fuerza, ya que todo el resto de él podía resquebrarse.

Se quedaron en el bar mientras el muchacho ponía la mesa y el primer aliento de otoño entraba con la brisa del mar; después se sentaron a la mesa bajo los pinos y volvieron a sentir aquel aliento mientras comían y bebían.

—Esta brisa fresca viene directa del Kurdistán —dijo David —. Las tormentas equinocciales no tardarán en llegar.

—Hoy no llegarán —contestó la chica—, hoy no tenemos que preocuparnos por ellas.

—No ha soplado ninguna clase de brisa desde que nos conocimos en el café de Cannes.

—¿Eres capaz de recordar cosas tan lejanas?

—Parecen aún más lejanas que la guerra.

—Yo he vivido la guerra durante los tres últimos días —dijo la chica—. La acabo de dejar esta mañana.

—Yo nunca pienso en ella —observó David.

—Ahora he leído sobre ella —le dijo Marita—, pero desconozco tu actitud. Nunca explicas tus opiniones.

Él le llenó la copa y después la suya.

—No supe nada hasta más tarde —respondió—, así que no

intenté actuar como si supiera algo. Dejé de pensar en ella mientras duró; solo sentía, veía, obraba y pensaba tácticamente. Por esto no es un libro mejor, porque yo no era más inteligente.

—Es un libro muy bueno. Las partes sobre el vuelo son maravillosas, el sentimiento hacia los demás e incluso hacia los aviones.

—Lo hago bien cuando escribo sobre los demás y sobre cosas técnicas y tácticas —contestó David—. No quiero ponerme sentimental ni fanfarronear y además, Marita, nadie sabe nada de sí mismo cuando está realmente implicado. Uno mismo no merece atención; sería vergonzoso en tales momentos.

—Pero después se sabe.

—Claro. A veces.

—¿Puedo leer la novela?

David volvió a servir vino.

—¿Cuánto te ha contado ella?

—Me ha dicho que me lo había contado todo. Se explica muy bien, ya lo sabes.

—Preferiría que no la leyeras —dijo David—. Solo significaría más problemas. No sabía que estarías tú cuando la escribí y no puedo evitar que ella te cuente cosas, pero no me gusta que además la leas.

—Entonces, ¿no debo leerla?

—Preferiría que no lo hicieras; no quiero darte órdenes.

—En ese caso, tengo que decírtelo.

—¿Que te lo ha dado a leer?

—Sí. Dijo que debía leerlo.

—Maldita sea.

—No lo hizo con mala intención. Fue cuando estaba tan preocupada.

—¿De modo que lo has leído todo?

—Sí. Es maravilloso, mucho mejor que el último libro, y

ahora las historias son mucho mejores que el libro o que todo lo demás.

—¿Qué me dices de la parte sobre Madrid? —La miró y ella levantó la vista, se humedeció los labios y respondió con mucho cuidado, sin desviar la mirada:

—Lo sabía todo porque soy exactamente igual que tú.

Cuando estaban acostados, Marita preguntó:

—¿No piensas en ella cuando me haces el amor?

—No, tonta.

—¿No quieres que haga lo mismo que ella? Porque sé y puedo hacerlo todo.

—Deja de hablar y limítate a sentir.

—Puedo hacerlo todo mejor que ella.

—Deja de hablar.

—No pienses que debes...

—No hables.

—Pero no tienes que...

—Nadie tiene que hacer nada, pero vamos a...

Yacieron abrazados fuertemente y después aflojaron el abrazo con dulzura y al final dijo Marita:

—Tengo que irme, pero enseguida vuelvo. Mientras tanto, duerme por mí.

Le besó y cuando volvió, él ya estaba dormido. Su intención había sido esperarla, pero el sueño le había vencido durante la espera. Ella se acostó a su lado, le besó y, al ver que no se despertaba, permaneció muy quieta, intentando dormir a su vez, pero no tenía sueño y le besó de nuevo suavemente y luego empezó a jugar con él mientras le rozaba con sus pechos. Él se movió, dormido, y ella apoyó la cabeza en su estómago y siguió jugando con suavidad, haciendo pequeños e íntimos descubrimientos.

Era una tarde larga y fresca y David durmió mucho y cuando se despertó, Marita ya se había ido. Oyó las voces de las dos chicas en la terraza. Se vistió, descorrió el cerrojo de la puerta que daba a su cuarto de trabajo y salió por la puerta de este al camino de piedras. No había nadie en la terraza excepto el camarero, que entraba el servicio del té, y encontró a las chicas en el bar.

Capítulo 23

Las dos chicas estaban sentadas en el bar con una botella de Perrier-Jouët en un cubo de hielo y ambas ofrecían un aspecto bello y fresco.

—Es igual que encontrarse con un ex marido —declaró Catherine—. Me hace sentir muy sofisticada. —Nunca había parecido más alegre ni más bella—. Debo decir que te favorece —añadió, mirando a David con burlona admiración.

—¿Crees que está bien? —le preguntó Marita, mirando a David y ruborizándose.

—Y tienes razón de sobras para sonrojarte —dijo Catherine—. Mírala, David.

—Su aspecto es muy bueno —observó David— y el tuyo también.

—Aparenta dieciséis años —dijo Catherine—. Me ha dicho que ya sabes que ha leído la novela.

—Creo que debiste preguntármelo —replicó David.

—Ya lo sé —convino Catherine—, pero empecé a leerla por mi cuenta y la encontré tan interesante que pensé que Heredera también debía leerla.

—Yo habría dicho que no.

—Pero la cuestión es que cuando dice que no a algo, Marita, no significa nada, así que no hay que hacer caso.

—No lo creo —dijo Marita, sonriendo a David.

—Eso es porque aún no ha terminado la novela. Cuando la termine, verás que es así.

—No pienso terminarla —dijo David.

—Eso es una mala pasada —reprochó Catherine—. Era mi

regalo y nuestro proyecto.

—Debes escribirla, David —instó la chica—. Lo harás, ¿verdad?

—Quiere figurar en ella, David —dijo Catherine—. Y será mucho mejor cuando también incluyas a una chica morena.

David se sirvió una copa de champán. Observó que Marita le lanzaba una mirada de advertencia y dijo a Catherine:

—La continuaré cuando termine los relatos. ¿Qué habéis hecho hoy?

—Yo he tenido un buen día. He adoptado decisiones y planeado cosas.

—Oh, Dios mío —suspiró David.

—Son planes muy sencillos —dijo Catherine—, no tienes que suspirar. Durante todo el día has hecho tu santa voluntad y yo me he alegrado, pero tengo derecho a hacer algunos planes.

—¿Qué clase de planes? —preguntó David, con voz átona.

—Primero, tenemos que preocuparnos de la aparición del libro. Voy a encargar que pasen a limpio el manuscrito, hasta donde has llegado, y a cuidarme de las ilustraciones. Tengo que ver a los dibujantes y tomar las disposiciones pertinentes.

—Has tenido un día muy agitado —dijo David—. ¿Sabes que los manuscritos no se mecanografían hasta que quien los ha escrito los corrige y los deja listos para la impresión?

—Eso no es necesario porque solo me hace falta un borrador para enseñárselo a los dibujantes.

—Ya. ¿Y si yo aún no deseo pasarlo a máquina?

—¿No quieres publicarlo? Yo sí, y alguien tiene que empezar a hacer algo práctico.

—¿En qué artistas has pensado hoy?

—En artistas diferentes para las diferentes partes. Marie Laurencin, Pascen, Derain, Dufy y Picasso.

—Derain, por el amor de Dios.

—¿No te imaginas un bonito Laurencin de Marita y mío en el

coche cuando nos paramos la primera vez junto al Loup de camino a Niza?

—Nadie ha escrito eso.

—Pues escríbelo. Sin duda es mucho más interesante e instructivo que un puñado de indígenas en un *kraal*, o como se llame, cubiertos de moscas y de roña en el corazón de África, y tu padre, borracho, tambaleándose de un lado a otro, apestando a cerveza agria y sin saber cuáles son los pequeños monstruos que ha engendrado.

—Ya han empezado los tiros —dijo David.

—¿Qué has dicho, David? —preguntó Marita.

—He dicho muchas gracias por almorzar conmigo —replicó David.

—¿Por qué no le agradeces también el resto? —inquirió Catherine—. Debe de haber hecho algo realmente impresionante para que hayas dormido como un muerto hasta el final de la tarde. Agradécele eso, por lo menos.

—Gracias por ir a nadar —dijo David a la chica.

—¡Oh! ¿Habéis nadado? —preguntó Catherine—. Me alegra que lo hayáis hecho.

—Hemos nadado hasta muy lejos —dijo Marita— y almorzado muy bien. ¿Tú has almorzado bien, Catherine?

—Creo que sí —respondió Catherine—. No lo recuerdo.

—¿Dónde has estado? —inquirió la chica con voz suave.

—En Saint Raphael. Recuerdo que me he parado allí, pero no puedo acordarme del almuerzo. Nunca me fijo cuando como sola, pero estoy segura de haber almorzado allí. Sé que tenía esa intención.

—¿Te ha gustado el regreso? —preguntó Marita—. Ha hecho una tarde fresca y espléndida.

—No lo sé —respondió Catherine—. No me he fijado. Pensaba en preparar el libro e iniciar su elaboración. Tenemos que dar los pasos preliminares. No entiendo por qué David se

ha puesto difícil en cuanto he empezado a poner orden en el asunto. Todo se ha desarrollado de un modo tan anárquico, que de repente me he sentido avergonzada de todos nosotros.

—Pobre Catherine —dijo Marita—. Pero ahora que lo tienes todo planeado, debes de sentirte mejor.

—En efecto —respondió Catherine—. Era muy feliz cuando he llegado. Sabía que os haría felices porque había hecho algo práctico y entonces David me ha tratado como a una idiota o una leprosa. No puedo evitar ser práctica y tener sentido común.

—Ya lo sé, demonio —dijo David—. Es solo que no quería mezclar el trabajo.

—Pero si eres tú quien lo ha mezclado —dijo Catherine—. ¿No lo ves? Saltar de un relato a otro cuando lo que debías hacer era continuar con la novela que significaba tanto para todos nosotros. Iba tan bien, además, y ya estábamos llegando a las partes emocionantes. Alguien debe decirte que los relatos son solo un modo de rehuir tu obligación.

Marita volvió a mirar a David y este comprendió lo que intentaba decirle y explicó:

—Tengo que ducharme. Habla de ello con Marita, que yo vuelvo enseguida.

—Tenemos que hablar de otras cosas —dijo Catherine—. Siento haber sido grosera acerca de ti y Marita. En realidad, no podría ser más feliz a este respecto.

David llevó consigo al cuarto de baño todas las palabras que habían sido pronunciadas, se duchó y se puso un suéter de pescador recién lavado y pantalones largos. Los atardeceres ya eran muy frescos. Marita estaba en el bar, hojeando un *Vogue*.

—Ha bajado a ordenar tu habitación —explicó Marita.

—¿Cómo está?

—¿Cómo voy a saberlo, David? Se ha convertido en una gran editora. Ha renunciado al sexo; ya no le interesa. Dice que es

infantil, en realidad. No sabe cómo alguna vez pudo significar algo para ella, aunque si algún día vuelve a interesarle es posible que decida tener una aventura con otra mujer. Ha insistido mucho en esto de otra mujer.

—Dios mío, jamás pensé que las cosas irían por este camino.

—No te preocupes —dijo Marita—. Pase lo que pase, te quiero y mañana volverás a escribir.

Catherine entró y dijo:

—Estáis maravillosos juntos y me siento muy orgullosa, como si os hubiera inventado. ¿Ha sido bueno hoy, Marita?

—Hemos almorzado muy bien —contestó Marita—. Por favor, sé justa, Catherine.

—Oh, ya sé que es un amante satisfactorio —dijo Catherine—, siempre lo es. Igual que sus martinis o su modo de nadar, o de esquiar, o de volar, probablemente. Nunca le he visto en un avión, pero todos dicen que era maravilloso. Algo parecido a los acróbatas, supongo, e igual de aburrido. No preguntaba eso.

—Has sido muy buena dejándonos pasar un día juntos, Catherine —dijo Marita.

—Podéis pasar juntos el resto de vuestras vidas —replicó Catherine—, si no os aburrís mutuamente. Yo ya no os necesito a ninguno de los dos.

—David la observaba en el espejo y la veía tranquila, bella y normal. Se fijó en que Marita la miraba con mucha tristeza.

—No obstante, me gusta miraros y me gustaría oíros hablar si os decidís a abrir la boca.

—¿Cómo estás? —preguntó David.

—Has hecho un gran esfuerzo —dijo Catherine—. Estoy muy bien.

—¿Tienes más planes nuevos? —preguntó David, sintiéndose como si saludara a un buque.

—Solo los que ya te he contado —prosiguió Catherine—. Es probable que me mantengan muy ocupada.

—¿Qué significa toda esa farsa sobre otra mujer?

Notó que Marita le tocaba con el pie y él puso el suyo encima para darle a entender que comprendía.

—No es una farsa —contestó Catherine—. Quiero intentarlo otra vez para saber si me he perdido algo. Podría ser.

—Todos nos equivocamos —dijo David, y Marita volvió a darle un puntapié.

—Quiero averiguarlo —continuó Catherine—. Ahora ya sé lo bastante sobre el tema para poder juzgar. No te preocupes por tu chica morena. No es mi tipo en absoluto. Es el tuyo. Es como a ti te gustan y me parece muy bien, pero no a mí. No me atrae el tipo *gamin*.

—Quizá soy un *gamin* —dijo Marita.

—Una palabra muy cortés para ese papel.

—Pero también soy más mujer que tú, Catherine.

—Adelante, enseña a David la clase de muchacho que eres. Le gustará.

—Ya sabe qué clase de mujer soy.

—Espléndido —replicó Catherine—. Me alegro de que volváis a tener lengua los dos. Prefiero la conversación.

—En realidad, tú no eres una mujer —dijo Marita.

—Lo sé —respondió Catherine—. He tratado más de una vez de explicárselo a David. ¿Verdad que sí, David?

David la miró y no dijo nada.

—¿Verdad que sí?

—Sí.

—Lo intenté y me torturé en Madrid a fin de ser una chica y lo único que conseguí fue destrozarme —dijo Catherine—. Y ahora no soy nada. Vosotros sois un chico y una chica y lo sois de verdad; no tenéis que cambiar y atormentaros y en cambio yo sí. Y ahora no soy nada. Solo quería que David y tú fuerais felices. Todo lo demás lo he inventado.

—Lo sé e intento explicárselo a David —contestó Marita.

—Ya sé que lo haces, pero no tienes que ser leal conmigo ni con nada. No lo seas. Nadie lo sería, en realidad, y es probable que tú tampoco lo seas en serio. Te pido que no lo seas. Solo quiero que te sientas feliz y que hagas feliz a David. Tú puedes y sé que yo no puedo.

—Eres la chica más estupenda del mundo —dijo Marita.

—No. Estoy acabada antes de empezar.

—No. Esa soy yo —replicó Marita—. He sido estúpida y mala.

—No has sido estúpida. Todo lo que has dicho es cierto. Dejemos de hablar y seamos amigas. ¿Quieres?

—¿Podemos, por favor? —le preguntó Marita.

—Yo quiero —respondió Catherine—, y no deseo ser una fanfarrona trágica. Dedica el tiempo que necesites a tu libro, por favor, David. Ya sabes que mi único deseo es que escribas lo mejor que puedas. Así es como acordamos al empezar y no he cambiado de opinión, a pesar de todo.

—Estabas cansada y nada más —dijo David—. Y no creo que hayas almorzado siquiera.

—Probablemente no —contestó Catherine—, aunque tal vez sí. ¿Podemos olvidarlo todo ahora y ser amigos?

Así que fueron amigas, cualquiera que fuese el significado de ser amigas, pensó David, intentando no pensar y hablando y escuchando en la irrealidad que había surgido de la realidad. Había oído a cada una hablar de la otra y sabía que cada una estaba al corriente de lo que la otra pensaba y probablemente de lo que le había contado a él. De este modo fueron realmente amigas, comprendiéndose en su desacuerdo básico, confiando en su completa desconfianza y disfrutando de la compañía mutua. Él también disfrutaba de su compañía, pero esta noche ya había tenido suficiente.

Mañana debería volver a su propio país, del que Catherine estaba celosa y que Marita amaba y respetaba. David había sido

feliz en el país de la historia, sabiendo que era demasiado bueno para durar, y ahora se hallaba de regreso de aquella felicidad para vivir en el vacío superpoblado de la locura que ahora había tomado el giro de un exagerado sentido práctico. Estaba cansado de esto y también cansado de que Marita colaborase con su enemiga. Catherine no era enemiga de David salvo en la búsqueda del objetivo inalcanzable que es el amor, y en esto era también su propia enemiga. Necesita siempre tanto a un enemigo que ha de conservarlo a su lado y es ella la más fácil de atacar y la más accesible porque conoce los puntos débiles y fuertes y todos los defectos de nuestras defensas y cuando ataca con habilidad mi flanco, descubre que es el suyo propio y la última batalla se libra siempre en un torbellino y el polvo que levanta es nuestro propio polvo.

Catherine quiso jugar al backgammon con Marita después de cenar. Siempre jugaban en serio y por dinero, y cuando Catherine fue a buscar el tablero, Marita dijo a David:

—Te lo ruego, no vengas a mi habitación esta noche.

—Está bien.

—¿Lo comprendes?

—Olvidemos esa palabra —dijo David. Había recuperado la frialdad al aproximarse la hora del trabajo.

—¿Estás enfadado?

—Sí —contestó David.

—¿Conmigo?

—No.

—No puedes estar enfadado con una persona enferma.

—No has vivido demasiado tiempo —replicó David—. Eso es exactamente por lo que uno está siempre enfadado. Ponte enferma un día y lo verás.

—Me gustaría que no estuvieras enfadado.

—A mí me gustaría no haberos conocido a ninguna de las dos.

—Por favor, David, no digas eso.

—Sabes que no es cierto. Solo me estoy preparando para el trabajo.

Entró en su dormitorio, encendió la lamparilla de su lado de la cama, se puso cómodo y leyó uno de los libros de W. H. Hudson. Era *La naturaleza de las tierras bajas* y lo había elegido para leer porque tenía el título menos prometedor. Sabía que se acercaba un período en que necesitaría todos los libros y se reservaba los mejores. Sin embargo, una vez leído el título de este, nada en él le aburrió. Era feliz leyendo, ajeno de nuevo a su vida, montando a caballo con Hudson y su hermano a la luz de la luna en la ondeante blancura del vilano del cardo, alto hasta su pecho, pero poco a poco el ruido de los dados y el sonido bajo de las voces de las muchachas volvieron a ser reales hasta el punto de que al cabo de un rato, cuando salió a prepararse un whisky con Perrier para llevar consigo y proseguir la lectura, se le antojaron, al verlas jugar, auténticos seres humanos haciendo algo normal y no personajes de una inverosímil pieza teatral a la que había acudido contra su voluntad.

Volvió a su habitación, leyó, bebió el whisky con Perrier muy lentamente y luego se desnudó y apagó la luz y estaba casi dormido cuando oyó entrar a Catherine en el dormitorio. Le pareció que pasaba mucho tiempo en el cuarto de baño antes de acostarse y permaneció muy quieto, respirando con regularidad, deseoso de conciliar por fin el sueño.

—¿Estás despierto, David? —preguntó ella.

—Creo que sí.

—No te despiertes. Gracias por dormir aquí.

—Suelo hacerlo.

—No tienes ninguna obligación.

—Sí que la tengo.

—Estoy contenta de que estés aquí. Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿No me das un beso?

—Claro —dijo él.

La besó y Catherine volvió a ser la de antes, parecía que había vuelto por un tiempo a su lado.

—Siento haber fracasado otra vez.

—No hablemos de nada.

—¿Me odias?

—No.

—¿Podemos hacerlo todo tal como lo he planeado?

—No lo creo.

—Entonces, ¿por qué has entrado aquí?

—Aquí está mi sitio.

—¿Es esta la única razón?

—He pensado que quizá te sentirías sola.

—Y así era.

—Todos estamos solos —dijo David.

—Es terrible estar juntos en la cama y sentirnos solos.

—No hay ninguna solución —dijo David—. Todos tus planes y proyectos son inútiles.

—No nos he dado la menor oportunidad.

—Todo ha sido una locura. Estoy harto de locuras. Tú no eres la única que sufre.

—Lo sé, pero ¿no podríamos intentarlo otra vez y ser realmente buenos? Yo puedo, casi lo he conseguido.

—Estoy harto de todo esto, demonio. Harto hasta la médula.

—¿No quieres intentarlo una vez más, por ella y por mí?

—No funciona y ya me he cansado.

—Ella ha dicho que habéis pasado un buen día y que estabas alegre y nada deprimido. ¿No lo intentarías por última vez por nosotras dos? Me gustaría muchísimo.

—Todo te gusta muchísimo y cuando lo consigues, te hartas y no te importa un comino.

—Esta vez estaba demasiado segura y entonces me vuelvo insoportable. Por favor, ¿lo intentamos otra vez?

—Durmamos, demonio, y no hablemos más de ello.

—Bésame otra vez, por favor —pidió Catherine—. Me dormiré porque sabes que lo harás. Siempre haces todo lo que quiero porque en realidad tú también lo quieres.

—Tú solo quieres cosas para ti misma, demonio.

—Esto no es cierto, David. En cualquier caso, soy tú y ella. Por eso lo hice. Soy todo el mundo. Lo sabes, ¿verdad?

—Duérmete, demonio.

—Ahora mismo, pero ¿quieres besarme otra vez antes para que no nos sintamos solos?

Capítulo 24

Por la mañana volvió a estar en la ladera opuesta de la montaña. El elefante ya no avanzaba del mismo modo, sino que vagaba sin rumbo, comiendo de vez en cuando, y David intuyó que se estaban acercando mucho a él. Intentó recordar lo que había sentido entonces. Aún no experimentaba ningún cariño por el elefante; debía recordar este punto. Solo sentía una pena nacida del propio cansancio, el cual a su vez le hacía comprender la vejez. Siendo demasiado joven, aprendió el significado de ser demasiado viejo. Añoraba a Kibo, y pensar en que Juma había matado al amigo del elefante le inspiró hostilidad hacia Juma y convirtió al elefante en su hermano. Entonces supo cuánto significó para él haber visto al elefante a la luz de la luna y haberle seguido con Kibo y llegado hasta el claro para ver sus dos grandes colmillos. Sin embargo, ignoraba que en lo sucesivo nada volvería a ser como antes. Ahora sabía que matarían al elefante y que él no podía hacer nada para evitarlo. Había traicionado al elefante al volver a la *shamba* para hablarles de él. Me matarían a mí y matarían a Kibo si tuviéramos marfil, pensó entonces, sabiendo que no era cierto. Probablemente el elefante se dirigía al lugar donde había nacido y allí lo matarían; no necesitaban nada más para que todo fuera perfecto. Les habría gustado matarlo donde mataron a su amigo; esa era una hazaña que les habría complacido mucho. Malditos asesinos de amigos.

Se dirigieron al borde de la espesura, muy cerca del elefante. David podía olerlo y todos le oían romper ramas con un chasquido. El padre de David puso a este una mano en el

hombro para que retrocediera y esperase en el claro y entonces cogió un buen pellizco de ceniza de la bolsa que llevaba en el bolsillo y la tiró al aire. La ceniza cayó hacia ellos en diagonal y su padre hizo una seña a Juma con la cabeza y se agachó para seguirle al interior de la selva. David vio aparecer y desaparecer las espaldas y las nalgas de ambos, pero sin oír sus movimientos.

Permaneció quieto, escuchando comer al animal. Su olor llegaba hasta él con la misma fuerza que la noche en que se le había acercado a la luz de la luna y contemplado sus magníficos colmillos. De pronto reinó el silencio y dejó de oler al elefante. Oyó un chillido estridente, un golpe y un disparo del 303 y a continuación el pesado escopetazo doble del 450 de su padre, y luego el golpe y el estampido fueron alejándose y él se adentró en la espesura y encontró a Juma temblando, con la cara cubierta de sangre que le manaba de la frente, y a su padre blanco y furioso.

—Ha atacado a Juma y le ha derribado —explicó su padre—. Juma le ha dado en la cabeza.

—¿Dónde le has disparado?

—Donde he podido, maldita sea —replicó su padre—. Sigue el maldito rastro de sangre.

Había mucha sangre, un chorro que brotó hasta la altura de la cabeza de David y salpicó troncos, hojas y lianas y otro mucho más bajo que era oscuro y apestaba a vómito.

—Un disparo al pulmón y otro al estómago —dijo su padre —. Le encontraremos en el suelo o apoyado... o así lo espero, por todos los diablos —añadió.

Le encontraron apoyado, sumido en tal sufrimiento y desesperación que ya no podía moverse. Se había tambaleado a través de la densa vegetación donde se alimentaba y había cruzado una senda de bosque abierto mientras David y su padre corrían junto al rastro ensangrentado. Entonces el

elefante se había internado en la selva y David le vio, gris y enorme, apoyado contra el tronco de un árbol. Solo podía verle por detrás y entonces su padre se adelantó y él le siguió y llegaron al costado del elefante, que parecía el de un buque, y David vio la sangre manando de sus flancos y resbalando hasta el suelo y su padre levantó el rifle, disparó y el elefante volvió la cabeza con los grandes colmillos, moviéndose pesada y lentamente para mirarlos y cuando su padre disparó otra vez, el elefante pareció oscilar como un árbol talado y se desplomó en dirección a ellos. Pero no estaba muerto, solo se había fracturado el hombro al desplomarse. No se movía, pero su ojo estaba vivo y miraba a David. Tenía unas pestañas muy largas y su ojo era la cosa más viva que David había visto nunca.

—Dispárale en el orificio de la oreja con el 303 —ordenó su padre—. Vamos.

—Dispárale tú —dijo David.

Juma había llegado, cojeando y lleno de sangre, con la piel de la frente colgando sobre el ojo izquierdo, el tabique nasal al descubierto y una oreja rota, arrebató sin hablar el rifle a David y casi metió el cañón dentro de la oreja y disparó dos veces, apretando y soltando convulsiva y furiosamente el gatillo. El ojo del elefante se abrió mucho al primer disparo y luego empezó a vidriarse y brotó sangre de la oreja, que fluyó en dos chorros brillantes por la piel gris y arrugada. La sangre era de otro color y David pensó: tengo que recordar esto, y lo recordó siempre, aunque nunca le fue de ninguna utilidad. En ese momento, toda la majestad y toda la belleza del elefante desaparecieron, ya no era más que un enorme montón de arrugas.

—Bueno, ya lo tenemos, Davey, gracias a ti —dijo su padre —. Ahora será mejor que encendamos fuego para que pueda curar a Juma. Acércate, víctima ensangrentada. Esos colmillos no se escaparán.

Juma se acercó sonriente, cargado con la cola del elefante, que no tenía ningún pelo. Compartieron un chiste obsceno y entonces su padre empezó a hablar rápidamente en swahili: ¿Estaba muy lejos el agua? ¿A qué distancia tendrás que ir para reunir a gente que cargue con estos colmillos? ¿Cómo estás, cerdo viejo e inútil? ¿Qué se te ha roto?

Una vez obtenidas las respuestas, su padre añadió:

—Tú y yo volveremos a donde dejamos las mochilas cuando iniciamos la persecución. Juma puede buscar leña y mantener el fuego encendido. El botiquín está en mi mochila. Las necesitamos antes de que oscurezca. No se le infectarán las heridas; no son como las de zarpa. Andando.

Su padre conocía sus sentimientos hacia el elefante y aquella noche y durante los días siguientes intentó, si no cambiarle, al menos convertirle en el muchacho que había sido antes de descubrir que odiaba la caza de elefantes. David no escribió nada en el relato sobre la intención de su padre, que nunca había manifestado, limitándose a mencionar los detalles, la repugnancia, las circunstancias y los sentimientos de la matanza, y el trabajo de cortar los colmillos y de practicar una burda cirugía en las heridas de Juma, disimulada con burlas y chanzas para mantener a raya el dolor y reducir su importancia, ya que no había analgésicos. La responsabilidad adicional asumida por David y la confianza ofrecida y rechazada por él fueron consignadas en la historia, pero sin dar relieve a su significado. Había intentado prestar vida al elefante apoyado en el árbol en sus últimos estertores, ahogándose en la sangre que había brotado muchas otras veces, pero que había sido siempre restañada y que ahora le subía a la garganta, impidiéndole respirar, bombeada por el enorme corazón mientras miraba al hombre llegado para acabar con él. David había estado muy orgulloso de que el elefante hubiera olfateado a Juma, atacándole al instante. Habría matado a

Juma si su padre no le hubiese disparado, pero solo lo lanzó contra los árboles con su trompa y huyó, herido de muerte, aunque sintiendo la herida como una de tantas otras hasta que la sangre se agolpó y ya no pudo respirar. Aquella noche David, sentado junto al fuego, miró a Juma, que tenía costuras en la cara y varias costillas rotas y respiraba con dificultad, y se preguntó si el elefante le había reconocido cuando intentó matarlo. David esperaba que sí. Ahora el elefante era su héroe, como lo fuera su padre durante mucho tiempo, y pensó: No le creía capaz de hacerlo, siendo tan viejo y estando tan cansado. Habría matado a Juma y, en cambio, a mí no me miró como si quisiera matarme. Solo parecía triste, igual que yo. Fue a visitar a su viejo amigo el mismo día de su muerte.

Cuando la hubo terminado supo que era la historia de un muchacho muy joven. La releyó y vio las lagunas que debía llenar para que quienquiera que la leyese sintiera que sucedía de verdad y marcó las lagunas en el margen.

Recordó que el elefante había perdido toda la dignidad en cuanto su ojo dejó de estar vivo y que cuando su padre y él volvieron con las mochilas, el elefante ya había empezado a hincharse a pesar del frescor del atardecer. Ya no existía un verdadero elefante, solo el cuerpo gris, arrugado, hinchado y muerto y los enormes colmillos amarillentos, moteados de marrón, por los que lo habían matado. Los colmillos estaban manchados de sangre seca y David rascó un trozo con la uña del pulgar y se lo guardó en el bolsillo de la camisa como si fuera un trozo de lacre. Esto fue todo lo que conservó del elefante, aparte del conocimiento incipiente de la soledad.

Después de la matanza, su padre intentó hablarle aquella misma noche junto al fuego.

—Era un asesino, ¿sabes, Davey? —le dijo—. Juma asegura que nadie sabe cuántas personas ha matado.

—Todos deseaban matarlo, ¿no?

—Naturalmente, por aquel par de colmillos —respondió su padre.

—Entonces, ¿cómo podía ser un asesino?

—Como quieras —dijo su padre—. Lamento que sintieras afecto por él.

—Ojalá hubiese matado a Juma —contestó David.

—Creo que esto es ir demasiado lejos —observó su padre—. Juma es amigo tuyo y tú lo sabes.

—Ya no lo es.

—No necesitas decírselo.

—Ya lo sabe —dijo David.

—Me parece que le juzgas mal —replicó su padre y no añadieron nada más.

Después, cuando hubieron vuelto sanos y salvos con los colmillos, cuando por fin todo quedó atrás y los colmillos estuvieron colocados contra la pared de la choza de palos y barro, con las puntas rozándose, tan altos y gruesos que nadie podía creer en ellos, ni siquiera cuando los tocaban, y nadie, ni siquiera su padre, podía llegar a la parte curvada al extremo de la cual se juntaban las puntas, cuando Juma y su padre y él eran héroes y Kibo, el perro de un héroe y los hombres que habían acarreado los colmillos eran héroes, héroes ya un poco borrachos, que aún lo estarían más, su padre le preguntó:

—¿Quieres hacer las paces, Davey?

—Está bien —contestó, porque sabía que ese era el principio del silencio que había decidido.

—Me alegro mucho —dijo su padre—. Así es mucho mejor y más sencillo.

Entonces se sentaron en taburetes de los ancianos a la sombra de la gran higuera, con los colmillos contra la pared de la choza, y bebieron cerveza local contenida en calabazas que les llevaron una muchacha y su hermano menor, que ya no era un estorbo molesto sino un servidor de héroes; sentados en el

polvo, junto al perro heroico de un héroe que sostenía un pollo viejo recién ascendido a la categoría de gallo favorito de los héroes, bebieron cerveza y el gran tambor empezó a sonar y el *ngoma*[*] comenzó.

Salió del cuarto de trabajo feliz, vacío y orgulloso y Marita le esperaba en la terraza, sentada al sol de la refulgente mañana de principios de otoño cuya existencia él desconocía. Era una mañana perfecta, fresca y tranquila. Abajo, el mar estaba en calma y al otro lado de la bahía se dibujaba la curva blanca de Cannes, con las oscuras montañas al fondo.

—Te quiero mucho —dijo a la chica morena cuando esta se levantó. La rodeó con los brazos y la besó y ella dijo:

—Lo has acabado.

—Claro —respondió él—. ¿Por qué no?

—Te quiero y estoy muy orgullosa —dijo ella. Pasearon y contemplaron el mar enlazados por el talle.

—¿Cómo estás, chica?

—Muy bien y muy feliz —contestó Marita—. ¿Hablabas en serio cuando has dicho que me quieres o era solo la mañana?

—Era la mañana —respondió David, besándola de nuevo.

—¿Puedo leer el relato?

—Hace un día demasiado bonito.

—¿Puedo leerlo para sentir lo mismo que tú y no ser solo feliz porque tú eres feliz, como si fuera tu perro?

Él le dio la llave y cuando ella salió con los cuadernos y leyó el relato en el bar, David también lo leyó, sentado a su lado. Sabía que era tonto y de mala educación; nunca lo había hecho con nadie y desmentía todo cuanto pensaba sobre su profesión, pero no se le ocurrió hasta el momento en que rodeó a la chica con el brazo y miró la escritura sobre el papel rayado. Quería leerlo con ella y quería compartir lo que nunca había compartido y había considerado que no podía ni debía ser compartido.

Cuando Marita terminó de leer, abrazó a David y le besó con tanta fuerza que le hizo sangrar el labio. David la miró, notó distraídamente el sabor de su sangre y sonrió.

—Lo siento, David. Perdóname, te lo ruego. Soy tan feliz y estoy más orgullosa que tú.

—¿Está bien? —preguntó él—. ¿Puedes percibir el olor de la *shamba* y el olor limpio del interior de la choza y notar la suavidad de las sillas de los ancianos? En la choza hay una gran limpieza y el suelo de tierra está barrido.

—Claro que sí. Ya lo escribiste en la otra historia. También puedo ver el perfil de la cabeza de Kibo, el perro heroico. Eras un héroe tan bello... ¿Se te manchó el bolsillo de sangre?

—Sí. Se ablandó con el sudor.

—Vamos a la ciudad a celebrar este día —propuso Marita—. Hay muchas cosas que podemos hacer hoy.

David se detuvo en el bar, se sirvió Haig Pinch y Perrier fría y llevó consigo el vaso a la habitación, donde bebió la mitad de su contenido y se duchó con agua fría. Entonces se puso pantalones largos y una camisa y se calzó las alpargatas[*] para ir a la ciudad. Sentía que la historia era buena y aún se sentía mejor respecto a Marita. Ninguna de las dos había sido minimizada por la agudización actual de sus sentidos y la certeza se había presentado sin tristeza.

Catherine estaría haciendo lo que quería y siempre haría lo que quisiera. Miró por la ventana y experimentó la vieja y feliz inconsciencia. En realidad, era un día para volar. Deseó que hubiera un aeródromo donde poder alquilar un avión para volar con Marita y enseñarle qué podía hacerse en un día como aquel. Quizá le gustara. Pero no había ningún aeródromo, así que debía olvidarlo. Sería divertido, sin embargo, y también esquiar. Para esto último solo faltaban dos meses, si les apetecía. Por Dios que era bueno haber terminado hoy y tenerla a ella aquí. Marita aquí sin trazas de tener malditos

celos de su trabajo, aquí para poder explicarle cuál era su meta y hasta dónde había llegado. En realidad lo sabe y no finge. La quiero, sí, toma buena nota de ello, whisky, y sé testigo de ello, vieja amiga Perrier. Te he sido fiel, Perrier, a mi jodida manera. Se siente uno muy bien cuando tú sabes bien. Es una sensación estúpida, pero armoniza con el día, así que inclúyelo.

—Vamos, chica —dijo a Marita desde el umbral de su habitación—. ¿Qué te retrasa, además de tus bonitas piernas?

—Estoy lista, David —contestó ella. Llevaba un suéter ceñido y pantalones largos y tenía la cara radiante. Se cepilló los cabellos oscuros y le miró—. Es maravilloso que estés tan alegre.

—Hace un día espléndido —dijo él—, y tenemos mucha suerte.

—¿Tú crees? —preguntó ella mientras iban hacia el coche—. ¿Crees de verdad que tenemos suerte?

—Sí. Creo que ha cambiado esta mañana o tal vez durante la noche.

Libro cuarto

Capítulo 25

El coche de Catherine estaba en la avenida del hotel cuando llegaron, aparcado a la derecha sobre la grava. David detuvo el Isotta detrás de él, se apeó con Marita y juntos pasaron de largo el pequeño coche azul y siguieron el camino de piedras en silencio.

Al pasar por delante de la habitación de David, que tenía la puerta cerrada con llave y las ventanas abiertas, Marita se paró y dijo:

—Adiós.

—¿Qué haces esta tarde? —inquirió él.

—No lo sé —contestó ella—. Estaré aquí.

Él se dirigió al patio del hotel y entró por la puerta principal. Catherine se hallaba en el bar, leyendo el *Paris Herald* con una copa y media botella de vino sobre la barra. Levantó la mirada.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó.

—Hemos almorzado en la ciudad y aquí estamos —respondió David.

—¿Cómo está tu puta?

—Aún no tengo ninguna.

—Me refiero a aquella para quien escribes los relatos.

—Ah. Los relatos.

—Sí. Los relatos, esas sórdidas y deprimentes historietas sobre tu adolescencia con el borracho e inútil de tu padre.

—De hecho, no era tan inútil.

—¿No defraudó a su esposa y a todos sus amigos?

—No. Solo a sí mismo, en realidad.

—No cabe duda de que le pintas despreciable en esos apuntes o viñetas o anécdotas insensatas que escribes sobre él.

—Te refieres a los relatos.

—Tú las llamas relatos —dijo Catherine.

—Sí —asintió David, llenando una copa del agradable vino frío en el día claro y radiante y en la habitación bonita y soleada del limpio y cómodo hotel y notando, al sorberlo, que no lograba animar su corazón muerto y frío.

—¿Quieres que vaya a buscar a Heredera? —preguntó Catherine—. No conviene que piense que nos hemos confundido de día o aficionado a beber juntos y solos.

—No necesitas ir a buscarla.

—Me gustaría. Ha cuidado de ti hoy y yo no. De verdad, David, aún no soy una bruja, solo actúo y hablo como si lo fuera.

Mientras David esperaba el regreso de Catherine, bebió otra copa de vino y leyó la edición parisién del *New York Herald* que ella había dejado en la barra. El vino no sabía igual cuando se bebía solo, así que fue a la cocina a buscar un corcho para tapar la botella antes de devolverla a la nevera. Sin embargo, la botella no pesaba casi nada y, al levantarla para mirarla a la luz que entraba por la ventana de poniente, vio que quedaba muy poco vino, de modo que se lo sirvió, apuró la copa y dejó la botella en el suelo embaldosado. Ni siquiera bebiéndolo deprisa le causó el menor efecto.

Gracias a Dios que ahora progresaba con los relatos. Lo que había hecho bueno el último libro eran las personas que aparecían en él y la minuciosidad del detalle, que le prestaba verosimilitud. En realidad, solo tenía que pensar con precisión; la forma se la daban las cosas que prefería omitir. Entonces, naturalmente, podía cerrarla como el diafragma de una cámara e intensificarla para que pudiera concentrarse hasta el punto en

que el calor abrasaba y el humo empezaba a elevarse. Sabía que ahora lo estaba consiguiendo.

Las palabras de Catherine sobre los relatos cuando intentaba ofenderle le hicieron pensar en su padre y en todas las cosas que había intentado solucionar del mejor modo posible. Se dijo a sí mismo que ahora debía procurar ser adulto de nuevo y afrontar lo que tenía que afrontar sin irritarse ni ofenderse porque alguien no comprendía ni apreciaba sus escritos. Ella los comprendía cada vez menos. Sin embargo, se dijo, has trabajado bien y nada puede hacerte daño mientras seas capaz de trabajar. Intenta ayudarla ahora y olvídate de ti mismo. Mañana repasarás la historia para que salga perfecta.

No obstante, David no quería pensar en la historia. Le importaba más escribir que cualquier otra cosa, y eso que muchas le importaban, pero sabía que mientras escribía no debía preocuparse por su trabajo ni manosearlo ni manipularlo, del mismo modo que no se debía entrar en el cuarto oscuro para ver cómo se revelaba un negativo. Déjalo en paz, se dijo. Eres un maldito estúpido pero al menos lo sabes.

Volvió a pensar en las dos chicas y se preguntó si debía ir en su busca para saber qué querían hacer o si deseaban ir a nadar. Al fin y al cabo era su día con Marita y tal vez ella le estaba esperando. Tal vez aún podrían salvar algo del resto del día. Quizá ya ideaban algún plan; tenía que ir y preguntar qué deseaban hacer. No te quedes aquí pensando en ello. Ve a buscarlas.

La puerta de la habitación de Marita estaba cerrada y llamó con los nudillos.

Hablaban y enmudecieron al oír su llamada.

—¿Quién es? —preguntó Marita.

Oyó reír a Catherine y después gritar:

—Entra, quienquiera que seas.

Oyó que Marita le decía algo y Catherine añadió:

—Entra, David.

David abrió la puerta. Estaban acostadas de lado en la cama de matrimonio, con la sábana hasta la barbilla.

—Entra, por favor, David —invitó Catherine—. Te esperábamos.

David las miró a las dos, a la chica morena, que estaba seria, y a la rubia, que reía. Marita intentó decirle algo con la mirada. Catherine siguió riendo.

—¿No quieres entrar, David?

—He venido a ver si queríais ir a nadar o hacer otra cosa.

—Yo no —contestó Catherine—. Heredera estaba dormida en la cama y me he acostado junto a ella. Ha sido muy buena y me ha pedido que me marchara; no te ha sido ni remotamente infiel. Pero, vamos, ¿por qué no entras para que ambas podamos serte fieles?

—No —dijo David.

—Por favor, David —rogó Catherine—. Es un día tan bonito...

—¿Quieres ir a nadar? —preguntó David a Marita.

—Me gustaría —contestó la chica, tapada con la sábana.

—Sois dos puritanos —reprochó Catherine—. Por favor, sed razonables y ven a la cama, David.

—Yo quiero ir a nadar —insistió Marita—. Sal, David, por favor.

—¿Por qué no puede verte? —inquirió Catherine—. Te ve siempre en la playa.

—Me verá en la cala —respondió Marita—. Te lo ruego, vete, David.

David salió y cerró la puerta sin mirar atrás mientras oía a Marita hablar en voz baja a Catherine y la risa de esta. Caminó por el sendero de piedras, siguiendo la fachada del hotel, y miró hacia el mar. Ahora soplaba una ligera brisa y contempló un crucero y tres destructores franceses, oscuros y nítidos,

claramente perfilados contra el mar azul mientras navegaban en formación durante las maniobras. Estaban muy lejos y parecían siluetas inmóviles de tamaño reducido hasta que se formó una línea blanca en la proa cuando un buque se adelantó para cambiar la formación. David los contempló hasta que las dos chicas salieron a su encuentro.

—Por favor, no estés enfadado —suplicó Catherine.

Se habían vestido para ir a la playa y Catherine dejó sobre una silla de hierro una bolsa con las toallas y los albornoces.

—¿Tú también vienes a nadar? —le preguntó David.

—Sí, si no estás enfadado conmigo.

David no contestó y miró hacia los buques, que cambiaban de rumbo; ahora otro destructor se separaba bruscamente de la formación y la línea blanca se rizaba en torno a su proa. Empezó a echar humo, que se abrió como una pluma negra mientras el buque navegaba a velocidad de flanco.

—Ha sido solo una broma —dijo Catherine—. Nos hemos hechos bromas muy buenas y fuertes, tú y yo.

—¿Qué hacen, David? —preguntó Marita.

—Creo que maniobras antisubmarinos —respondió él—. Quizá hay submarinos trabajando con ellos. Es probable que hayan venido de Tolón.

—Estaban en Sainte Maxime o Saint Raphael —dijo Catherine—. Los vi el otro día.

—Con esta cortina de humo, no sé de qué se trata —observó David—. Debe de haber otros buques que no vemos.

—Ahí vienen los aviones —anunció Marita—. ¿Verdad que son bonitos?

Eran hidroaviones muy pequeños y tres de ellos volaban casi a ras del agua.

—Cuando estuvimos aquí a principios de verano hacían prácticas de tiro frente a Porquerolles y era magnífico —dijo Catherine—. La ventana retemblaba. ¿Usarán ahora bombas de

profundidad, David?

—Lo ignoro. No lo creo, si trabajan con submarinos auténticos.

—¿Puedo ir a nadar, por favor, David? —preguntó Catherine —. Enseguida me iré y entonces podréis nadar solos todo el rato.

—Ya te lo he pedido antes —contestó David.

—Es cierto —dijo Catherine—. Me lo has pedido. Entonces, vámonos ahora mismo y seamos amigos y felices. Si los aviones bajan mucho, nos verán en la playa de la cala y esto los animará.

Y en efecto, los aviones se acercaron mucho a la cala mientras David y Marita nadaban mar adentro y Catherine tomaba el sol en la orilla. Pasaron rápidamente, en tres grupos de tres, y sus grandes motores Rhône retumbaron de improviso al sobrevolar la playa, enmudeciendo poco a poco a medida que se alejaban hacia Sainte Maxime.

David y Marita volvieron a la playa y se sentaron en la arena junto a Catherine.

—Ni siquiera me han mirado —dijo Catherine—. Deben de ser unos chicos muy serios.

—¿Qué esperabas? ¿Fotografía aérea? —preguntó David.

Marita había hablado muy poco desde que abandonaron el hotel y ahora tampoco hizo ningún comentario.

—Era divertido cuando David vivía conmigo de verdad —le dijo Catherine—. Recuerdo que me gustaba todo lo que hacía. Tú también debes intentar que te gusten sus cosas, Heredera. Es decir, si le queda alguna.

—¿Te queda alguna, David? —inquirió Marita.

—Ha invertido todo lo que tenía en esas historias —observó Catherine—. Antes tenía muchas cosas. Espero sinceramente que te gusten las historias, Heredera.

—Me gustan —dijo Marita, sin mirar a David, pero este miró

su rostro bronceado y sereno, sus cabellos mojados por el mar, su piel bella y suave y su hermoso cuerpo sentado en la orilla.

—Estupendo —dijo perezosamente Catherine, respirando con languidez mientras se echaba sobre el albornoz extendido en la arena, que aún conservaba el calor del sol vespertino—, porque es lo que vas a obtener. También solía hacer muchas cosas y las hacía todas con mucha gracia. Su vida era maravillosa y ahora solo piensa en África, en su padre borracho y en sus recortes de prensa. Sus recortes. ¿Te ha enseñado alguna vez sus recortes, Heredera?

—No, Catherine —contestó Marita.

—Lo hará —aseguró Catherine—. Un día intentó enseñármelos en Grau du Roi, pero lo paré en seco. Había centenares de ellos y casi todos llevaban su fotografía y siempre era la misma. En realidad, es peor que llevar encima postales pornográficas. Creo que los lee cuando está solo y me es infiel con ellos. En una papelera, probablemente. Siempre tiene una papelera. Él mismo dijo que era lo más importante para un escritor...

—Vámonos a nadar, Catherine —dijo Marita—. Creo que empiezo a tener frío.

—Quiero decir que la papelera era lo más importante para un escritor —insistió Catherine—. Solía pensar que debía comprarle una realmente bonita y digna de él, pero jamás echa nada de lo que escribe a la papelera. Escribe en esos ridículos cuadernos escolares y no tira absolutamente nada, solo tacha palabras y escribe en los lados de las páginas. Todo es un fraude, en realidad. Hace faltas de ortografía y también gramaticales. ¿Sabías, Marita, que ni siquiera conoce la gramática?

—Pobre David —dijo Marita.

—Claro que su francés aún es peor —prosiguió Catherine—. Nunca le has visto tratar de escribirlo. Lo imita bastante bien

en la conversación y su jerga es divertida, pero de hecho es analfabeto.

—Qué lástima —dijo David.

—Yo pensaba que era maravilloso —continuó Catherine— hasta que descubrí que no sabía escribir correctamente ni una simple nota. Menos mal que tú podrás escribir en francés por él.

—*Ta gueule*[*] —dijo alegremente David.

—Es listo para este tipo de cosas —prosiguió Catherine—. Rápidas expresiones de jerga que probablemente pasan de moda sin que se entere. Habla un francés muy idiomático, pero no lo sabe escribir. En realidad es analfabeto, Marita, y tendrás que afrontarlo. Su caligrafía también es horrible. No sabe escribir como un caballero ni hablar como tal en ninguna lengua, en especial la suya propia.

—Pobre David —repitió Marita.

—No puedo decir que le haya dado los mejores años de mi vida —continuó Catherine— porque solo he vivido con él desde marzo, más o menos, pero no cabe duda de que le he dado los mejores meses de mi vida. Los más divertidos, en cualquier caso, y no niego que él ha contribuido a que lo fueran. Ojalá no hubieran acabado en una completa desilusión, pero qué se puede hacer cuando una descubre que el hombre es analfabeto y practica un vicio solitario con una papelera llena de recortes de algo llamado *The Original Romeike's*, quienesquiera que sean. Cualquier chica se desanimaría y, francamente, no estoy dispuesta a soportarlo.

—Coge los recortes y quémalos —dijo David—. Eso sería lo más sensato. ¿No te gustaría ir a nadar ahora, demonio?

Catherine le miró de reojo.

—¿Cómo sabes que lo he hecho? —preguntó.

—¿Que has hecho qué?

—Quemar los recortes.

—¿Lo has hecho, Catherine? —preguntó Marita.

—Claro que sí —confirmó Catherine.

David se quedó mirándola. Se sentía totalmente hueco. Era como tomar una curva en una carretera de montaña y encontrar que la carretera había desaparecido y delante solo se abría el abismo. Marita también se había levantado. Catherine los miraba con el rostro tranquilo y sereno.

—Vayamos al agua y nademos —dijo Marita—. Solo llegar al promontorio y volver.

—Celebro que por fin te muestres agradable —replicó Catherine—. Hace mucho rato que deseo meterme en el agua. Es cierto que empieza a hacer bastante fresco; olvidamos que ya ha llegado septiembre.

Capítulo 26

Se vistieron en la playa y treparon por la empinada senda, David cargado con la bolsa de los albornoces y toallas, hasta el viejo coche que los esperaba entre los pinos. David lo condujo al hotel a la luz del atardecer incipiente. Catherine guardó silencio en el coche y cualquier transeúnte habría pensado que volvían de pasar la tarde en una de las poco frecuentadas playas del Estérel. Los buques de guerra ya no se veían cuando dejaron el coche en la avenida y el mar era azul y tranquilo al fondo de los pinares. El atardecer era bello y diáfano como había sido la mañana.

Caminaron hasta la entrada del hotel y David dejó la bolsa en el guardarropa.

—Deja que me la lleve —dijo Catherine—. Hay que tenderlos para que se sequen.

—Lo siento —murmuró David, encaminándose hacia su cuarto de trabajo en el extremo del hotel. Una vez en la habitación, abrió la gran maleta Vuitton. El montón de *cahiers* en que había escrito las historias había desaparecido, como también los cuatro abultados sobres del banco que contenían los recortes de prensa. El montón de cuadernos en que había escrito la novela estaba intacto. Cerró con llave la maleta, buscó en todos los cajones del armario y registró la habitación. No había creído que hubieran desaparecido los relatos; no podía creer que ella fuese capaz de hacerlo. En la playa había pensado que tal vez lo había hecho, pero parecía imposible y no consiguió darle crédito. Habían permanecido tranquilos y tratado el asunto con cuidado y reserva, como recomiendan en

momentos de peligro, emergencia o desastre, pero no parecía posible que hubiese ocurrido realmente.

Ahora sabía que en efecto había sucedido, pero aún creía que podía ser una broma pesada, así que, con el corazón muerto y vacío, abrió de nuevo la maleta y lo comprobó y después la cerró con llave y volvió a registrar la habitación.

Ahora no había peligro ni ninguna emergencia. Ahora se trataba simplemente de un desastre. Sin embargo, no podía ser. Debía de haberlos escondido en algún lugar. Podían estar en el guardarropa o quizá en la habitación de Marita. No podía haberlos destruido de verdad. Nadie podía hacer aquello a otro ser humano. Aún no era capaz de creer que lo había hecho, pero se sentía enfermo mientras cerraba con llave la puerta de su habitación.

Las dos chicas estaban en el bar cuando entró David. Marita le miró y se fijó en su expresión y Catherine le observó entrar por el espejo. No le miró a él, solo a su imagen en el espejo.

—¿Dónde los has puesto, demonio? —preguntó David.

Ella desvió la mirada del espejo y la posó en él.

—No te lo diré. Los he guardado —dijo.

—Espero que me lo digas, porque los necesito mucho.

—No es verdad. No tenían ningún valor y yo los odiaba.

—No la historia que trataba de Kibo —dijo David—. Amabas a Kibo, ¿no te acuerdas?

—También tenía que desaparecer. Iba a arrancar las páginas para guardarlas, pero no las encontré. De todos modos, dijiste que había muerto.

David vio que Marita la miraba y desviaba la vista. Luego volvió a mirarla.

—¿Dónde los quemaste, Catherine?

—Tampoco te lo diré a ti —dijo Catherine—. Tú formas parte de lo mismo.

—¿Los quemaste junto con los recortes? —le preguntó David.

—No te lo diré —respondió Catherine—. Me hablas como un policía o como un maestro.

—Dímelo, demonio. Solo quiero saberlo.

—Yo los pagué —dijo Catherine—. Puse el dinero para que los escribieras.

—Lo sé —contestó David—. Fuiste muy generosa. ¿Dónde los quemaste, demonio?

—No se lo diré a ella.

—No. Dímelo a mí.

—Dile que se vaya.

—Tengo que irme, de todos modos —dijo Marita—. Hasta luego, Catherine.

—Muy bien. No ha sido culpa tuya, Heredera —respondió Catherine.

David se sentó en el alto taburete contiguo al de Catherine y esta miró al espejo para ver salir a Marita.

—¿Dónde los quemaste, demonio? —preguntó David—. Ahora puedes decírmelo.

—Ella no lo comprendería —dijo Catherine—. Por eso he querido que se marchara.

—Lo sé —contestó David—. ¿Dónde los quemaste, demonio?

—En el tambor de hierro agujereado que madame utiliza para quemar basura —dijo Catherine.

—¿Lo quemaste todo?

—Sí. Vertí un poco de gasolina de un bidón de la *remise*. Hubo una gran llamarada y todo ardió. Lo hice por ti, David, y por todos nosotros.

—Estoy seguro de ello —dijo David—. ¿Ardió todo?

—Oh, sí. Podemos ir a mirar, si quieres, pero no es necesario. Todo el papel se volvió negro y lo removí con un palo.

—Iré a echar un vistazo —dijo David.

—Pero volverás —dijo Catherine.

—Claro —contestó David.

La destrucción se había producido en el quemador de basuras, que era un antiguo tambor de gasolina de doscientos cincuenta litros, provisto de agujeros. El palo empleado para remover las cenizas, todavía recién ennegrecido en un extremo, era un viejo mango de escoba que ya había sido empleado para tal fin. El bidón estaba en el cobertizo de piedra y contenía queroseno. En el tambor quedaban varios trozos chamuscados pero identificables de las cubiertas verdes de los *cahiers* y David encontró pequeños fragmentos de papel de periódico y dos pedazos carbonizados de papel rosa que identificó como el usado por el servicio de recortes de Romeike’s; en uno aún podía distinguirse la fecha de publicación de la reseña en Providence, RI. Las cenizas habían sido bien removidas, pero sin duda habría encontrado más material sin quemar o solo chamuscado si se hubiera dedicado a separar o examinar con paciencia los restos. Rompió en pequeños trozos el papel rosa que tenía impreso Providence RI y los tiró al viejo tambor de gasolina que había vuelto a colocar en posición vertical. Pensó que no había estado nunca en Providence, Rhode Island, y al dejar el mango de escoba en el cobertizo de piedra se fijó en la presencia de su bicicleta de competición, cuyos neumáticos necesitaban aire. Entró en la cocina del hotel, que estaba vacía, y se dirigió al salón para reunirse con su esposa Catherine en el bar.

—¿No era todo como yo he dicho? —preguntó Catherine.

—Sí —contestó David, sentándose en uno de los taburetes y apoyando los codos en la barra.

—Probablemente habría bastado quemar los recortes —observó Catherine—, pero pensé que era preciso hacer una buena limpieza.

—Y la hiciste, no cabe duda —comentó David.

—Ahora puedes seguir con la novela y no habrá nada que te interrumpa. Puedes empezar por la mañana.

—Claro —dijo David.

—Me alegro de que seas razonable al respecto —dijo Catherine—. Tú no podías saber lo inútiles que eran, David; tenía que demostrártelo.

—¿No podías haber dejado el que te gustaba sobre Kibo?

—Ya te he dicho que intenté encontrarlo, pero si quieres escribirlo de nuevo, puedo dictártelo palabra por palabra.

—Eso será divertido.

—Sí que lo será, ya lo verás. ¿Quieres que te lo diga ahora? Podríamos, si quieres.

—No —contestó David—, ahora no. Pero ¿podrías escribirlo?

—No sé escribir las cosas, David, y tú lo sabes, pero puedo dictártelo en cuanto lo desees. Los otros no te importaban mucho, ¿verdad? No valían nada.

—¿Por qué lo hiciste, en realidad?

—Para ayudarte. Puedes ir a África y volver a escribirlos, cuando tu punto de vista sea más maduro. El país no puede haber cambiado mucho. Creo, sin embargo, que sería mejor que escribieras sobre España. Dijiste que el país era casi igual que África y allí tendrías la ventaja de un lenguaje civilizado.

David se sirvió whisky, encontró una botella de Perrier, la abrió y vertió un poco de agua en el vaso. Recordó el día en que habían pasado por el lugar donde embotellaban el agua Perrier en la llanura que conducía a Aigues Mortes y que…

—No hablemos de escribir —dijo a Catherine.

—Me gusta hablar de ello —respondió Catherine— cuando es en plan constructivo y con un propósito válido. Siempre habías escrito muy bien hasta que empezaste aquellas historias. Lo peor era la suciedad, las moscas, la crueldad y la bestialidad. Dabas la impresión de regodearte en ello. La horrible historia de la matanza en el cráter y la falta de piedad de tu padre.

—¿No podemos dejar de hablar de ellas? —preguntó David.

—Quiero hablar de ellas —dijo Catherine—, quiero hacerte

comprender que era necesario quemarlas.

—Ponlo por escrito —dijo David—. Ahora prefiero no oírlo.

—Pero yo no sé explicar las cosas por escrito, David.

—Ya aprenderás.

—No, pero las diré a alguien que sepa escribirlas —decidió Catherine—. Si fueras amable, las escribirías por mí. Si realmente me quisieras, serías feliz haciéndolo.

—Lo único que quiero hacer es matarte —dijo David—, y la única razón de que no lo haga es porque estás loca.

—No puedes hablarme así, David.

—¿No?

—No, no puedes. No puedes. ¿Me oyes?

—Te oigo.

—Entonces escucha cuando te digo que no puedes hablarme así. No puedes decirme cosas horribles como esa.

—Ya te he escuchado —dijo David.

—No puedes decir cosas semejantes. No lo permitiré. Me divorciaré de ti.

—Me parece muy bien.

—Entonces continuaré casada contigo y no te concederé jamás el divorcio.

—Eso sería muy bonito.

—Haré contigo todo lo que quiera.

—Ya lo has hecho.

—Te mataré.

—Eso me importaría un maldito bledo —replicó David.

—Ni siquiera sabes hablar como un caballero en un momento como este.

—¿Qué diría un caballero en un momento como este? —quiso saber David.

—Que lo sentía.

—Está bien —dijo David—, lo siento. Siento haberte conocido. Siento haberme casado contigo...

—Yo también.

—Cállate, por favor. Puedes decirlo a alguien que sepa escribirlo. Siento que tu madre conociera a tu padre y que te concibieran. Siento que nacieras y crecieras. Siento todo lo que hemos hecho, ya sea bueno o malo...

—No es cierto.

—No —dijo él—. Me callaré. No era mi intención hacer un discurso.

—En realidad, te compadeces de ti mismo.

—Es posible —convino David—, pero, mierda, ¿por qué tuviste que quemarlos, demonio? ¿Quemar los relatos?

—Tenía que hacerlo, David —respondió ella—. Lamento que no lo comprendas.

De hecho, lo había comprendido antes de formular la pregunta y se dio cuenta de que esta había sido retórica. Le disgustaba la retórica y desconfiaba de quienes la practicaban y estaba avergonzado de haber caído en ella. Bebió con lentitud el whisky con Perrier mientras pensaba en la falsedad del dicho de que comprender era perdonar y recurrió a la autodisciplina tan concienzudamente como había trabajado en otros tiempos en el repaso del avión, el motor y sus armas con el mecánico y el armero. Entonces no había sido necesario porque ellos conocían su trabajo a la perfección, pero era un modo de no pensar y, para usar una palabra estúpida, resultaba consolador. Ahora sí que era necesario porque lo que había dicho a Catherine acerca de matarla, lo había dicho de verdad y no retóricamente. Estaba avergonzado del discurso que había seguido a la declaración, pero no podía hacer nada respecto a esta, que era auténtica, excepto intensificar la autodisciplina para que no le fallara en el caso de que empezase a perder el control. Se sirvió otro whisky, volvió a añadir Perrier y

permaneció observando cómo se formaban y rompían las diminutas burbujas. Que Dios la maldiga, pensó.

—Siento haber sido pomposo —dijo—. Lo comprendo, naturalmente.

—Me alegro mucho, David —respondió ella—. Me marcho por la mañana.

—¿Adónde?

—A Hendaya y luego a París para ver a los artistas a propósito del libro.

—¿De verdad?

—Sí. Creo que debo hacerlo. Ya hemos perdido mucho tiempo y hoy he progresado tanto que necesito continuar.

—¿Cómo irás?

—Con el Bug.

—No deberías conducir sola.

—Quiero hacerlo.

—No deberías, demonio. De verdad. No te lo permitiré.

—¿Puedo ir en tren? Hay uno que va a Bayona. Puedo alquilar un coche allí o en Biarritz.

—¿Y si hablamos de ello por la mañana?

—Quiero hablarlo ahora.

—No deberías ir, demonio.

—Me voy —dijo ella—, y tú no me detendrás.

—Solo pienso en la mejor manera.

—No, no es cierto. Estás intentando detenerme.

—Si esperas, podríamos ir juntos.

—No quiero que vayamos juntos. Quiero irme mañana y en el Bug. Si no estás de acuerdo, iré en tren. No puedes prohibir a nadie que viaje en tren. Soy mayor de edad y el hecho de estar casada contigo no me convierte en tu esclava o en un objeto de tu pertenencia. Me marcho y no puedes detenerme.

—¿Volverás?

—Mi plan es volver.

—Comprendo.

—No lo comprendes, pero eso no cambia nada. Se trata de un proyecto razonado y coordinado. Estas cosas no se tiran a...

—A la papelera —dijo David y, recordando la disciplina, bebió un sorbo de whisky con Perrier.

»¿Verás a tus abogados en París? —preguntó.

—Si tengo asuntos que tratar con ellos, sí. Suelo ver a mis abogados; el hecho de que tú no tengas ninguno no quiere decir que nadie más pueda ir a ver a sus abogados. ¿Quieres que hagan algo por ti?

—No —dijo David—. A la mierda tus abogados.

—¿Tienes mucho dinero?

—Estoy muy bien de dinero.

—¿De verdad, David? ¿Valían mucho dinero los relatos? Esto me preocupa terriblemente y sé que es responsabilidad mía. Lo averiguaré y haré exactamente lo que deba hacer.

—¿Qué?

—Haré exactamente lo que deba.

—¿Y qué te propones hacer?

—Mandaré estimar su valor y depositaré el doble en tu banco.

—Suena muy generoso —dijo David—. Siempre has sido generosa.

—Quiero ser justa, David, y es posible que su valor financiero sea mucho mayor que el que se le atribuya.

—¿Quién realiza esas valoraciones?

—Tiene que haber personas que las hagan. Siempre hay expertos que lo valoran todo.

—¿Qué clase de expertos?

—Lo ignoro, David, pero me imagino que gente como el director del *Atlantic Monthly*, *Harper's* o *La Nouvelle Revue Française*.

—Voy a salir un rato. ¿Te encuentras bien?

—Aparte del hecho de sentir que te he perjudicado mucho y que debo tratar de enderezar el entuerto, me encuentro muy bien —respondió Catherine—. Esta es una de las razones por las que voy a París. No quería decírtelo.

—No hablemos de cosas tristes —dijo David—. ¿De modo que quieres ir en tren?

—No. Quiero ir en el Bug.

—Está bien. Ve en el Bug, pero conduce con cuidado y no adelantes en las carreteras de las colinas.

—Conduciré como me has enseñado y me imaginaré que estás conmigo todo el tiempo y te hablaré y te contaré historias y me inventaré una sobre cómo te salvé la vida. Siempre invento alguna. Y contigo todo parecerá mucho más corto y fácil y la velocidad se me antojará menor. Voy a pasarlo muy bien.

—De acuerdo —dijo David—. Tómatelo con calma. Duerme en Nîmes la primera noche, a menos que salgas temprano. En el Imperator nos conocen.

—Pensaba llegar hasta Carcassonne.

—No, demonio, por favor.

—Quizá pueda salir temprano y llegar a Carcassonne. Iría por Arles y Montpellier y no perdería tiempo en Nîmes.

—Si sales tarde, pernocta en Nîmes.

—Todo parece tan infantil —dijo ella.

—Iré contigo —dijo él—. Es mi deber.

—No, por favor. Es importante que haga esto sola. De verdad. No quiero ir contigo.

—Está bien, pero yo debería acompañarte.

—Te lo ruego, no lo hagas. Debes tener confianza en mí, David. Conduciré con cuidado y haré el viaje de un tirón.

—No podrías, demonio. Ahora anochece temprano.

—No debes preocuparte. Eres un encanto por dejarme ir —dijo Catherine—. Pero siempre lo has sido. Si hago algo que no

deba, espero que sepas perdonarme. Te añoraré terriblemente. Ya empiezo a añorarte. La próxima vez iremos juntos.

—Has tenido un día muy movido —observó David—. Estás cansada. Permíteme por lo menos que vaya y vuelva de la ciudad en tu Bugatti para darle un repaso.

Se detuvo ante la puerta de Marita y preguntó:

—¿Quieres dar un paseo en coche?

—Sí —dijo ella.

—Pues, vamos.

Capítulo 27

David subió al coche, Marita se sentó a su lado y él llevó el coche a un desvío de la carretera donde la arena de la playa formaba una capa fina y allí frenó y contempló la extensión de papiro a su izquierda y la playa vacía y el mar a su derecha, así como la carretera negra que tenía ante sí. Volvió a la carretera y siguió adelante hasta que vio acercarse con gran rapidez el puente pintado de blanco y entonces disminuyó la velocidad mientras calculaba la distancia, levantó el pie del acelerador y pisó suavemente el freno. El coche no patinaba y perdía inercia con cada pisada del freno, sin desviarse ni deslizarse. Lo detuvo ante el puente, puso el punto muerto y enseguida volvió a enfilar con velocidad disciplinada y creciente la N-6 en dirección a Cannes.

—Los ha quemado todos —dijo.

—Oh, David —murmuró Marita.

Continuaron dirigiéndose a Cannes, cuyas luces ya estaban encendidas, y David aparcó el coche bajo los árboles ante el café donde se habían visto por primera vez.

—¿No preferirías ir a otro lugar? —inquirió Marita.

—No me importa —respondió David—. No hay ninguna maldita diferencia.

—O tal vez prefieras seguir paseando —sugirió ella.

—No, necesito refrescarme —contestó David—. Solo quería ver si el coche estaba en condiciones para hacer un viaje.

—¿Se marcha?

—Dice que sí.

Se sentaron a una mesa de la terraza, bajo la sombra

moteada de las hojas de los árboles. El camarero había llevado un Tío Pepe a Marita y un whisky con Perrier a David.

—¿Quieres que vaya con ella? —preguntó Marita.

—No estarás pensando que puede sucederle algo, ¿verdad?

—No, David. Creo que de momento ya no hará más disparates.

—Podría ser —contestó David—. Ha quemado cada uno de los malditos relatos excepto la novela. La que habla de ella.

—Es una novela maravillosa —observó Marita.

—No pretendas animarme —dijo David—. La escribí y también escribí lo que ha quemado. No me ofrezcas migajas de consolación.

—Puedes volver a escribirlos.

—No —dijo David—. Cuando algo está bien escrito, no puedes recordarlo. Cada vez que lo relees te parece una grande e increíble sorpresa. No puedes creer que lo hayas escrito tú. Cuando lo has hecho bien, no puedes repetirlo. Solo lo puedes hacer una vez y solo se te permite un número determinado en toda la vida.

—¿Un número de qué?

—De historias buenas.

—Pero puedes recordarlas. Es preciso.

—Yo no, ni tú, ni nadie. Se desvanecen. Una vez se han escrito bien, se desvanecen.

—Ha sido malévola contigo.

—No —dijo David.

—¿Por qué no?

—Se ha precipitado —contestó David—. Todo lo que ha ocurrido hoy se debe a la precipitación.

—Espero que seas tan indulgente conmigo.

—Tú limítate a permanecer a mi lado y ayúdame para que no la mate. ¿Sabes lo que se propone hacer?

—No.

—Pues va a pagarme los relatos para que así no pierda nada.

—No puede ser.

—Como lo oyes. Va a encargar a sus abogados que los hagan valorar por algún sistema fantástico a lo Rube Goldberg y luego me pagará el doble de la cantidad calculada.

—En serio, David, no puede haber dicho eso.

—Lo ha dicho y es infinitamente sensato. Solo hay que concretar los detalles y doblar el resultado de la valoración para que pueda sentirse generosa y satisfecha.

—No puedes permitir que viaje sola, David.

—Lo sé.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo ignoro, pero descansemos aquí un rato —dijo David—. Ahora no hay ninguna prisa. Creo que está cansada y se habrá ido a dormir. A mí también me gustaría dormir, a tu lado, y despertarme y encontrar todos los relatos en su sitio y empezar a trabajar de nuevo.

—Dormiremos y algún día, cuando te despiertes, trabajarás tan maravillosamente como lo has hecho esta mañana.

—Eres muy buena —dijo David—, pero no cabe duda de que te metiste en un buen lío cuando viniste aquí aquella noche, ¿verdad?

—No intentes dejarme fuera —replicó Marita—. Sé en qué me metí.

—Claro —dijo David—, los dos lo sabemos. ¿Quieres otra copa?

—Si tú también la quieres —contestó Marita, y añadió—: Cuando vine, no sabía que era una batalla.

—Yo tampoco.

—Para ti solo se trata en realidad de una cuestión de tiempo.

—No del tiempo de Catherine.

—Solo porque su tiempo es diferente. Le inspira pánico. Esta noche has dicho que hoy todo ha sido fruto de la precipitación.

No es cierto, pero sí perceptivo. Y tú siempre has ganado al tiempo.

Mucho después, David llamó al camarero, pagó las bebidas y dejó una buena propina y cuando ya había puesto en marcha el coche, encendido los faros y pisado el embrague, lo sucedido volvió a su mente. Volvió tan claro y diáfano como cuando había mirado en el quemador de basura y visto las cenizas removidas con el mango de la escoba. Siguió cuidadosamente la luz de los faros en la noche tranquila y vacía de la ciudad y enfiló el puerto para salir a la carretera. Sintió el contacto del hombro de Marita y le oyó decir:

—Lo sé, David. A mí también me ha afectado.

—No lo permitas.

—Me alegro de que así sea. No hay nada que hacer pero lo haremos.

—Está bien.

—Lo haremos sin falta. *Toi et moi.*

Capítulo 28

Cuando David y Marita entraron en el salón del hotel, madame se asomó a la puerta de la cocina con una carta en la mano.

—Madame ha tomado el tren de Biarritz —anunció— y ha dejado esta carta para monsieur.

—¿Cuándo se ha marchado? —preguntó David.

—Inmediatamente después de que monsieur y madame salieran —respondió madame Aurol—. Ha enviado al chico a la estación a comprar el billete y reservar un *wagon-lit*.

David empezó a leer la carta.

—¿Qué quieren comer? —inquirió madame—. ¿Pollo frío y una ensalada? Con una tortilla de primer plato. También hay cordero, si monsieur lo prefiere. ¿Qué le gustaría, madame?

Marita y madame Aurol hablaron y David terminó de leer la carta. Se la guardó en el bolsillo y miró a madame Aurol.

—¿Parecía ser la misma de siempre cuando se ha marchado?

—Quizá no, monsieur.

—Volverá —dijo David.

—Sí, monsieur.

—La cuidaremos mucho.

—Sí, monsieur. —Madame lloró un poco mientras daba la vuelta a la tortilla y David la rodeó con un brazo y la besó—. Vaya a hablar con madame —aconsejó ella—; mientras tanto, pondré la mesa. Aurol y el chico están en Napoule, mezclando la *belote*[*] con la política.

—Yo la pondré —dijo Marita—. Por favor, David, abre la botella de vino. ¿No crees que deberíamos beber unas copas de Lanson?

David cerró la puerta de la nevera y, sujetando la botella fría, desenroscó el papel, aflojó el alambre y después movió cuidadosamente el corcho entre el pulgar y el índice, notando en el pulgar el pinchazo del tapón de metal y en la mano la fría, larga y redonda promesa de la botella. Sacó el corcho con suavidad y llenó tres copas. Madame se apartó del fogón con su copa y todos levantaron la suya. David no sabía por qué brindar, así que pronunció las primeras palabras que se le ocurrieron:

—*À nous et à la liberté*.

Todos bebieron y entonces madame sirvió la tortilla y todos volvieron a beber, omitiendo el brindis.

—Te lo ruego, David, come algo —instó Marita.

—Está bien —dijo él y bebió un sorbo de vino y comió lentamente un trozo de tortilla.

—Solo come un poco —dijo Marita—. Te conviene.

Madame miró a Marita y meneó la cabeza.

—No comer no arregla nada —observó, dirigiéndose a David.

—Ya lo sé —dijo David y siguió comiendo con cuidado y lentitud y bebiendo vino, que nacía de nuevo cada vez que lo vertía en la copa.

—¿Dónde ha dejado el coche? —preguntó.

—En la estación —contestó madame—. El chico se fue con ella y luego trajo la llave. Está en su habitación.

—¿Iba mucha gente en el *wagon-lit*?

—No. La ayudó a instalarse y había muy pocos pasajeros. Seguro que ha encontrado sitio.

—No es un mal tren —dijo David.

—Coma un poco de pollo —sugirió madame— y beba otra copa. Abra otra botella; sus mujeres están sedientas.

—Yo no —dijo Marita.

—Creo que sí —insistió madame—. Apuren sus copas y llévense una botella a la habitación. Conozco esta marca; es

bueno para él beber un buen vino.

—No quiero beber demasiado, *chérie* —dijo David a madame —, porque mañana será un mal día y prefiero no encontrarme mal.

—Se encontrará bien. Le conozco. Coma ahora, solo para complacerme.

Se disculpó a los pocos minutos y estuvo fuera un cuarto de hora. David comió todo su pollo y la ensalada y cuando ella regresó, todos bebieron una copa y entonces David y Marita dijeron buenas noches a madame, que ahora estaba muy circunspecta y salió a la terraza a contemplar la noche. Los dos tenían prisa y David se llevó la botella de vino abierta en un cubo con hielo. La puso sobre la estufa, tomó a Marita en sus brazos y la besó. Permanecieron abrazados sin decir nada y entonces David cogió el cubo y se fueron a la habitación de Marita.

La cama había sido hecha para dos personas y David dejó el cubo con hielo en el suelo y dijo:

—Madame.

—Sí, naturalmente —dijo Marita.

Yacieron juntos en la noche clara y fresca, sintiendo la ligera brisa del mar. Marita dijo:

—Te amo, David, y ahora estoy aún más segura.

Seguro, pensó David. Seguro. No hay nada seguro.

—Todo este tiempo pasado —continuó Marita—, cuando no podía dormir toda la noche contigo, pensaba una y otra vez que no te gustaría la clase de esposa que no puede dormir.

—¿Qué clase de esposa eres tú?

—Ya lo verás. Ahora, una esposa feliz.

Después él creyó que tardaba mucho en dormirse, pero en realidad no fue así y cuando se despertó con la primera luz

grisácea vio a Marita a su lado en la cama y fue feliz hasta que recordó lo sucedido. Tuvo mucho cuidado para no despertarla, pero cuando la vio moverse, la besó antes de abandonar el lecho. Ella sonrió y dijo:

—Buenos días, David.

—Duérmete otra vez, amor mío.

—Está bien —dijo ella y se acurrucó como un pequeño animal de cabeza oscura, de espaldas a la luz y con los ojos cerrados y las largas, oscuras y brillantes pestañas contra el color de su tez, que por la mañana era de un marrón rosado.

David la miró y pensó en lo hermosa que era y en que su espíritu no había abandonado su cuerpo mientras dormía. Era hermosa y el color y la increíble suavidad de su piel parecían casi javaneses. Observó cómo se intensificaba este color a medida que la luz se hacía más fuerte. Entonces meneó la cabeza y, con su ropa en el brazo izquierdo, abrió y cerró la puerta y salió a la nueva mañana, caminando descalzo por las piedras todavía húmedas de rocío.

En la habitación que había compartido con Catherine se duchó y afeitó, se puso una camisa y unos pantalones cortos, miró a su alrededor en la habitación vacía, en la primera mañana que estaba en ella sin Catherine, y luego fue a la cocina vacía y encontró una lata de Maquereau Vin Blanc Capitaine Cook, la abrió y se la llevó con cuidado, para evitar el peligro de derramar el líquido que casi alcanzaba el borde de la lata, junto con una botella de cerveza Tuborg.

En el bar abrió la cerveza, apretó la chapa entre el pulgar derecho y la yema del índice derecho hasta que la hubo aplastado, se la guardó en el bolsillo porque no vio ningún recipiente donde tirarla, levantó la botella, que aún notaba fría en la mano y que le humedecía los dedos y, oliendo el aroma de la lata abierta de caballa marinada con especias, bebió un largo sorbo de cerveza, dejó el vaso sobre la barra, se sacó un

sobre del bolsillo del pantalón, desdobló la carta de Catherine y empezó a releerla.

David, de repente se me ha ocurrido que tú debes saber lo horrible que fue. Peor que atropellar a alguien, a un niño en el peor de los casos, con un coche. El golpe contra el parachoques o quizá solo un sonido apagado, y después todo el resto y el gentío apiñado gritando. La mujer francesa gritando *écrasseuse*, aunque la culpa fuera del niño. Yo lo hice y supe que lo hacía y no puedo enmendarlo. Es demasiado horrible para comprenderlo. Pero ha sucedido.

No me alargaré más. Volveré y dispondremos las cosas del mejor modo posible. No te preocupes por nada. Telegrafiaré y escribiré y haré todo lo necesario para mi libro, a fin de que si algún día lo terminas, pueda ocuparme de él por entero. Tuve que quemar las otras cosas. Lo peor fue justificarme, pero no tengo que decirte esto. No te pido perdón, pero deseo que tengas mucha suerte y yo lo haré todo tan bien como pueda.

Heredera ha sido buena contigo y conmigo y no la odio.

No terminaré como querría porque sonaría demasiado ridículo e increíble pero lo diré de todos modos, ya que últimamente he sido siempre grosera, presuntuosa y ridícula, como ambos sabemos. Te amo, siempre te amaré y lo siento. Qué palabra más inútil.

CATHERINE

Cuando llegó al final, volvió a releerla.

Nunca había leído una carta de Catherine porque desde que se conocieran en el bar del Crillon de París y se casaran en la iglesia americana de la avenida Hoche, se habían visto todos los días y, mientras leía ahora esta primera carta por tercera vez, descubrió que ella aún podía conmoverle.

Devolvió la carta al bolsillo del pantalón y comió una segunda caballa en miniatura, muy carnosa, empapada de la aromática salsa al vino blanco, y terminó la cerveza fría. Entonces fue a la cocina a buscar un pedazo de pan para mojar

en la salsa de la lata alargada y otra botella de cerveza. Hoy intentaría trabajar y lo más probable era que fracasara. Había habido demasiada emoción, demasiada pérdida, demasiado de todo, y su cambio de lealtades, por muy sensato que pareciera, por mucho que simplificara las cosas para él, era algo grave y violento y esa carta incrementaba la gravedad y la violencia.

Está bien, Bourne, pensó mientras comenzaba la segunda cerveza, no pierdas el tiempo pensando en lo mal que van las cosas porque ya lo sabes. Tienes tres opciones. Intentar recordar lo que ha desaparecido y escribirlo otra vez. Segunda, empezar algo nuevo. Y tercera, continuar la maldita novela. De modo que espabílate y opta por la mejor. Siempre has jugado cuando has podido apostar por ti mismo. No apuestes nunca por algo que pueda hablar, dijo tu padre y tú replicaste: «Exceptuándote a ti.» Y él contestó: «Ni a mí, Davey, es mejor que apuestes por ti, pequeño bastardo con corazón de hierro». Iba a decir corazón de piedra, pero sus labios mentirosos cambiaron la palabra por bondad. O tal vez lo creía así. No te engañes con cerveza Tuborg.

Opta, pues, por lo mejor y escribe algo nuevo lo mejor que puedas. Y recuerda que Marita está tan afectada como tú. Quizá más. Así que, juega. Ella aprecia tanto como tú lo que hemos perdido.

Capítulo 29

Cuando por fin dejó de escribir aquel día, ya era la tarde. Había comenzado una frase en cuanto se sentó en su cuarto de trabajo y la había completado, pero después no pudo escribir nada más. La tachó y empezó otra frase y de nuevo se le quedó la mente en blanco. Era incapaz de escribir la frase siguiente, aunque sabía cuál era. Escribió otra vez una sencilla frase preliminar y le resultó imposible trasladar la siguiente al papel. Al cabo de dos horas estaba igual. No podía escribir más que una sola frase y esta era cada vez más sencilla y completamente hueca. Persistió durante cuatro horas antes de saber que la determinación era impotente ante lo que había ocurrido. Lo admitió sin aceptarlo, cerró y guardó el cuaderno con las líneas tachadas y salió al encuentro de la chica.

Se hallaba en la terraza, leyendo al sol, y cuando levantó la vista y vio el rostro de él, preguntó:

—¿No?

—Peor que eso.

—¿Nada en absoluto?

—Nada.

—Tomemos un trago —propuso Marita.

—Está bien —dijo David.

Entraron en el bar y el día entró con ellos. Era tan bonito como la víspera o quizá mejor, ya que el verano debería haber terminado y cada día cálido era algo extra. No debemos desperdiciarlo, pensó David, sino intentar aprovecharlo y guardarlo, si podemos. Mezcló los martinis, los sirvió y, cuando los probaron, estaban muy fríos y secos.

—Has hecho bien en intentarlo esta mañana —dijo Marita—, pero no pensemos más en ello.

—Está bien —convino él.

Alargó la mano para coger la botella de Gordon's, el Noilly Prat y la jarra para mezclar, vertió el agua helada y, usando su copa vacía, empezó a medir dos copas más.

—Es un día espléndido. ¿Qué haremos?

—Vayamos a nadar ahora —dijo Marita—. Así no desperdiciaremos el día.

—Bueno —asintió David—. ¿Digo a madame que vendremos tarde a almorzar?

—Ha preparado un almuerzo frío —contestó Marita—. He pensado que probablemente te gustaría nadar, tanto si el trabajo iba bien como mal.

—Muy inteligente por tu parte —dijo David—. ¿Cómo está madame?

—Tiene un ojo ligeramente descolorido —contestó Marita.

—No.

Marita se echó a reír.

Salieron con el coche a la carretera y rodearon el promontorio a través del bosque, dejando después el coche a la sombra de los pinos. Entonces bajaron a la cala por el sendero, cargados con la cesta del almuerzo y las cosas de la playa. Soplaba una suave brisa del este y el mar era azul oscuro bajo las rocas salpicadas de pinos. Las rocas eran rojas y la arena de la cala amarilla y arrugada y el agua, cuando se metieron en ella, limpia y con una tonalidad ambarina sobre la arena. Dejaron la cesta y la mochila a la sombra de la roca de mayor tamaño y se desnudaron. David trepó a la roca más alta para zambullirse. Permaneció un momento allí, desnudo y moreno bajo el sol, contemplando el mar.

—¿Quieres zambullirte? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Te esperaré.

—No —gritó ella, metiéndose en el agua hasta los muslos.

—¿Cómo está? —gritó David desde arriba.

—Mucho más fresca que nunca. Casi fría.

—Bien —dijo él y mientras ella le miraba y se adentraba en el agua hasta que le tapó el vientre y le tocó los pechos, él se enderezó, se puso de puntillas, pareció quedar suspendido en el aire, sin caer, y entonces saltó y se zambulló, formando un surtidor en el agua que podría haber hecho un delfín al entrar suavemente en el hueco que David practicó al hundirse.

Ella nadó hacia el círculo de agua arremolinada y él emergió a su lado, la levantó, la abrazó y apretó sus labios salados contra los suyos.

—*Elle est bonne, la mer* —dijo—. *Toi aussi.*

Salieron nadando de la cala y llegaron hasta donde la montaña bajaba al mar en abrupta pendiente y entonces se pusieron de espaldas y flotaron. El agua estaba más fría que de costumbre pero la superficie conservaba un poco de calor y Marita flotaba con la espalda arqueada y toda la cabeza bajo el agua menos la nariz, y sus pechos morenos eran acariciados suavemente por el movimiento que la ligera brisa imprimía al mar. Tenía los ojos cerrados contra el sol y David flotaba junto a ella en el agua con el brazo bajo su cabeza. De pronto besó el pezón de su pecho izquierdo y después el del derecho.

—Saben igual que el mar —dijo.

—Durmámonos aquí.

—¿Podrías?

—Es demasiado difícil mantener la espalda arqueada.

—Nademos más adentro y volvamos.

—Muy bien.

Nadaron muy lejos, más de lo que habían nadado nunca, lo bastante lejos para ver el siguiente promontorio y el entrecortado perfil de color púrpura de las montañas al fondo

del bosque. Allí flotaron en el agua y contemplaron la costa.

Después volvieron nadando despacio. Se pararon a descansar cuando perdieron de vista las montañas y otra vez cuando perdieron de vista el promontorio y luego nadaron lenta y regularmente hasta la entrada de la cala y llegaron a la orilla.

—¿Estás cansada? —preguntó David.

—Mucho —respondió Marita. Nunca había nadado tan lejos.

—¿Aún estás sin aliento?

—No, estoy bien.

David fue hacia las rocas y cogió una de las botellas de Tavel y dos toallas.

—Pareces una foca —dijo, sentándose junto a ella en la arena.

Le alargó el Tavel y ella bebió de la botella y se la devolvió. David bebió un gran sorbo y cuando yacían al sol sobre la arena suave y seca, con la cesta del almuerzo y la botella de vino frío a su alcance, Marita dijo:

—Catherine no se habría cansado tanto.

—Ya lo creo que sí. Nunca nadó tan lejos.

—¿De verdad?

—Hemos nadado muy adentro, muchacha. Yo nunca había llegado a ver ese acantilado desde el agua.

—Está bien —añadió Marita—. No podemos hacer nada por ella hoy, así que será mejor olvidarla. David.

—¿Qué?

—¿Todavía me quieres?

—Sí. Mucho.

—Quizá he cometido un gran error al juzgarte y solo eres bueno conmigo.

—No has cometido ningún error y no soy bueno contigo.

Marita cogió un manojo de rábanos, los masticó despacio y bebió un poco de vino. Los rábanos eran tiernos, crujientes y de sabor fuerte.

—No debes preocuparte por tu trabajo —dijo—. Sé que todo irá bien.

—Claro —asintió David.

Partió con el tenedor un fondo de alcachofa y comió un trozo untado con la salsa de mostaza que había hecho madame.

—¿Quieres pasarme el Tavel? —pidió Marita. Bebió un buen sorbo del vino y dejó la botella junto a David, hundiendo bien la base en la arena y apoyándola contra la cesta—. Es bueno el almuerzo preparado por madame, ¿verdad, David?

—Es un almuerzo excelente. ¿Es cierto que Aurol le puso un ojo a la funerala?

—No del todo.

—Ella habla mal de él.

—Se debe a la diferencia de edad y él tenía derecho a pegarle si le insultaba. Así lo confesó ella al final. Y te manda recuerdos.

—¿Qué recuerdos?

—Solo recuerdos afectuosos.

—Te quiere a *ti* —dijo David.

—No. A ti, tonto. Conmigo se limita a estar de mi parte.

—Ya no hay partes —observó David.

—No —convino Marita—, y no intentamos que las hubiera. Solo sucedió.

—Ya lo creo que sucedió. —David le ofreció el tarro con el fondo de alcachofa partido y la salsa y sacó la segunda botella de Tavel, de la que bebió un largo sorbo. Aún estaba fresco—. Nos han incendiado la casa —dijo—. Una loca ha incendiado la casa de los Bourne.

—¿Somos los Bourne?

—Claro. Somos los Bourne. Quizá tardemos un poco en conseguir los papeles, pero es lo que somos. ¿Quieres que lo escriba? Creo que sabría hacerlo.

—No necesitas ponerlo por escrito.

—Lo escribiré en la arena —dijo David.

Durmieron bien y tranquilos hasta el atardecer y cuando el sol ya se ponía, Marita se despertó y vio a David acostado junto a ella en la cama. Tenía los ojos cerrados y respiraba muy despacio y ella miró el rostro y los ojos que solo había visto dos veces con los párpados entornados por el sueño y luego miró el pecho y el cuerpo con los brazos rectos a los lados y entonces fue hacia la puerta del cuarto de baño y se miró en el espejo de cuerpo entero y sonrió al espejo. Cuando se hubo vestido, fue a la cocina a hablar con madame.

Más tarde, David aún dormía y ella se sentó en la cama junto a él. En la penumbra, sus cabellos parecían blanquecinos en torno al rostro moreno. Marita esperó a que se despertara.

Se sentaron en el bar y ambos bebieron Haig Pinch con Perrier. Marita, que bebía con cautela, dijo:

—Creo que deberías ir diariamente a la ciudad a comprar los periódicos, tomar un trago y leerlos solo. Me gustaría que hubiese un club o un café de verdad donde reunirse con los amigos.

—No existe.

—Bueno, creo que te convendría separarte de mí un rato todos los días cuando no trabajes. Has estado dominado por las chicas. Voy a preocuparme siempre de que tengas amigos de tu propio sexo. Esto es algo que Catherine hizo muy mal.

—No lo hizo a propósito y fue culpa mía.

—Tal vez sea cierto, pero, ¿crees que tendremos amigos? ¿Buenos amigos?

—Los dos tenemos uno ahora.

—¿Tendremos otros?

—Tal vez sí.

—¿Te apartarán de mí porque sabrán más que yo?

—No sabrán más.

—¿Serán jóvenes, nuevos y con ideas nuevas y tú te cansarás de mí?

—No serán así ni yo me cansaré.

—Los mataré si te apartan de mí. No pienso entregarte a nadie como ha hecho ella.

—Muy bien.

—Quiero que tengas amigos de tu sexo, amigos de la guerra con quienes puedas cazar y jugar a cartas en el club. No es necesario que tengas amigas, ¿verdad? Amigas nuevas y frescas que puedan enamorarse y comprenderte de verdad y todo eso.

—Yo no voy por ahí con mujeres. Ya lo sabes.

—Siempre son nuevas —dijo Marita—. Todos los días hay chicas nuevas y todas las advertencias son pocas. Especialmente en tu caso.

—Te quiero —contestó David—, y eres mi compañera. No te inquietes. Limítate a estar conmigo.

—Estoy contigo.

—Lo sé y me encanta mirarte y saber que estás aquí y que dormiremos juntos y seremos felices.

Marita yacía en sus brazos en la oscuridad y él sentía sus pechos contra el suyo y su brazo bajo la cabeza y su mano tocándole y sus labios contra los suyos.

—Soy tu chica —dijo ella en la oscuridad—. Tu chica. Pase lo que pase, seré siempre tu chica. Tu chica buena que te ama.

—Sí, amor mío. Duerme bien. Duerme bien.

—Duérmete tú primero —dijo Marita—, que yo vuelvo enseguida.

Él ya dormía cuando volvió, así que se metió bajo la sábana

y se echó a su lado. Dormía sobre el lado derecho y respiraba suave y regularmente.

Capítulo 30

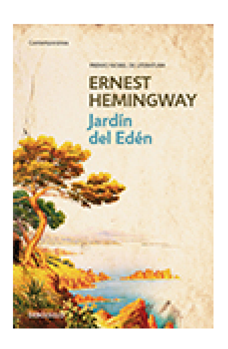
A la mañana siguiente, David se despertó cuando entró por la ventana el primer rayo de luz. Fuera, aún estaba gris y los troncos de pino eran diferentes de los que solía ver al despertarse y había más distancia entre ellos y el mar. Tenía el brazo derecho rígido porque había dormido encima de él. Una vez despierto del todo, comprendió que se encontraba en una cama ajena y vio a Marita durmiendo a su lado. Lo recordó todo, la miró con amor, cubrió su fresco cuerpo moreno con la sábana, la besó levemente y, después de ponerse la bata, salió al amanecer húmedo de rocío llevando consigo su imagen a la habitación. Tomó una ducha fría, se afeitó, se puso una camisa y pantalones cortos y bajó a su cuarto de trabajo. Se detuvo ante la puerta de la habitación de Marita y la abrió con mucho cuidado. La miró dormir y después cerró suavemente la puerta y fue al cuarto donde trabajaba. Sacó los lápices y un *cahier* nuevo, afiló cinco lápices y empezó a escribir la historia de su padre y del ataque por sorpresa el año de la rebelión de los Maji-Maji, iniciada con la marcha a través del lago amargo. Lo cruzó ahora y completó la terrible marcha del primer día, cuando la aurora los sorprendió en la mitad de la parte que debían recorrer en la oscuridad y los espejismos eran ya numerosos a medida que el calor se hacía insoportable. A media mañana, mientras una fresca y fuerte brisa de levante soplaba entre los pinos, procedente del mar, David ya había terminado la noche del primer campamento bajo las higueras, donde el agua bajaba por el acantilado, el abandono del campamento a primeras horas de la mañana y el ascenso de la larga cuesta que conducía a la cumbre del acantilado.

Descubrió que sabía mucho más acerca de su padre que cuando había escrito esta historia por primera vez y que podía medir su progreso por las pequeñas cosas que hacían más tangible a su padre y le prestaban más dimensiones que las que había tenido en la historia anterior. En estos momentos precisos era una gran suerte

para él que su padre no hubiera sido un hombre sencillo.

David escribió bien y sin pausas y las frases que había hecho antes acudieron a él enteras y completas y las escribió, corrigió y recortó como si estuviera repasando una galerada. No faltaba ni una frase y muchas las escribió tal como iba evocándolas, sin cambiarlas. Hacia las dos de la tarde había recobrado, corregido y mejorado lo que con anterioridad le había costado cinco días de trabajo. Continuó escribiendo un rato más, sin ningún indicio de que nada de lo que faltaba dejase ahora de volver intacto a su memoria.

Una obra póstuma, aunque terminada en vida, sobre la complejidad del amor y de la creación artística. Por el Premio Nobel de Literatura Ernest Hemingway.



La concepción y redacción de *El jardín del Edén* se inició en 1946, contemporánea de otras novelas que vieron la luz en vida del autor, como *El viejo y el mar o París era una fiesta*. Pero no llegó a las imprentas hasta veinticinco años después de la muerte de Hemingway.

Es, por tanto, una obra póstuma, aunque terminada en vida, que trata, con una interpretación profunda, gran imaginación y una prosa vivaz, sobre la complejidad del amor y de la creación artística a través de un atípico triángulo amoroso entre el protagonista, David Bourne, su mujer Catherine y una joven que la propia Catherine coloca en el camino de su marido.

No se trata exactamente de una novela autobiográfica, aunque el protagonista sea un escritor americano al que empieza a saludar el éxito, ni de una novela sobre un atípico triángulo amoroso. Es, más bien, la revelación de la ternura y vulnerabilidad que Hemingway, como ser humano, ocultaba tras su imagen pública; la amarga explicación de las características principales del artista y del precio que ha de

pagar para mantener su vocación; y el nacimiento de una de las heroínas más logradas y complejas del autor: Catherine Bourne.

Reseña:

«Hemingway es el Stendhal de nuestro tiempo.»

Cesare Pavese

Ernest Hemingway, nacido en 1899 en Oak Park, Illinois, forma parte ya de la mitología de este siglo, no solo gracias a su obra literaria, sino también a la leyenda que se formó en torno a su azarosa vida y a su trágica muerte. Hombre aventurero y amante del riesgo, a los diecinueve años, durante la Primera Guerra Mundial, se enroló en la Cruz Roja. Participó también en la guerra civil española y en otros conflictos bélicos en calidad de corresponsal. Estas experiencias, así como sus viajes por África, se reflejan en varias de sus obras. En la década de los años veinte se instaló en París, donde conoció los ambientes literarios de vanguardia. Más tarde vivió también en lugares retirados de Cuba o Estados Unidos, donde pudo no solo escribir, sino también dedicarse a una de sus grandes aficiones: la pesca, un tema recurrente en su producción literaria. En 1954 obtuvo el Premio Nobel. Siete años más tarde, sumido en una profunda depresión, se quitó la vida. Entre sus novelas destacan *Adiós a las armas*, *Por quién doblan las campanas* o *Fiesta*. A raíz de un encargo de la revista *Life* escribió *El viejo y el mar*, por la que recibió el Premio Pulitzer en 1953.

Título original: *The Garden of Eden*

Edición en formato digital: octubre de 2020

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: M. Tangry / Corbis

ISBN: 978-84-6635-683-1

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] De un carta a Bernard Berenson enviada desde La Finca Vigía, fechada el 13 de septiembre de 1952, y recopilada en *Ernest Hemingway: Selected Letters 1917-1961* (ed. Carlos Baker, Charles Scribner's Sons, 1981). En una entrevista a un periódico cubano, Hemingway agregó, en perfecto español, que «El simbolismo es un truco nuevo de los intelectuales».

[2] En *Hemingway: A Life Without Consequences* (Houghton Mifflin, 1992) el biógrafo James R. Mellow cita un testimonio de Arthur Mizener donde se recuerda que Hemingway se refería a *A través del río y entre los árboles* y a *El jardín del Edén* como a «mis novelas proustianas que serán mejores que Proust porque estarán escritas como por un Proust que estuvo en la guerra y le gusta follar y se ha enamorado».

[3] *Ernest Hemingway and his World* (Thames and Hudson, 1978). Edición en español: *Ernest Hemingway y su mundo* (Ultramar, 1978).

[4] En *Hemingway: The Writer as Artist*, de Carlos Baker (Princeton University Press, 1972), versión en español *Hemingway: el escritor como arista* (Corregidor, 1974), se afirma que tanto *El viejo y el mar* como *Islas a la deriva* y *El jardín del Edén* formaban parte de un único e inmenso libro. Una obra a la que el autor se refería como *The Sea Book* («El libro del mar») —a su vez volumen de una gran trilogía sobre la tierra, el aire y el mar— y que constaba de diferentes partes que iban a titularse «The Sea When Young» (título original de *El jardín del Edén*), «The Sea When Absent» (título original de alguna de las secciones de *Islas a la deriva*) y, cerrándolo todo, «The Sea in Being» (título original de *El viejo y el mar*). Lo que no impide que en cartas y en conversaciones Hemingway se contradijera en cuanto a la estructura de lo que consideraba como su ambicioso proyecto. *El viejo y el mar* acabó siendo publicado en 1952 y por separado por Hemingway: primero en un número de la revista *Life* y luego como libro, a instancias de Leland Hayward, prominente representante de actores en Hollywood para así recuperar fama y prestigio luego de la debacle de *Al otro lado del río y entre los árboles*.

[5] De «Ernest Hemingway R.I.P», incluido en *Jack London, Hemingway and the Constitution* (1993). Versión en español: *Poetas y presidentes* (Muchnik Editores, 1996).

[6] «Talk with Mr. Hemingway», recogido en *Conversations with Hemingway* (ed. Matthew J. Bruccoli, University of Mississippi Press, 1986).

[7] En *Hemingway: The Final Years* —cuarto volumen de la biografía de Michael Redhill (W.W. Norton & Company, 1999)— el autor apunta algo muy interesante: «Cuando Hemingway era joven, siempre había tratado de dedicarse a un libro por vez: escribir, revisar y publicar. Sus últimos libros fueron trabajados bajo circunstancias muy diferentes. Con el tiempo, fueron muchos los que dijeron que Hemingway los fue dejando de lado porque ya no se consideraba lo suficientemente capaz como para revisarlos a fondo. Pero para aceptar semejante explicación uno tendría que obligarse a negar el talento y la diversidad presentes en las últimas obras de Hemingway —como ya se apuntó—, así como la más que justificada idea de que los finales de todas ellas estaban relacionados de modo que los convertían en libros dependientes entre sí».

[8] De *Ernest Hemingway: Selected Letters 1917-1961* (ed. Carlos Baker, Charles Scribner's Sons, 1981).

[9] Explica Doctorow en el ensayo ya citado: «En una entrevista aparecida en *The New York Times*, un editor de Scribner's reconoció haber suprimido una parte que se encontraba en borrador por considerar que no estaba integrada en la "trama principal" del texto, pero ese corte redujo la extensión del libro en dos terceras partes». Y apunte para obsesivos: cuando a mediados de los años ochenta, Tom Jenks, editor de la editorial Scribner's, se sentó a ordenar el asunto, el manuscrito de *El jardín del Edén* tenía cerca de dos mil páginas y demasiados cabos sueltos. El plan original de Hemingway era —según lo explica Robert E. Fleming en su ensayo «Hemingway's Late Fiction: Breaking New Ground», recopilado en *The Cambride Companion to Ernest Hemingway* (ed. Scott Donaldson, Cambridge University Press, 1996)— narrar el cruce de dos triángulos amorosos compuestos por tres hombres de naturaleza artística, dos de sus esposas, y una tercera mujer. La historia de David y Catherine Bourne y su encuentro con Marita estaba lo suficientemente completa como para poder ensamblar una novela. La otra parte —transcurriendo en el Quartier Latin y protagonizada por el pintor Nick Sheldon, su esposa Bárbara y el amante de ésta, Andrew Murray— sólo estaba bosquejada a lo largo de capítulos inconclusos y notas, y es descrita por el biógrafo Carlos Baker en *Hemingway* (Charles Scribner's and Sons, 1969) como «un compuesto experimental donde se mezclan el presente y el pasado», repleto de asombrosas ineptitudes y monólogos interiores *à la* Molly Bloom de James Joyce». A la hora de editar y comprimir *El jardín del Edén*, Tom Jenks decidió dejar de lado

esta amplia sección así como un «final provisorio» al que me referiré más adelante.

[10] Al igual que *Suave es la noche, El jardín del Edén* cuenta la historia de un hombre talentoso que debe elegir entre dos destinos: su mujer o su carrera. Dick Diver —protagonista de la novela de Fitzgerald— elige cuidar a su desequilibrada esposa Nicole. David Bourne, en cambio, opta por la escritura.

[11] Advertencia pertinente: los lectores que no quieran saber aún cuál es el argumento de la novela harán bien en detenerse aquí y regresar una vez leída la última página.

[12] Una creación clave en la obra de Hemingway con reflejos evidentes de sus ex esposas Pauline Pfeiffer Hemingway y Hadley Richardson Hemingway, quien pasó a la historia por haber extraviado en 1922 la maleta en la que se hallaban todos los manuscritos del escritor hasta la fecha. Catherine es, sin lugar a dudas, el personaje femenino más impresionante en toda la obra de Hemingway. Mucho más compleja y lograda que la Brett Ashley de *Fiesta* o la Catherine Barkley de *Adiós a las armas* o la Pilar de *Por quién doblan las campanas*, a la vez que descendiente directa de la Mrs. Macomber de *La vida breve y feliz de Francis Macomber*. Cabe destacar que *El jardín del Edén* rejuveneció el interés por Hemingway en las académicas, quienes —acostumbradas a descartarlo como machista y misógino— se lanzaron a escribir abundantes *papers* y así hoy esta novela póstuma e incompleta —pero generosa en elementos lésbicos, andróginos, bisexuales, psicologistas, así como preocupada por el análisis de la locura femenina— recibe tanta atención por parte de los especialistas como *Fiesta* o *Adiós a las armas*. Uno de los títulos de una de las reseñas lo dice todo: «¡Por fin, chicas! Un Hemingway para nosotras».

[13] La inspiración para todo esto seguramente proviene de un trauma de la infancia de Hemingway: a su madre, Grace Hall Hemingway, le gustaba cortar el cabello y vestir con la misma ropa a Ernest y a su hermana Marcelline.

[14] Cuando Hemingway comenzó a escribir *El jardín del Edén*, apenas concluida la Segunda Guerra Mundial, acababa de comprometerse con la periodista Mary Welsh, que enseguida se convertiría en la última de las varias Mrs. Hemingway.

[15] Más de un crítico vio en el episodio del elefante un guiño acaso involuntario a un más consciente intento de superar a «El oso» de

William Faulkner.

[16] Apunte inevitable y sin ánimo de arruinarle la fiesta a nadie: el ya mencionado «final provisorio» descartado por el editor Tom Jenks ofrecía una coda extraña e inesperada. En un breve párrafo, Hemingway describe desde lejos a una pareja caminando por la playa. La mirada del escritor se va acercando como si se tratara de una cámara lanzada en un zoom y descubrimos que los paseantes no son David y Marita sino David y Catherine; quien acaba de salir de una clínica psiquiátrica en Suiza y que, segura de que su salud mental volverá a flaquear, le ha arrancado a David la promesa de un pacto suicida cuando esto suceda.

[*] En español en el original. *(N. de la T.)*

[*] y ** En español en el original. *(N. de la T.)*

[*] En español en el original. *(N. de la T.)*

[*] En español en el original. *(N. de la T.)*

[*] En español en el original. *(N. de la T.)*

[*] En español en el original. *(N. de la T.)*

[*] En español en el original. *(N. de la T.)*

[*] Juan-les-Pins en el original. *(N. de la T.)*

[*] Cochera. *(N. de la T.)*

[*] «¡No lo sabe usted bien!» *(N. de la T.)*

[*] «Plantación.» *(N. de la T.)*

[*] Término que, literalmente, significa «tambor», usado para designar diferentes danzas y música de percusión tradicionales. *(N. de la T.)*

[*] En español en el original. *(N. de la T.)*

[*] «Cierra el pico.» *(N. de la T.)*

[*] Juego de naipes. *(N. de la T.)*

Índice